

DEL ACAECER CITADINO



CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA "NÚCLEO DE IMBABURA"

Luis Fernando Revelo

Luis Fernando Revelo

Del acaecer citadino

Colección TAHUANDO N° 262-263

Ibarra, 2018

**Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”
Núcleo de Imbabura**

Luis Fernando Revelo C.
DIRECTOR

DEL ACAECER CITADINO

© Luis Fernando Revelo

Colección: “TAHUANDO” N° 262-263

Portada: Fotografía: Víctor Carrera

Diseño: Julio Flores Ruiz

1ª edición, 20 de septiembre del 2018

Impresión, Studio21

Quito-Ecuador

DEDICATORIA

A todos los ibarreños, amantes de su terrazgo nativo, que han sabido imprimir carácter y rumbo a la ibarreñidad, con el ejercicio de un servicio pulcro, desinteresado y perdurable, convencidos de que un pueblo sin historia, sin cultura, sin memoria, sin raíces, es un pueblo sin identidad. A todos los ibarreños que han hecho brillar con prístino fulgor y patriotismo las virtualidades que del ambiente han recibido.

LUIS FERNANDO REVELO

–Ensayista versado en fe y en educación–

Marcelo Valdospinos Rubio

Luis Fernando Revelo es un ensayista versado y experimentado en temas, sobre todo, de educación y de religión. Allí se desenvuelve como pez en el agua: estilo, claridad, objetividad y gusto. Ahora en su nuevo libro ‘Del acaecer ciudadano’, se descubre como investigador de la historia.

Luis Fernando pertenece a la columna insobornable de directivos de la CCE-Núcleo de Imbabura, que durante su ejemplar recorrido, profundizaron en la imbabureñidad y en su laudo protagónico. Todos identificados con la ética y la otredad. Luis Fernando está signado de talento y sentido común. El mundo cultural en que desenvuelve su vida está cubierto de fe y mística. Es un seglar, o laico católico, que recorre los archivos y pasillos de las iglesias, rescatando sus historias, sus anécdotas y los perfiles de sacerdotes que brillaron y brillan en sus altares. Cuando reflexiona sobre educación su temática y vocación le lleva a plantear ese espacio que complementa a la ciencia y que Wilhelm Von Humboldt define como una ‘Educación entre el corazón y la razón’. Enaltece el espacio de la educación científica –positivismo– pero defiende esa visión postmodernista de dar a la educación un lugar a las actividades artísticas, cultura popular, felicidad, creatividad. Como diría Fruhwald hay que ‘extraer de la montaña gigante de la información –internet– el pequeño pero vital tesoro de la sabiduría’.

Cuando escribe sobre el itinerario y la filosofía que impulsamos en el Núcleo, apegado a la verdad de los hechos, describe como abrimos la

ventana para que entre aire fresco. Un aire contemporáneo, intercultural y democrático. Un aire que difunda la pendularidad de la cultura clásica y popular. Un aire que consolide la política editorial que publica alrededor de medio centenar de libros, actividades artísticas semanales, con un presupuesto ínfimo anual –que a veces– los gobiernos seccionales lo gastan en una sola festividad. Y Luis Fernando, con inteligencia, valentía y pasión, toma la posta para reforzar al Núcleo como ente suscitador y plural.

En este opúsculo titulado ‘Del acaecer ciudadano’ alternan temas que inducen a conocer, cada vez más, las raíces de la ancestralidad provincial. Abren el telón instituciones emblemáticas de Ibarra, pero –insisto– es singularmente un viaje por las galerías alumbradas de prodigios, solombrías y huellas, de las comunidades religiosas. ‘Ibarra ciudad de española procedencia; El Sesquicentenario de la Diócesis de Ibarra; analiza a los tres primeros Administradores Apostólicos, y, a sus tres primeros Obispos; La Diócesis de Ibarra y su Catedral; La Compañía de Jesús; La Capilla del Seminario San Diego; La Comunidad Mercedaria y su jubileo, 800 años; La Basílica de la Dolorosa; Las Madres Carmelitas; Las Madres Marianitas; y otros temas como: El Núcleo de la CCE de Imbabura; El antiguo hospital San Vicente de Paúl; La plazoleta Ajaví; La Sociedad de Artesanos; Luminofoto Silva; Escuela Víctor Manuel Peñaherrera; Sindicato de Choferes; Atahualpa; Pedro Moncayo; La Policía Nacional; y, Periodismo sin mácula’.

Este es un elegante y refrescante aporte para conocer y transitar Ibarra con orgullo. Luis Fernando recibe el impulso espiritual de su hogar, de su esposa Fernanda Hinojosa, delicada y abnegada educadora, de sus dos hijos, para sumergirse con vocación y civismo en la oratoria, la investigación, las letras, la oración, la docencia y en la tarea ejecutiva de la cultura. Bien sentencia Malraux ‘el hombre es su obra’. Y concluyo ‘Revelo es su obra’.

IBARRA, CIUDAD DE ESPAÑOLA PROCEDENCIA

Ibarra, la hidalga Ciudad Blanca, la urbe magnificente de gloriosos destinos, la ciudad que cual soberana matrona, muellemente se recuesta arrebuja en el manto de su grandeza, en las faldas siempre verdes y pintorescas del soberbio y sombrío taita Imbabura, la ciudad de los campos de esmeralda y oro serpenteados por riachuelos y adornados con fuentes de aguas puras y diáfanas, a modo de cristal diluido. Esta es nuestra Ciudad Blanca por antonomasia, “con propia entelequia y rodeada de toda suerte de posibilidades desde su gloriosa nacencia, como alguien decía, la ínclita y señorial Ibarra”, que solía despertarse cada amanecer al toque de campanas, místicamente adormecida por el suave olor a incienso, esta linda Ibarra la de Cristóbal de Troya y de Miguel de Ibarra, celebra alborozada sus 412 años de fundación española.

Miremos la génesis de nuestra española procedencia, de este pueblo con prosapia esencialmente hispana. Eran los albores del siglo XVII, en la pintoresca y fecunda comarca perteneciente al valle de CARANGUE, matizado por su seductor encanto, se habían afincado alrededor de 200 familias españolas, propietarias de dilatadas estancias y forjadoras, a la vez, de la cultura hispánica. Hacia el sur de esta pródiga región, a unas quince leguas hallábase la ciudad de San Francisco de Quito, sede del Gobierno de la Real Audiencia, que se había constituido en la plaza fuerte desde donde se irradiaba todo el acervo de civilización y cultura que habían sido importados de la Vieja Europa. Mirando al norte, a unas 25 leguas, se ubicaba la ciudad de San Juan Bautista de Pasto donde comenzaba a despuntar el comercio. Hacia el occidente del valle, trasapando las lindes de la Cordillera Andina, se encontraba una extensa planicie alfombrada de verde y exuberante vegetación. Besando el perfil de aquella planicie, el manso y tranquilo Mar de Balboa, seña-

laba el camino más corto para Panamá, sitio apetecido por conquistadores y colonizadores que, en desenfadada y loca aventura, se desparramaban por todos los confines del Continente de Colón.

Aquellos respetables varones concibieron en sus mentes la magnífica idea de fundar una Villa, querían fundar su ciudad, algo suyo en su origen, en costumbres, en tradición, en vida. Por ello escogieron la cuenca que tuviera remedos de Andalucía. Querían la ciudad que fuera la expresión rediviva de sus recuerdos. Por ello no se asentaron como en Quito, en Otavalo, en Riobamba, en Atuntaqui equidistantemente, mediara entre la ciudad de Quito y la de Pasto. La lucha fue titánica, tesonera y constante. Se esgrimieron argumentos contundentes: la salida al mar de Balboa, se constituyó en el móvil principal de esta homérica empresa, la presencia de distinguidas familias españolas, la bondad y la considerable extensión del valle, se constituyeron en las poderosas razones aducidas para perseguir el noble propósito de fundar una Villa en las faldas septentrionales del milenario y coloso Imbabura. Ya desde 1573 se insistió al rey de España la necesidad de fundar un pueblo en el valle de Carangue. En 1590 se ordena la fundación de la Villa, mandato que no fue cumplido porque el Oidor Dr. Dn. Matías Moreno de Mera, quien solicitó 2.000 pesos de honorarios, suma por demás exagerada en aquellos tiempos.

Y fue precisamente el Capitán Don Cristóbal de Troya y Pinque, en ese entonces Regidor de la ciudad de Quito, enviado expresamente por el sexto Presidente de la Real Audiencia de Quito, Don Miguel de Ibarra, un historiador 28 de septiembre de 1606, con las solemnidades de estilo y bajo el nombre y protección de San Miguel de los Arcángeles, su abogado y patrón, funda San Miguel de Ibarra. Y así lo subraya Dn. Francisco Moncayo: “Como en dulce amanecida, frente a la luz que llega cotidianamente, el aviso de la próspera partida de nacimiento ... En el solar hermoso, forjado por los predios de Dña. Juana Atabalipa, Dn. Antonio Cordero, Dn. Gonzalo Carvajal y de algunos indios de Caranqui, aflorará siempre la voz de Dn. Cristóbal en el solemne minuto del espaldarazo; el jubileo de la campanita de los frailes dominicos y la del Hospicio de los agustinos en la justiciera ponderación de la escena creadora y repercutirá el credo del hombre que la hizo ...”

Así se plantaba en esta tierra la Cruz de Cristo. Situado Don Cristóbal de Troya con su séquito, ataviados a la usanza de la época con vistosos tafetanes, con sombreros de tres picos, las casacas de los más preciados paños y deslumbrantes bordados, con sus espadas relucientes que vinieron de Toledo, en el lugar escogido para plaza de la nueva ciudad, en donde hoy se extiende nuestro parque principal, a pocos pasos de este augusto recinto, clavó el madero simbólico de la justicia (la picota), y desafiando a quienquiera que pretendiese contradecirle y empuñando su espada, juró defensa a la naciente Villa y reiteró el empeño español de que Ibarra viviese para siempre. Fue así cómo empezó a vivir su vida civil, agrupada alrededor de una plaza pública central, que con el devenir del tiempo habían de levantarse la Catedral, el Ayuntamiento y el Cuartel, como símbolos vivientes de la Comuna ibarreña, del clero y del ejército.

Así advino la Villa de Sn. Miguel de Ibarra recostada en primorosa sabana, en la cual Natura volcó todos sus dones, acariciada por las mansas aguas del Tahuando y del Ajaví que besan sus contornos. El 11 de noviembre de 1811, congregada en Quito la Junta Superior Gubernativa Capitanía General acordó por unánime deliberación conceder y declarar el título de Ciudad a la Villa de San Miguel de Ibarra y el 2 de noviembre de 1829, el Presidente de la Gran Colombia, Simón Bolívar ratifica mediante un decreto la erección a la categoría de ciudad.

Esta es la ciudad, que como el Ave Fénix de la mitología griega supo levantarse del desate de las fuerzas telúricas que la redujo a escombros el 16 de agosto de 1868. Esta es nuestra Patria chica, “la Ciudad Blanca” que le apellidaron los unos, la “ciudad jardín”, la llamaron los otros. Esta es la ciudad de los grandes valores espirituales, políticos, de las grandes generaciones consteladas de escritores, sociólogos, filántropos, oradores, poetas, pintores, músicos de nombradía. Allí los Moncayo, los Peñaherrera, los Cornejo, los García Ortiz, los Acosta, los Guzmán, los Leoro, los Villamar, los Gómez de la Torre, los Pasquel Monge, los Suárez Veintimilla, los Villacís, los Reyes, los Rosales, los Pérez Guerrero, los Troya, los Larrea, entre otros.

Esta es la ciudad, de la cual Remigio Crespo Toral subrayó “que era de sol y de perfume, la ciudad placentera, un rincón de quietud, oasis para el tu-

rismo, que desde las terrazas o la hamaca voluptuosa, contemplará el primero, el segundo y el último término del paisaje encantador”. Esta es la ciudad de la cual el laureado poeta colombiano Alfredo Gómez Jaime la presentó en delicado soneto, colorido y magnífico para decirle: “Es un nido de rosas y de estrellas en donde triunfan las mujeres bellas y Dios viene a soñar en sus jardines”. Esta es la ciudad de los cuatrocientos diez años. En ella se meció nuestra cuna, en ella dimos nuestros primeros vacilantes pasos, nuestros ojos vieron el despertar de las primeras auroras y en sus dilatados horizontes los arboles de variados e indescriptibles matices al atardecer. Ella guarda todos los recuerdos, así los de la edad primera, infantiles y risueños, como los de la juventud plenos de entusiasmo, esperanzas e ilusiones y los de la edad proveya, apacibles y tranquilos. Esta es mi ciudad magnánima, acogedora. Por ella tenemos que luchar por alejar de su seno lo falso, lo postizo, lo mediocre, el tizne vulgar o la mancha descuidada que pugna por pegarse a su noble y excelsa tradición.

*¡Salve Ibarra, en tu día de gloria
suenan un himno de intensa emoción,
que tu triunfo recoja la historia
y te brinde un futuro feliz!*

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO: HISTÓRICA IMAGEN VENERADA EN EL CONVENTO DE SANTO DOMINGO DE IBARRA

Refiere la historia que el 28 de septiembre de 1606, el Señor Capitán Dn. Cristóbal de Troya, vecino, encomendero y Regidor de Quito, por mandato del Sr. Licenciado Dn. Miguel de Ibarra, VI Presidente en la serie cronológica de la Real Audiencia de Quito, en el nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, en quien debemos creer y adorar; tomando por intercesora a la esclarecida y soberana Virgen María, en la advocación de Nuestra Señora del Rosario, para alcanzar misericordia y merced, y por Abogado y Patrón al Prín-

cipe de los Ángeles y Arcángeles, San Miguel, puebla, funda y establece la Villa de San Miguel de Ibarra, en el hermoso y extenso valle de Carangue por ser la parte más cómoda y llana y de mejor temple que había en dicho valle y fundamentalmente porque se podía por dicho paraje abrir el camino más breve para ir a Panamá. Cabe también destacar la presencia de distinguidas personalidades que fueron testigos de este magno suceso, entre ellas la del Maestro Fray Pedro Bedón, Vicario Provincial de la Orden de Santo Domingo y Prior del Convento de Nuestra Señora de la Peña de Francia, pues así se le conocía a la Virgen del Rosario, como también del Padre Fray Juan de Arcaya, Vicario del Convento y fraile de la Recoleta. El Padre Bedón fulgura con la devoción a María. A fines del siglo XVI dibuja una viñeta de la Virgen en el Libro de la Cofradía del Rosario.



Veneranda imagen de Nuestra Señora del Rosario

Estamos celebrando con desbordante ufanía los 412 años de la fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra y a la par de este significativo acontecimiento histórico, también se celebran 412 años de la presencia dominicana en nuestra hidalga y cristiana Ciudad Blanca de Ibarra. Indudablemente la génesis de nuestra Ibarra querida está íntimamente vinculada con la presencia de los dominicos que se afincaron en la pintoresca y fecunda comarca perteneciente al asiento de Carangue.

Se afirma que el Capitán Cristóbal de Troya se alojó en el Convento de

Nuestra Señora de la Peña de Francia y los frailes dominicos que pertenecen a la Orden de Santo Domingo de Guzmán evangelizaron con amor y entusiasmo a la feligresía ibarrena, destacando siempre la devoción a la Santísima Virgen del Rosario, cuya venerable efigie, que ha sido atribuida al prodigioso Diego de Robles, fue testigo de la fundación de Ibarra y simultáneamente Patrona de la Villa y de las Armas Reales.

Fue precisamente el Rey Dn. Felipe IV quien despachó para sus reinos de España y de América, la Real Cédula expedida en Madrid el 10 de mayo de 1643, ordenando que se nombrase Patrona y Protectora del rey y sus ejércitos a Nuestra Señora del Rosario. El 11 de marzo de 1646, llegó a poder y conocimiento del Cabildo ibarrensé una copia de la Cédula que había expedido Felipe IV. A fines de 1646, previo el novenario de misas, sermones y demás solemnidades prescritas por el rey, el Cabildo, Clero y pueblo pronunciaron en la Iglesia matriz de San Miguel de Ibarra, el voto y juramento a la Virgen del Rosario.

Un antiguo documento de la Iglesia subraya la vida intensa de fe y de piedad que llevaron nuestros mayores, quienes a la luz de las doctrinas católicas, ajenos a los devaneos de nuestros días, se les deslizaban sus horas tranquilas, sin el estrés aberrante del siglo XXI, entre los blancos cirios de las iglesias, los aromáticos sahumerios y la extraordinaria pompa de las festividades religiosas y más aún, en tratándose de su Patrona, Nuestra Señora del Rosario.

Es plausible que al cabo de más de 4 siglos, revivamos estos acontecimientos que han sido hermosos e históricos y que vuelvan a la vida del recuerdo, algo así como exhumados del polvo secular de los archivos y darnos cuenta que el amor y la devoción a la Madre del cielo en la advocación del Rosario, no ha padecido merma ni enfriamiento. Y qué reconfortante saber que en nuestra diócesis ibarrensé, se continúa profesándole intensa devoción a la misma antigua e histórica imagen de Nuestra Señora del Rosario, a quien en las calamidades públicas especialmente, acuden y claman los feligreses con filial confianza.

Nuestra enhorabuena a la Venerable Orden de los Dominicos por su testimonio evangelizador y su presencia en nuestro medio ciudadano, muy ligados a la fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra.

A PROPÓSITO DEL SESQUICENTENARIO DIOCESANO

Ibarra, la cristiana Ciudad Blanca y bolivariana por antonomasia, a la cual el gran vate colombiano Alfredo Gómez Jaime la calificó como “ciudad noble en su hermosura..., nido de rosas y de estrellas, en donde triunfan las mujeres bellas y Dios viene a soñar en sus jardines”, la ínclita e hidalga Ibarra, solio fecundo de ilustres Prelados sabios y santos, que le han enaltecido y le han servido con exquisitez jesucristina, celebró con desbordante ufanía el Sesquicentenario de su gloriosa nacerencia a la vida jerárquica de la Iglesia universal.

Fue la voz salida del solio episcopal, la de Mons. Valter Darío Maggi, XIV Obispo titular, la que resonó en todos los ámbitos de la diócesis convocando a la celebración de este fausto acontecimiento, grabado con letras de oro hace ciento cincuenta años (hoy 156 años), cuando fue erigida por ese recordado Papa Pío IX en aquella historiada Bula del **29 de diciembre de 1862**, por pedido expreso del Presidente del Ecuador de ese entonces, el Dr. Gabriel García Moreno. Refieren los anales de la historia que la erección canónica, real y efectiva fue ejecutada el 6 de agosto de 1865 por el Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Dr. Domingo Antonio Riaño, Obispo de Antioquía y que a la postre, había sido nombrado Administrador Apostólico de esta naciente diócesis, especialmente encargado por la Exma. Delegación Apostólica y comisionado por el Gobierno nacional.

Para conocimiento de nuestros amables lectores transcribimos parte de la Bula Pontificia de erección de la Diócesis de Ibarra: “Pío Obispo, siervo, de los siervos de Dios, para perpetua memoria del hecho... Más, luego que nuestro Señor y Redentor Jesucristo se dignó exaltar nuestra humildad para regir toda su Iglesia, volvimos los ojos a cada una de las regiones de América, y nunca dejamos de promover de todos modos al bien y utilidad de aquellos Cristianos. Y como en la última provisión de la Iglesia de Quito en el Gobierno de la República del Ecuador, hemos reservado a Nos o a nuestros sucesores una nueva demarcación, que debe hacerse en cualquier tiempo, de aquella extensísima Diócesis, oportunamente ha sucedido que el amado Hi-

jo Gabriel García Moreno, esclarecido Presidente de aquella República, haya añadido también sus súplicas, por medio del amado hijo Ignacio Ordóñez, Arcediano de la Iglesia Catedral de Cuenca, Protonotario nuestro de la misma República del Ecuador, Ministro Plenipotenciario ante esta Santa Silla, para que concluyémos este negocio, cuanto antes fuera posible. Recibiendo con gusto las preces del mismo Presidente, y de común acuerdo concluimos un Concordato en el mes de mayo del año pasado, para mirar por los derechos de la Iglesia en aquel Gobierno Ecuatoriano y habiendo sucedido todo próspera y felizmente, para el libre ejercicio de la Religión Católica y para mejor administración de aquellas Diócesis, extensión de la Iglesia de Quito, por la separación de aquellos lugares y también por la multitud de Cristianos, tenga lugar ahora la demarcación arriba mencionada, y que por lo tanto separadas algunas parroquias de aquella Diócesis se haya de instituir una nueva Iglesia Episcopal, y haya de llamarse **Ibarrense** ...Mas como la ciudad llamada vulgarmente Ibarra, se muestra recomendada por las peculiares y más oportunas prerrogativas y siendo plenamente digna, por esto la erigimos y elevamos al honor y gloria de **Ciudad Episcopal**.

...Y teniendo Ibarra el templo dedicado al Arcángel San Miguel ...eríjase y constitúyase perpetuamente allí la Silla, Cátedra y dignidad para un Prelado Ordinario, de aquella llamada Ibarrense, que presida a la misma Iglesia Episcopal, a la Ciudad, a la Diócesis, al Clero y al Pueblo en el Señor y que cuide de la Religión Católica con mucha diligencia... Dado en Roma, en 29 de diciembre, a los 1862 años de la Natividad del Señor, y 17 de nuestro pontificado”.

Así advino a la vida de la Iglesia nuestra amada Diócesis ibarrense. Su Excia. Mons. Valter Maggi realizó el 25 de diciembre del 2011, en la Santa Iglesia Catedral, la apertura del Año jubilar. Este magno acontecimiento se celebró con peregrinaciones, misiones evangelizadoras, eventos académicos, un Congreso Eucarístico, entre otros. A lo largo de este período se elevó un himno de bendición, de penitencia, de súplica, de agradecimiento al Buen Dios, el dispensador de la gracia, de la gloria y de la indulgencia jubilar.

CONOZCAMOS QUIÉN FUE EL PRIMER ADMINISTRADOR APOSTÓLICO

Decía en el artículo anterior que nuestra amada Diócesis ibarrense advino a la vida jerárquica de la Iglesia un historiado 29 de diciembre de 1 862. La Bula Pontificia, expedida por S.S. Pío IX en su parte pertinente subrayaba: “...A fin de que todo lo que hemos establecido, y que no dudamos se observará plena y fielmente por el Gobierno Ecuatoriano, se llevará próspera y felizmente a cabo, constituiremos y designamos para Ejecutor de estas Letras Apostólicas al amado Hijo Francisco Tavani, Prelado Doméstico nuestro, Legado de la Santa Silla ante el Gobierno de la República del Ecuador, con la facultad de subdelegar, para la conclusión de este negocio, a otra persona constituida en dignidad Eclesiástica, al cual nuestro Ejecutor y su delegado les será permitido, tan sólo en el desempeño de este negocio ordenar, establecer y declarar, como también definir, estatuir y decretar, teniendo siempre presente el Concordato, todo aquello que conviniere para concluir el negocio en cualquier parte...”

Dando fiel cumplimiento a lo estipulado en la Bula de erección de la nueva diócesis, el Excmo. Sr. Dr. Francisco Tavani, Legado Pontificio, designado Ejecutor de las Letras apostólicas, procede a designar a **MONS. JOSÉ DOMINGO ANTONIO RIAÑO**, Obispo de Antioquía, como Administrador Apostólico de la naciente diócesis ibarrense, para que lleve a feliz término la erección canónica real y efectiva, evento que se ejecutó el 6 de agosto de 1 865, es decir casi a los tres años de la expedición de la Bula.

Conviene aclarar que erigida la diócesis de Antioquía, perteneciente a la República de Colombia, el 3 de agosto de 1804, el Exmo. y Rdmto. Dr. José Antonio Riaño, fue designado quinto Obispo de tan importante grey, desde el 13 de enero de 1854. Lamentablemente el ilustrísimo Pastor fue víctima del odio y la persecución que había desencadenado en el Cauca la Unión Granadina acaudillada por el megalómano y sectario General Tomás Cipriano de Mosquera. Tanto el Ilmo. Riaño, como el Ilmo. José Elías Puyana, nombrado primer Obispo de Pasto desde el 15 de abril de 1853, fueron des-

terrados de su suelo natal por el prepotente General; pero la acogedora República del Ecuador los recibió declarándoles ilustres exiliados.

Mons. Riaño era un catalogado Prelado, una columna granítica sobre la cual pudo levantarse la extensa Diócesis de Antioquia. Dotado de una tenacidad a toda prueba, una capacidad intelectual y moral indoblegable para zanzar dificultades, superar las pequeñeces de espíritu y enfrentar con denuedo los vientos de sectarismo e incompreensión que soplaban por doquier.

Se dice que este sapiente Prelado llegó a Ibarra el jueves 3 de agosto de 1865, el 4 se le tributó un caluroso recibimiento en la primera Catedral que fue la Matriz de San Agustín, iglesia que fue pulverizada por el dantesco terremoto del 16 de agosto de 1868. Cura de esta Iglesia matriz, al tiempo de la erección de la diócesis era el Pbro. Francisco Xavier Suárez y Vicario Juez Eclesiástico, el Pbro. Antonio Acosta, quienes más tarde serían los miembros del primer capítulo Catedral ibarrense. El domingo 6 de agosto el octogenario Antonio Riaño dio por canónicamente erigida la Diócesis de Ibarra, previa lectura solemne de la Bula a través del Secretario de Cámara y Gobierno, el Pbro. Felipe Santiago López.

Mons. José Antonio Riaño empezó la titánica tarea de organización de la flamante Diócesis ibarrense. Gobernó con celo apostólico durante 8 meses. Imbuido del anhelo de formar sacerdotes, transformó al glorioso Colegio “San Diego” en Seminario Conciliar que, según referencias del connotado maestro y escritor Dn. Roberto Morales Almeida, estuvo bajo la administración económica y control de estudios del notable ibarreño Don Miguel Oviedo.

Luego de una proficua labor pastoral, Mons. Riaño falleció en Quito el 20 de junio de 1866.

¿QUIÉN FUE EL SEGUNDO ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE NUESTRA DIÓCESIS?

Creo oportuno revisar, aunque sea a “vuelo de pájaro”, como se dice en el lenguaje coloquial, cuál ha sido su fructífera trayectoria. Recordemos que a Mons. Antonio Riaño le sucedió en la organización de nuestra novísima

diócesis ibarrese, con el título de Administrador Apostólico, el austero franciscano **FRAY JOSÉ MARÍA DE JESÚS YEROVI Y PINTADO**. Este virtuoso Prelado vio su primera luz en Quito un 12 de abril de 1819, en el noble hogar de acrisoladas virtudes cristianas, conformado por Dn. Joaquín Yerovi y Doña Josefa Pintado.

El mismo día de su nacimiento, anota su biógrafo Fray Antonio Luzuriaga Celi, fue llevado a la Iglesia parroquial del Sagrario, en donde de manos del Rvdo. Fray Pedro Albán, religioso de la esclarecida Orden mercedaria, recibió las regeneradoras aguas del bautismo, siendo su padrino Dn. Francisco Javier Pazmiño. José María Yerovi siempre brilló con luz propia, gracias a su brillante talento y a sus virtudes heroicas. El Convictorio de San Francisco le abrió sus puertas allá por 1829. Descuella entre sus discípulos por su poderosa inteligencia y vasta ilustración en la Gramática, Historia y Geografía, Religión, Matemática y Latín. Cuando apenas frisaba los 15 años de edad fue a ocupar las aulas de la Universidad Santo Tomás de Aquino, único centro de educación superior que tenía nuestro país en los inicios de su vida independiente. Las borlas del Doctorado resplandecían en sus sienes cuando cumplía 25 años. Luego de un tenaz discernimiento abrazó la carrera eclesiástica, habiendo sido llamado con antelación en un sugestivo episodio que aconteció en la laguna de Cuicocha, perteneciente a nuestra musical tierra de Cotacachi. Allí por una contingencia de última hora, su balsa estuvo en peligro de naufragar, en el cristal de la laguna pudo advertir una gran hoguera que supuso “estar al borde del infierno”. Eran los rayos del sol, que hiriendo en su ocaso las nubes, daban el aspecto de un mar de fuego.

José María Yerovi fue ordenado sacerdote en 1845. En 1848 ejerció la Capellanía del monasterio de las Conceptas, donde trabajó arduamente por el florecimiento de la observancia monástica. En diciembre de 1850 integró la Convención Nacional donde defendió con acierto y maestría la abolición de la pena de muerte por delitos políticos, el establecimiento de una Corte Superior en Ibarra, la suscripción de un informe favorable pidiendo el retorno a sus antiguas casas de Ibarra de los expulsados Padres Jesuitas.

Más tarde es nombrado Subsecretario de la Arquidiócesis de Quito, Vicario Apostólico de la Arquidiócesis de Guayaquil. Lleva una vida de sacrifi-

cios, de renunciamientos. Busca los místicos perfumes del dulce Poverello de Asís y cual una fecunda planta es trasplantado del jardín filipense al pencil hermosísimo de los franciscanos. “La muceta del Doctor, se convirtió en corona religiosa, las borlas del humanista en cingulo de franciscano”, diría de él el excelso Juan Montalvo. Hallándose en Lima el seráfico religioso el 13 de Octubre de 1865, recibe el nombramiento de Administrador Apostólico de la Diócesis de Ibarra, por parte del Pontífice Pío IX. Arribó a Ibarra caminando en medio de un torrencial aguacero. Venía a pie desde Quito, en cuatro agotadoras jornadas. Se decía de este humilde fraile franciscano que “era un verdadero santo, de maceradas carnes, prolongados ayunos, alta oración y rígidas disciplinas”. Siete meses estuvo al frente del Gobierno eclesiástico de Diócesis de Ibarra. Nombrado Coadjutor del Arzobispo de Quito, con derecho a sucesión, salió de Ibarra a pie, acompañado del que fue pertiguero de la Catedral de Ibarra, Mariano Villalba.

LA SEÑERA PERSONALIDAD DEL TERCER ADMINISTRADOR APOSTÓLICO

La magna conmemoración del Sesquicentenario de la erección del Obispado de Ibarra, me permite ahora pergeñar una brevísima semblanza de quien fue el tercer Administrador Apostólico de la Diócesis ibarrensense, me refiero al Ilmo. Sr. Dr. **ARSENIO ANDRADE LANDÍVAR**.

Recordemos que el seráfico José María Yerovi, estuvo apenas siete meses al frente del Gobierno eclesiástico de nuestra diócesis, sitio donde dejó una impronta indeleble por sus acrisoladas virtudes ascéticas y sus nobles afanes por organizar la naciente diócesis. Nombrado Coadjutor del Arzobispo de Quito, con derecho a sucesión allá por 1866, salió de Ibarra y Mons. Francisco Tavani, Delegado Apostólico de la Santa Sede ante el Gobierno del Ecuador, nombra Administrador Apostólico a quien venía desempeñándose como Vicario general, a Mons. Arsenio Andrade.

El flamante Administrador Apostólico era oriundo de Quito. Allí vio su primera luz un 15 de septiembre de 1825, hijo legítimo del Sr. Camilo Andrade y de la Sra. Teresa Landívar. En 1847 obtuvo su bachillerato en el Se-

minario de San Luis donde realizó sus estudios de Filosofía. Dueño de una mente sólida y práctica, humanista distinguido, amante del Derecho, se graduó de Doctor en Jurisprudencia el 6 de julio de 1849 y el 11 de febrero de 1853 se incorporaba como Abogado de la República ante la Corte Suprema de Justicia. Hombre creyente, hombre de fidelidad a Dios y a la iglesia, abraza su vocación al sacerdocio y el 21 de enero de 1855 recibe su ordenación de manos de Mons. Francisco Xavier de Garaicoa, quien se desempeñaba como Segundo Arzobispo de Quito.

El Congreso Nacional de 1863 y 1864 fue cuna de su pensamiento político depurado. Allí asistió como Diputado de nuestra provincia azul de Imbabura. Era conocido por sus contemporáneos como el “Atanasio ecuatoriano” por la heroica entereza de su cristiano civismo, por la reciedumbre de su carácter, su temple espiritual que le permitía mirar por el bienestar de sus prójimos, dando lo mejor de sí mismo, ofreciéndose como rescate, para que después se cobre el fruto sea en bien, en bondad o en belleza.

Ocupado en el afanar diocesano, en carta fechada el 21 de julio de 1866 le dice a Mons. Yerovi: “Acogiéndome a los saludables consejos que V.S.I. me da en sus bondadosas cartitas, he podido superar las dificultades que he encontrado en los diferentes asuntos de mi competencia”. Y en otra fechada el 18 de agosto del mismo año subraya: “Yo por aquí procuro trabajar hasta donde me alcancen las fuerzas; mas para todo es menester que yo pisa y me aproveche de los consejos de V.S.I... Con el objeto de dividir en alguna manera la dirección de esta diócesis he nombrado Vicario foráneo al Dr. José Ibarra...”. En 1867 fue nombrado Deán de la Santa Iglesia Catedral de Ibarra.

El dantesco terremoto del 16 de agosto de 1868 le sepultó vivo en su casa de Ibarra. Luego de 4 horas de angustia fue rescatado por una mujer del pueblo; gracias a su intervención, pudo auxiliar espiritualmente a las víctimas sobrevivientes. En 1870 fue nombrado Vicario General de la Arquidiócesis de Quito por Mons. Checa y Barba. Su biógrafo cuenta que el funesto 16 de agosto de 1875 cuando fue asesinado el Presidente Gabriel García Moreno, fue precisamente Mons. Andrade el que salió de la Catedral para confortarle solícito los últimos auxilios de la religión católica.

En todas las grandes responsabilidades que le tocó asumir en Ibarra,

Quito y Riobamba, a las altas dotes y severidad del Obispo y Vicario Capitular, supo corresponder con un austero rigor y celo pastoral. Falleció en Quito el 14 de octubre de 1905.

¡QUIÉN FUE EL PRIMER OBISPO TITULAR DE IBARRA?

La Diócesis de Ibarra celebra con inusitado alborozo el sesquicentenario de su erección, gracias a ese espíritu visionario que tuvo el Papa Pío IX y a ese espíritu imbuido de patriotismo del Presidente Gabriel García Moreno. Preciso es entonces que vayamos conociendo ese elenco de virtuosos Prelados que han ejercido el Gobierno eclesiástico de la grey ibarrense. No olvidemos que tres Administradores apostólicos ocuparon el Sillón episcopal en los primeros pasos que dio la naciente diócesis: Mons. Antonio Riaño, Mons. José María Yerovi y Mons. Arsenio Andrade.

El primer Obispo titular o residencial fue Mons. **José Ignacio Checa y Barba**, catalogado como la figura cimera del Martirologio ecuatoriano. Fue preconizado Obispo de Ibarra en marzo de 1867 y arribó a la Diócesis de Ibarra, acompañado del ilustre presbítero Francisco Pigatty, el 28 de abril de 1867, luego de publicar en Quito la primera Carta Pastoral. De paso por Quito consagró a Mons. José María Yerovi, quien con clarividente juicio le pronóstico que sería el Arzobispo de Quito, lo cual se cristalizó en halagadora realidad en junio de 1868.

Mons. Checa, tal como anota la sapiente y castiza pluma del presbítero Juan de Dios Navas, nació en la ciudad de Quito en el aristocrático hogar conformado por el Coronel Feliciano Checa y Barba y de Dña. Alegría Barba y Borja el 4 de agosto de 1829. Se educó en el Seminario de San Luis, en donde más tarde ejercería el Vicerrectorado. Se incorporó de Doctor en Teología y en ambos Derechos. Sintiendo en su corazón el fuerte llamado del Señor el 5 de mayo de 1847 se dirige al Ilustrísimo Nicolás Joaquín de Arteta y Calisto con esta petición: “ Ilmo. Sr.: José Ignacio Checa y Barba, estudiante de Teología, ante V.S.I., según derecho, comparezco y digo, que

tengo fijados mis conatos a la carrera de la Iglesia con el fin de servir a Dios, por lo que a efectos de conseguir la primera tonsura y los cuatro grados de órdenes, suplico a V.S.I. se me reciba información de testigos...” José Ignacio recibió el sacro presbiterado el 2 de mayo de 1855.

Marchó a Roma e ingresó a la Academia de Eclesiásticos nobles. Y fue precisamente la Convención de 1861 la que le presentó como Obispo Auxiliar de Cuenca con residencia en Loja, provincia donde se desempeñó como Administrador Apostólico. De él decía el Pbro. Cueva: “Vuestra labor es ardua; la carga de vuestros deberes, abrumadora, infatigable, pesadísima; pero os alienta la fortaleza de Pablo, os guía la fe de Agustín; domina vuestra elevada inteligencia el fuego de Ambrosio; la prudencia, la sabiduría, la virtud, os distinguen, exceden a vuestros cortos años; pero ¿qué digo?... ¡Providencial coincidencia!... Comenzáis la carrera de vuestro apostolado a la misma edad que el soberano Maestro... hasta terminar su obra en las angustias de la cruz, que también habéis llevado a vuestros hombros”. Un presagio de lo que acontecería después.

De la actuación de Mons. Ignacio Checa, como primer Obispo titular de Ibarra, el recordado Canónigo Dr. Mariano Acosta Yépez en 1877 enfatizaba: “A la plenitud del sacerdocio obtenido a la temprana edad de 32 años, se siguieron luego las prerrogativas que elevan el episcopado a mayores grados de dignidad, en orden a la potestad de jurisdicción. De Obispo Auxiliar de Loja, donde fue recibido con indecible júbilo de sus habitantes y amado con especialidad, vino a ser el Primer Obispo Diocesano de Ibarra en marzo de 1867... Testigos sois cómo organizó la Diócesis con prudencia, paz y acierto, que enalteció al clero y mejoró al Seminario de esta ciudad, estableciendo a más de las cátedras de ciencias eclesiásticas, las de Derecho... Testigos sois de los hechos de su beneficiosa administración. Fue Senador de la República en varios Congresos. Con el Presidente Gabriel García Moreno consagró solemnemente al país al sacratísimo Corazón de Jesús. Afrontó con denuedo la persecución de 1877 y culminó su fecundo periplo episcopal como Arzobispo de Quito, con el ignominioso envenenamiento del Cáliz del Señor, de aquel trágico Viernes Santo del 30 de marzo de 1877.

VIRTUD, TALENTO Y ENERGÍA DEL SEGUNDO OBISPO TITULAR DE IBARRA

La ciudad Blanca de Ibarra, la ciudad del abolengo ilustre, la ciudad del ensueño y de la esperanza había quedado reducida a escombros luego del aciago cataclismo del 16 de agosto de 1868. En medio de la devastación y de la ruina adviene la señera personalidad del **Dr. Antonio Tomás Iturralde Grande**, nombrado por Su Santidad Pío IX el 25 de junio de 1869, segundo Obispo titular de Ibarra. Mons. Iturralde se desempeñaba como Chantre de la Catedral de Quito cuando fue preconizado Obispo.

El nuevo Prelado había nacido en Ambato el 12 de julio de 1807. Según referencias del Pbro. Juan de Dios Navas, fue hijo legítimo de Dn. Mariano Iturralde, ambateño y de Dña. Antonia Grande Suárez y Egüez, laticungueña. Recibió el sacramento del bautismo en la iglesia matriz de Ambato a los dos días de nacido, de manos del sacerdote Fray Manuel María de San Vicente habiendo sido sus padrinos el Sr. Dn. Francisco Suárez y Dña. María Sevilla quienes fueron advertidos de su obligación y parentesco espiritual.

El joven Iturralde hizo sus estudios en Quito y en Popayán. Dotado de una poderosa inteligencia y una profunda vocación sacerdotal fue becado en el Seminario de San Luis, donde realizó sus estudios de Teología y ambos Derechos. El 5 de agosto de 1831 el joven Diácono pidió dimisorias, a fin de que le ordenara de Presbítero el Obispo de Popayán, una vez rendido el examen correspondiente ante el Rector del Seminario, el Pbro. José Bernardo Arias y los sacerdotes evaluadores Fray José Manuel López y Fray José Vinuesa.

Inicia su periplo sacerdotal como cura de San Roque en 1835. En 1840 obtuvo una Mediación en el Coro Catedral. Fue nombrado Racionero el 23 de octubre de 1842; Doctoral, el 26 de octubre de 1847 y Chantre el 30 de julio de 1868. Nominado Obispo residencial de Ibarra el 13 de febrero de 1870 recibe su ordenación episcopal en la Catedral de Quito y el 14 dirige su carta a los acongojados ibarreños que se encuentran a buen recaudo en los llanos de Santa María de la Esperanza: "...Yo lloro al dejar caer mis miradas sobre estas desiertas y arruinadas ciudades que fueron antes la hermosa provincia de Imbabura, mi amada grey. Lloro porque a la vista de tanto desastre desfallece mi

alma... Sacudíos, por tanto, del abatimiento y postración en que os ha dejado el cataclismo de que habéis sido víctimas, y emprendiendo presurosos en la reedificación de vuestras ciudades arruinadas, dad así la primera manifestación exterior de la conformidad... Oíd hijos míos la voz de vuestro Pastor...”.

El 24 de febrero de 1870 el Obispo Iturralde se encaminó hasta la “tienda del árabe en el desierto”, la Esperanza, como la calificó el Dr. Mariano Acosta. Allí Mons. Iturralde tomó posesión de la desolada diócesis ibarrense y con su verbo admonitivo, exhortó a los ibarreños a emprender el retorno a sus lares queridos. La tarea era titánica; por ello se trabajó mancomunadamente con Gabriel García Moreno, Mariano Acosta, Teodoro Gómez de la Torre, Manuel España, José Nicolás Vacas, José Domingo Albuja, entre otros.

Mons. Tomás Iturralde jugó un rol protagónico en el retorno de los ibarreños a sus parcelas desoladas y como bien lo subrayara un distinguido periodista, debieron haber experimentado en su interior el aliento de aquella fuerza que el mundo antiguo atribuyó al Ave Fénix, aquella ave fabulosa que cíclicamente moría sobre una pira y renacía luego de sus propias cenizas, pues pronto, en medio de la devastación y la ruina, entre los escombros no removidos totalmente decidieron retornar a sus lares solariegos para reconstruir la ciudad que era nada más ni nada menos que la segunda siembra del árbol fecundo de la ibarreñidad. Imposible resumir en esta apretada síntesis toda la labor apostólica de 5 lustros de este virtuoso Prelado. El trabajo oneroso fue minando su salud, razón por la cual el 12 de marzo de 1875 el Papa Pío IX le aceptó la renuncia y el 31 de enero de 1891 falleció en la ciudad de Quito.

APOSTÓLICO Y ATINADO GOBIERNO ECLESIAÍSTICO DEL TERCER OBISPO TITULAR DE IBARRA

Decía en el artículo anterior que frisaba apenas 67 años de edad el Ilustrísimo Tomás Iturralde, cuando sintió el peso agobiador de su titánica tarea apostólica que había comprometido seriamente su frágil estado de salud, razón por la cual el Santo Padre Pío IX, sensible al clamor insistente del Prelado, le aceptó la renuncia en marzo de 1875.

Según las normas establecidas en el Concordato con la Santa Sede, Mons. José Ignacio Checa, Arzobispo de Quito, presentó una terna para ocupar la diócesis vacante: Dr. José Nieto, Canónigo de la Merced; el Chantre Dr. Vicente Pástor y el Teologal Dr. Pedro Rafael González Calisto. La Junta presidida por el Dr. Antonio Borrero, mediante votación, procedió a elegir al sucesor de Mons. Iturralde, habiendo obtenido el primer lugar el Dr. Pedro Rafael González con 16 votos y el Dr. José Nieto, 4 votos. El Consistorio Pontificio del 28 de septiembre de 1876 ratificó esta designación y el **Dr. Pedro Rafael González Calisto** fue preconizado tercer Obispo residencial de Ibarra.

Mons. Pedro Rafael González, según referencias de su biógrafo el Pbro. Juan de Dios Navas, nació en la ciudad de Quito el 24 de octubre de 1839. Hijo legítimo del Coronel Dn. Miguel González, de nacionalidad chilena y de la virtuosa dama quiteña Dña. María Calisto. Recibió las aguas bautismales de manos del Deán de la Catedral de Quito, Dr. Pedro Antonio Torres, sirviendo de padrino el Gral. Juan José Flores, primer Presidente del Ecuador. Sus estudios de humanidades los realizó en el Seminario de San Luis, para luego trasladarse a Roma al Colegio Pío latinoamericano donde se ordenó de sacerdote en la Basílica de San Juan de Letrán, la Catedral del Papa, el 24 de septiembre de 1864. Después de obtener las borlas de Doctor en Teología por la Universidad Gregoriana, el Papa Pío IX le condecoró con los títulos de Monseñor, Protonotario Apostólico y Asistente del Solio pontificio.

En la Arquidiócesis de Quito desempeñó importantes cargos: Canónigo honorario, Examinador sinodal, Catedrático del Seminario mayor, teologal, Secretario y Vicario general del Arzobispado, Obispo Coadjutor de Mons. Ordóñez con el título de Arzobispo de Sinnade en 1893. Fue elegido Arzobispo de Quito el 8 de octubre de 1893.

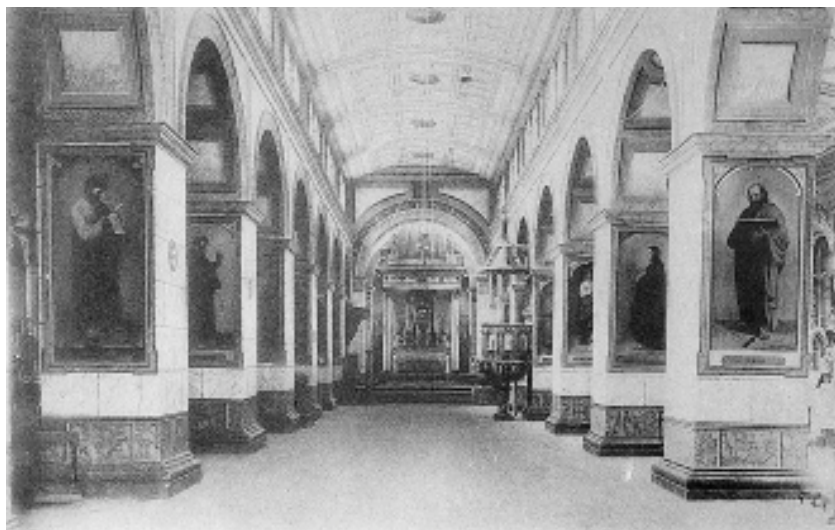
Habiendo sido preconizado Obispo de Ibarra, recibió la consagración episcopal de manos del Obispo mártir, Mons. José Ignacio Checa, en Quito el 27 de diciembre de 1876. La pequeña Capilla del convento de la Merced de nuestra querida Ibarra sirvió provisionalmente de Catedral para que el 1º de febrero de 1877, Mons. González tome posesión de su Diócesis. Catalogado como el Obispo del Sagrado Corazón de Jesús, proverbiales fueron su

mansedumbre, humildad, afabilidad y sencillez, tal como reza su escudo episcopal: “Ponme como sello sobre tu Corazón”. Durante los 17 años de su fecundo gobierno eclesiástico, con su pequeña renta, se complacía en subvencionar obras de gran envergadura: adcentamiento del edificio del Colegio Seminario, el impulso dado al establecimiento de la Escuela de los Hermanos Cristianos, de las Hijas de la Caridad, de las Bethlemitas, el Hospital “San Vicente de Paúl”, el Palacio episcopal, la Capilla, la Santa Iglesia Catedral, el actual Cementerio “San Miguel”, etc. , etc.

Admirable y proficuo fue su periplo episcopal por esta querida Diócesis ibarrese.

LA DIÓCESIS DE IBARRA Y SU CATEDRAL

Con desbordante fervor, celebramos ya los 156 años de la erección de la Diócesis de Ibarra. Una de las iglesias jubilares donde se pudo recibir la indulgencia plenaria, ese don inefable concedido por el Papa Benedicto XVI, fue precisamente la Santa Iglesia Catedral de Ibarra. Levantada en el lindero norte del Salón de recibo de nuestra ciudad, el Parque Pedro Moncayo, a cu-



Interior de la Catedral (1920).

yo alrededor se formó la Villa de San Miguel de Ibarra, tiene a su lado el Palacio de la sede, haciendo juego arquitectónico con la Capilla episcopal.

Nada nuevo agregaré a lo que han aportado distinguidos historiadores como: Juan de Dios Navas, Abelardo Morán Muñoz, Cristóbal Tobar Subía, Roberto Morales Almeida, Amílcar Tapia Tamayo, entre otros. Se afirma que en octubre de 1606, año de la fundación de Ibarra, en la esquina donde se encuentra la Capilla del Obispo, comenzó la construcción de la Matriz. Hasta 1668 era de paja con la novedad de que la cubierta amenazaba con desplomarse por los pésimos materiales que se habían utilizado, razón por la cual el P. Manuel de la Chica Narváez, quien a la sazón era el Vicario de la Matriz, procedió a trasladar el Santísimo a la capilla de las madres Concejtas para ponerle a buen recaudo del inminente peligro que se cernía. El mismo sacerdote utilizando dinero de su propio peculio se encargó de restaurar la volviéndola al servicio 4 años más tarde. Es probable que durante la restauración, la Iglesia de San Agustín ubicada a una cuadra de la plaza principal, sirviera de alterna de la matriz. Esto se afirma por cuanto en varios documentos históricos se la confunde con la principal e incluso registros de bautismos, matrimonios, confirmaciones y defunciones celebrados en San Agustín se registran en la matriz y viceversa.

Refiere el P. Juan de Velasco que “la iglesia era grande, toda de cal y piedra labrada, con buena arquitectura; y según Alcedo, el Presidente de la Real Audiencia de Quito, “podría ser Catedral en cualquier obispado”. Según la Curia metropolitana de Quito, en el folio 79 del 11 de abril de 1678 al hacer referencia al inventario de bienes de la Iglesia matriz de Ibarra, destaca: “es una construcción de 40 varas por 8 de ancho, labrada con cal y piedra, aunque no tan sólida como la de las otras religiones, sobre todo de la Merced. Tiene tres altares principales y diversos nichos laterales. En el centro hay la imagen del Sto. Arcángel San Miguel, patrono de la Villa, cuyo escudo y espada son de plata bruñida, obsequio del General Pedro Ponce de Castillejo, Corregidor que fue de esta Villa”. Desgraciadamente el dantesco terremoto de 1868 la redujo a escombros, al igual que la ciudad y gran parte de la provincia de Imbabura.

En febrero de 1870, toma posesión canónica de la Diócesis ibarrens

Mons. Antonio Tomás Iturralde y su mira fundamental está en la construcción de la Iglesia Catedral. Del Gobierno nacional obtuvo 12 641,40 pesos y algunos fondos de la munificencia pública donde figuran el Dr. Antonio Flores, Ministro Plenipotenciario del Ecuador en Perú, José Félix Luque, Encargado de negocios en la misma república, el ibarreño Pedro Moncayo y Esparza, residente en ese tiempo en Lima, el Coronel Teodoro Gómez del Torre, el Arzobispo de Chile y de Quito, los Obispos de Guayaquil y Riobamba, entre otros. Los planos fueron elaborados por el Arq. ecuatoriano Juan Pablo Sáenz y el terreno escogido para el efecto fue el que estaba ubicado detrás de la famosa iglesia de la Compañía. Los trabajos estuvieron dirigidos por el Vicario General, Mons. Francisco Pigati, por el Dean Mons. Francisco Javier Suárez y la colaboración del Canónigo Vicente Chávez. El 27 de octubre de 1878, el entonces Obispo Mons. Pedro González Calixto, consagró la Iglesia Episcopal bajo el patrocinio de San Miguel Arcángel.

Bien podría afirmarse que la Iglesia Catedral es el mayor museo religioso de la ciudad, donde se conjuga el aporte de varios Obispos y las manos prodigiosas de varios consagrados artistas como Rafael Troya, Segundo Montesdeoca, Daniel Reyes, David Andrade, Mariano Reyes, Nicolás Gómez Tobar. Conserva los altares y el púlpito, verdaderas reliquias que pertenecieron del recordado templo colonial de la Compañía de Jesús. La Catedral es, sin lugar a dudas, un monumento condigno de la ibarreñidad.

LA HISTÓRICA IGLESIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Verdaderamente esta emblemática Casa de Dios, fue historia y ahora es recuerdo, es rica vida del pasado cuajada en magnífica arquitectura. Fue precisamente a fines del siglo XVII cuando los Jesuitas obtuvieron el real permiso para fundar el Colegio de Ibarra. Para esta fundación el Capitán Manuel de la Chica Narváez entregó tierras y dinero, de tal manera que la historia le consagra como el auténtico fundador del Colegio. El Obispo de Quito Alonso de la Peña Montenegro y el Presidente de la Real Audiencia, Lope Antonio de Munive, en 1680, autorizaron a los jesuitas establecerse en Ibarra, gra-



Ruinas de la histórica iglesia de la Compañía de Jesús.

cias a la munificencia del referido Capitán, fundador también del monasterio de las Conceptas en Ibarra.

El espacio del Convento de los Jesuitas era lo que corresponde a la actual calle Sucre, cortada por la Flores y la Oviedo, hasta el río Tahuando. El acceso a la Iglesia por la calle Sucre, el pórtico y la entrada por la Flores, luego el colegio, escuela y convento y al final la huerta. El Colegio era enorme; la Iglesia que se llamó San Francisco Javier de la Compañía de Jesús, fue inaugurada por los Padres Jesuitas allá por 1715. Era de piedra viva, con dos hermosas torres. Se afirma que gran parte de ella fue construida bajo la sabia dirección del religioso italiano P. Januario Garófalo. En 1750 refiere nuestro cronista Mario Cicala, S.J que: "Todas las iglesias de Ibarra son suntuosas y bellas: la Iglesia matriz, las de los religiosos de San Francisco, de Santo Domingo y la Merced, pero la más notable, esbelta, majestuosa e im-

ponente es la de la Compañía de Jesús. Acabada totalmente hace pocos años. Es de una sola nave, larga, ancha, luminosa, con un crecero grandioso, al centro se levanta sobre cuatro columnas y arcos torales una magnífica cúpula. Los altares todos son muy hermosos y ricamente adornados, son preciosísimos retablos de cedro, labrados con caprichosos tallados todos dorados con oro fino”.

El flagelo del 16 de agosto de 1868, redujo a escombros esta joya arquitectónica. Cuentan los cronistas que los tramos de los enormes muros y de la arquería de la Iglesia deteriorados por el dantesco sismo permanecieron hasta 1950. Posteriormente la necedad de quienes no apreciaron el valor de sus sólidos muros, dio margen para que no emprendieran la labor de la reconstrucción. De ahí que los sillares de la otrora emblemática Iglesia de la Compañía, se utilizaron para la construcción de la Catedral y del muro sur de los actuales edificios a más de la demolición sistemática causada por los propietarios modernos. En la actualidad, apenas se mantiene un lienzo pétreo, que lo conserva la Unidad Educativa Diocesana Bilingüe en la parte suroccidental del edificio, como protesta pasiva de su tenaz resistencia de piedra sillar y mortero de cal y canto.

Las ruinas y los remanentes que habían quedado del hermoso templo fueron distribuidos de la siguiente manera: los altares o retablos y el púlpito se ubicaron en la Catedral. Queda también allí el cuadro de la Virgen de la Luz y el grupo escultórico del “Calvario”. El escudo y la portada occidental que conectaba a la calle Sucre, de filigranas de piedra, adorna actualmente la puerta que da acceso a la Capilla de la actual Unidad Educativa “Oviedo” y la clásica fachada, prácticamente en su totalidad, pasó a formar parte de la fachada de la actual Capilla que conserva el Bilingüe, inclusive, la enorme puerta de estilo árabe-español, que con plena seguridad debió haber sido construida por las hábiles manos de algún artista ibarreño. Algunos investigadores han dicho que esta puerta constituyó una histórica joya del arte colonial y que fue construida entre 1715 y 1746.

LA CAPILLA DEL ANTIGUO COLEGIO SEMINARIO SAN DIEGO

Esta antigua Capilla que se yergue airosa, diagonal al histórico parque de San Agustín, nos hace recordar los tiempos idos porque es parte de la historia de nuestro querido solar nativo, es parte de la sublime tradición del Colegio Seminario San Diego, algo así como la “Esquina del coco”, que como bien lo subrayara ese connotado maestro Don. Abelardo Morán Muñoz, es la atalaya prendida entre el pasado y el presente... Centro y guía de las gentes propias y extrañas... Sitio predilecto para el corrillo estudiantil un monumento más de la ibarreñidad. ¡Cuántos recuerdos guardan sus muros venerables! Cuántos seminaristas en el coloquio fecundo de la oración se postraron de hinojos ante este tabernáculo! ¡Cuántas vocaciones se forjaron en las muchas horas de desierto y contemplación, para culminar luego en misión de fuego entre los hombres!

Esta Capilla, actualmente pertenece al Colegio Diocesano “Bilingüe”, es historia, es recuerdo, es rica vida del pasado, cuajada en magnífica arquitec-



Vista exterior de la Capilla del antiguo Seminario San Diego



Solemne inauguración de la Capilla remodelada del Colegio Seminario

tura. Su corte colonial evoca con cierto optimismo, a la capilla sixtina de Roma que se encuentra en el Vaticano.

Remontándonos a la historia misma del Colegio Seminario “San Diego”, el aterrador terremoto del 16 de agosto de 1868, redujo a escombros la hermosa Iglesia de piedra de San Francisco Javier de la Compañía de Jesús que había sido levantada por los Padres Jesuitas. Al constituirse el Colegio en Seminario de la Diócesis, el Obispo de aquel entonces Mons. Tomás de Iturralde (1869) emprendió la colosal tarea de reorganización del edificio.

En 1913, el Obispo Ulpiano Pérez Quiñónez, gestionó la venida de los Padres Lazaristas a la ciudad de Ibarra y fueron ellos precisamente, quienes efectivizaron la reconstrucción del actual edificio cuya construcción era del “orden toscano” con influencia francesa. Finalmente en el año de 1920, el Obispo de Ibarra, Mons. Alberto María Ordóñez Crespo, fue el encargado de ornamentar la histórica Capilla, tal como testimonia la placa que luce a la entrada de la Sacristía.

Es digno de resaltar la impronta indeleble dejada por el afamado artista ibarreño Don Rafael Troya, Nicolás Gómez y Luis Reyes (hermano de Da-

niel Reyes) en los hermosos cuadros pintados al óleo que exornan sus paredes rememorando trascendentales pasajes bíblicos que narran las Sagradas Escrituras. Además lucen esplendorosamente símbolos eucarísticos y escudos episcopales que constituyen un verdadero patrimonio artístico de primer orden. Se conoce que el altar fue una donación del patriota ibarreño, el Padre Francisco Almeida. El arreglo que se mantiene actualmente, con su exquisita y devota decoración se le debe al talento del Padre Eduardo Abadie, sacerdote lazarista que fue el principal del Colegio Seminario.

La Capilla estaba destinada específicamente para los seminaristas y se abría en esporádicas ocasiones para que el pueblo católico rinda culto a Jesús Sacramentado. La vieja puerta que perteneció a la Iglesia de la Compañía de Jesús, que había resistido los duros embates de la naturaleza permaneció enhiesta durante varios años, admirada por propios y extraños. Mas, la acción inexorable del tiempo y las secuelas de los temblores, causaron mella en su estructura y el templo poco a poco se fue deteriorando a tal punto que tuvieron que cerrarlo indefinidamente.

El Colegio Seminario “San Diego”, dejó su casa solariega para trasladarse a su moderno edificio ubicado en el sector de la Esperanza. Las antiguas instalaciones vinieron a ser ocupadas por el Colegio Diocesano “Bilingüe”. Cuando asume el Rectorado de este prestigioso Plantel el MSc. Luis Fernando Revelo, enfrenta el reto de gestionar ante el Sr. Obispo Mons. Antonio Arregui Yarza, la urgente necesidad de restaurar con las condignas características arquitectónicas de la otrora hermosa Capilla que había sido elogiada y admirada por eminentes turistas que llegaban a nuestra ínclita urbe. Nada les arredra a las autoridades del Colegio hasta ver cristalizado en halagadora realidad lo que se habían propuesto dentro del Plan Estratégico trazado por la Institución.

La tarea era titánica, se requerían elevados recursos económicos para este noble cometido. El espíritu visionario y dinámico de Mons. Arregui, el apoyo brindado por la Consejera Provincial de ese entonces, la Sra. Prof. Ruby Estévez, Benefactora del Establecimiento, permitieron su remodelación incluyendo la confección de una nueva puerta trabajada con estilo por las hábiles manos del maestro Antonio Cerón, oriundo de Chaltura.

El viernes 5 de junio de 1998, con desbordante alegría, autoridades civiles, militares, educativas, eclesiásticas, maestros, estudiantes y padres de familia se dieron cita, para la Solemne inauguración del templo remodelado.

La Capilla volvió a ser nuevamente un monumento que guarda la tradición de la ibarreñidad, que se yergue dignificante para el culto religioso en pleno centro de la ciudad. Preciso será llamar la atención a las autoridades para que se dé mantenimiento a la histórica puerta y detener su inminente deterioro.

“LA ESQUINA DEL COCO” Y “SAN AGUSTÍN” DOS MONUMENTOS CONDIGNOS DE LA IBARREÑIDAD

La apacible y hermosa ciudad de Ibarra, la ciudad a la que siempre se vuelve, la por mil títulos blanca e hidalga, fundada desde hace más de cuatro siglos, guarda en los pliegues de su pasado leyendas y lugares, que han sido un timbre de orgullo para los ibarreños.



Tradicional Esquina del Coco

Vacilantes llamas de entecas bujías de cera, alumbraban las tertulias de sobremesa y en algunas casas, por las grietas de sus puertas cerradas, se colaban migajas de conversaciones, que referidas con gracia única e insuperable además, resucitaban literalmente, épocas y lugares, que adquirirían ante los que escuchaban una realidad fugaz.

Pobre sería el pasado y ausente de pasado el presente, si la historia hubiese quedado detenida en las profecías y en las leyendas y no tuviese en su historia, relatos acumulados, que han sido primicias fecundas y, sitios tradicionales, que evocan hechos históricos, que con el devenir del tiempo, adquirieron un dulce sabor de tradición.

¡Cuántos recuerdos guarda la moderna Plazoleta del Coco! Allí se deslizaron los mejores e inolvidables años de muchas generaciones de estudiantes teodoristas que añoran la época de oro del “Patrón Teodoro”. Don Abelardo Morán Muñoz, maestro epónimo y prototipo de la ibarreñidad refiere que la Esquina del coco es “atalaya prendida entre el pasado y el presente... Centro y guía de las gentes propias y extrañas... Sitio predilecto para el corrillo estudiantil ...La Esquina del Coco es algo así como carne y sangre de la ibarreñidad ...La palmera exornó, según los cronistas, el huerto de la familia Gómez de la Torre.



Emblemática iglesia San Agustín

Hurgando la historia misma de nuestra blanca urbe, el devastador terremoto del 16 de agosto de 1868, la redujo a escombros. La loable labor del Gobierno de Xavier Espinosa en pro de la reconstrucción de Ibarra, le induce a nombrar Jefe Civil y Militar a un egregio Ex-Presidente de la República, al Dr. Gabriel García Moreno, quien pone todo lo noble de su espíritu, junto a visionarios ibarreños sobrevivientes de la furia causada por la naturaleza. Allí están sus nombres ungidos por el óleo de la ibarreñidad: el Coronel Teodoro Gómez de la Torre, el Canónigo Dr. Mariano Acosta, el Dr. Manuel España, el Sr. Manuel Zaldumbide, el Dr. Alejandro Pérez, entre otros. Aureolados con la triple diadema del talento, la ciencia y la virtud, contribuyeron con sus luces, con su trabajo inteligente y fecundo, a realizar el milagro del Ave Fénix: hacer renacer a su terruño amado de sus propias cenizas.

La primera reacción que experimenta el ser humano es huir del lugar donde ha recibido el daño. Así lo hicieron los ibarreños sobrevivientes del terremoto y se trasladaron a los llanos de Santa María de la Esperanza, desde donde podían contemplar los restos de la ciudad querida, derribada por los cataclismos del sismo, que dejó un rictus macabro y espantoso en cada una de sus desgarraduras. Más tarde, en 1872, retornarán a sus lares queridos y volverá a temblar la tierra removida, esta vez, al impulso del acero que cava por doquiera los cimientos de la nueva ciudad.

En un acto de verdadera filantropía, el laureado Coronel Teodoro Gómez de la Torre, entrega el extenso solar de su casa que se hallaba en ruinas para la construcción de un edificio dedicado exclusivamente para la educación. En esas ruinas se podía divisar un huerto donde lucía enhiesto un joven coco, que en los albores de 1872, serviría como punto de referencia para el trazado de la nueva ciudad.

Así se emprendió la colosal tarea de reconstrucción de la ciudad. La más halagadora realidad corona el esfuerzo del Dr. Gabriel García Moreno cuando tuvo el acierto de nombrar al Ing. Arturo Rodgers, Director de restauración de la nueva ciudad, quien en un lúcido informe enfatiza que “emprendió el trazado de la ciudad tomando como hito inicial un coco, ubicado en la esquina del cruce de dos calles rectas, a 100 metros de la plaza principal...”. Con el transcurrir del tiempo serían las calles Antonio José de Sucre (de norte a sur) y Miguel Oviedo (de este a oeste).

Con la construcción del Colegio “San Alfonso”, que luego pasaría a llamarse “Teodoro Gómez de la Torre” y los cerramientos que se iban ejecutando, el tradicional coco quedó ubicado estratégicamente en la esquina. No se le prodigó el cuidado que merecía y se le dio el uso que se da a cualquier poste. Los cables del fluido eléctrico quemaron su penacho, cuando por causas fortuitas se produjo un cortocircuito. La histórica palmera deteriorada fue sustituida en la administración del dinámico Alcalde, el Sr. Pepe Tobar (1956), quien trajo una palmera de Yahuarcocha, que hasta el día de hoy resiste el rígido devenir del tiempo.

Refiriéndonos a la Plazoleta de San Agustín podríamos afirmar, de acuerdo con lo aseverado por algunos cronistas, que la Iglesia de San Agustín y su plazoleta tuvieron su génesis en la planificación fundacional de la Villa el 28 de septiembre de 1606. Fue precisamente en el reparto de solares que realizaba Cristóbal de Troya, cuando los padres agustinos recibieron un lote para la Iglesia parroquial. Nótese que los agustinos ya residían en el Valle de Carangue, es decir eran dueños de las haciendas de Priorato y Tababuela. La plazoleta se convirtió en un sitio de servicio a la comunidad, pues allí se expendían productos de primera necesidad, hasta que se suscitó el flagelo de 1868, que redujo a escombros la imponente Iglesia.

En 1876, cuatro años más tarde de la Reinstalación de Ibarra, manteniendo el cariz arquitectónico de la Iglesia original, el templo fue reconstruido. Sin embargo, según testimonio del distinguido maestro Prof. Roberto Morales Almeida, el templo adquirió calidad de Parroquia Catedral de Ibarra, de acuerdo a disposición de la Bula de erección de la Diócesis, del 29 de diciembre de 1862. En el año de 1923, en la Plazoleta se erigió el busto de Abdón Calderón, el Héroe Niño, con la finalidad de perpetuar su memoria por su brillante participación en la Batalla del Pichincha, el 24 de mayo de 1822. Así se impuso el nombre de Parque Abdón Calderón.

En el frontispicio de la Iglesia de San Agustín en la parte izquierda, luce la veneranda imagen del Divino Niño; por justicia y por historia, en la parte superior se ha ubicado la efigie del Águila de Hipona, el Doctor de la Iglesia, el famoso San Agustín.

Hoy, a la vuelta de tantos años, cargados de historia y de acontecimien-

tos que han dejado una impronta indeleble en el alma de los ibarreños, los ojos no se cansan de mirar dos obras monumentales que fueron restauradas y modernizadas, gracias a la sapiente y dinámica visión del Fondo de Salvamento (FONSALCI), dirigido por el Arq. Fausto Yépez Collantes, donde se advirtió claramente el primor del arte, las honras del ingenio humano en las más exquisitas manifestaciones. En las horas nocturnas, los innumerables focos de luces al reflejarse en los decorados, producen tal efecto, que cautivan a cuantos tienen la satisfacción de visitar estas dos joyas históricas: la tradicional Esquina del coco y la plazoleta de San Agustín, dos monumentos condignos de la ibarreñidad.

EL ANTIGUO EDIFICIO DEL HOSPITAL SAN VICENTE DE PAÚL, HOY PATRIMONIO DE LA UNIVERSIDAD TÉCNICA DEL NORTE

Luciendo en su patio central, airosa y dignificante, la venerada efigie de San Vicente de Paúl, cuya vida estuvo aureolada de la virtud y de la caridad cristiana, el antiguo edificio del Hospital de Ibarra, ha pasado a formar parte de los bienes patrimoniales de la Universidad Técnica del Norte, gracias a las denodadas gestiones lideradas por el Dr. Antonio Posso Salgado, dinámico Rector de este Centro de Educación Superior acreditado.

Al recorrer sus espacios corredores, sus amplios salones, nos hace recordar los tiempos idos porque este edificio es parte de la historia de nuestro querido solar nativo. ¡Cuántos recuerdos guardan sus muros y sus instalaciones! Refiere el Dr. Luis F. Madera, connotado periodista y cronista ibarreño, que luego del dantesco terremoto del 16 de agosto de 1868, la ciudad quedó en ruinas. Los sobrevivientes volvieron a establecerse en sus lares nativos el 28 de abril de 1872.

Y precisamente en ese mismo año la solicitud compasiva del Gobierno pensó en el Hospital y lo inició cuando apenas había en la ciudad otras obras públicas que la bastante adelantada Casa de Gobierno, el comienzo de la Casa Municipal, un cuartel y un portal provisionales. El Dr. Luis Andrade Galindo en su libro “Lo sensible del terruño” sostiene que en junio de 1872 se pro-



Histórico edificio del antiguo Hospital San Vicente de Paúl

cedió a la expropiación del espacio físico correspondiente al Comandante José Mariano Rodríguez, sobre la propiedad que adquirió en remate público y que antes pertenecía al Conventillo de San Francisco. En agosto se ordenó el pago del precio que llegó a 1410 pesos. En sus albores la obra fue encargada al Dr. José Benigno Cevallos, ibarreño, de profesión Abogado y más tarde sacerdote.

Los planos del hospital fueron elaborados por el Hermano lasallano Benito Aulín, oriundo de Francia, conocedor profundo de las matemáticas y del diseño, el mismo que arribó al Ecuador en 1870 invitado por Gabriel García Moreno. El edificio amplio, cómodo y bien distribuido, llegó a ser catalogado como el primer hospital del país. Nuestra hidalga Ciudad Blanca de Ibarra puede ufánarse de haber visto junto a uno de sus establecimientos de gran prestancia y de perenne grandeza a varones ilustres por su sabiduría, por su exquisito patriotismo y sus acrisoladas virtudes. Basta mencionar que uno de los primeros Directores fue el Coronel Teodoro Gómez de la Torre (1881-1882), paradigma de filantropía y servicio desinteresado a los más pobres. El primer Presidente de la Junta administrativa fue el Dr. Sergio Enrique Ayala (1921). El primer Secretario fue el connotado ciudadano Don José Nicolás Vacas (1881) y el primer Colector fue el Dr. Abraham Cabezas

(1882). No olvidemos a la recordada Srta. María Olimpia Gudiño Vásquez que en larguísimo tiempo, trabajó como Obstetrix competente y abnegada en el área de Maternidad, la misma que fue concluida en 1944.

Las Hijas de la Caridad también han ejercido un loable ministerio. La primera Superiora del hospital fue Sor María Luisa Schumacher (1885-1887) y el primer Capellán el Presbítero Ángel Reyes (1885) quien fue maestro de ceremonias y más tarde Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Ibarra. A ellos se suma una pléyade de benefactores, que a su turno, colaboraron para el sostenimiento de esta magna obra.

La modernidad y las imperiosas necesidades dieron lugar a la construcción de un nuevo edificio para el hospital, ubicado en el sector noroccidental de nuestra ínclita urbe, en la calle Luis Vargas Torres, razón por la cual en 1991, el emblemático edificio quedó como un monumento glorioso de la ibarreñidad. El pasado jueves 20 de enero del 2011, en la sede del Ministerio de Salud Pública, se firmó la escritura de donación definitiva del histórico inmueble a favor de la Universidad Técnica del Norte, un acontecimiento, sin lugar a dudas, de profunda trascendencia que coadyuvará al desarrollo académico de la acreditada universidad, hacemos llegar a sus autoridades, a los maestros y a los estudiantes, el parabién altamente merecido por el brillante logro alcanzado que va en beneficio de la educación, la salud y la cultura del pueblo ecuatoriano.

EL RECORDADO TEMPLETE DE LA CRUZ DE AJAVÍ GRANDE

En los inolvidables años de mi infancia solía acompañar a mi padre en su caminata pedestre por la llamada Calle Larga (Hoy Av. Eloy Alfaro). Su nombre se debía a que era la de mayor longitud desde los albores de la villa de Ibarra. Para los ibarreños de aquellos tiempos era la única entrada y salida de la ciudad. Esta calle fue mudo testigo de grandes hechos históricos, pues conectaba con el recordado puente Ajaví, por donde pasaron los héroes, procedentes de Colombia rumbo a la capital.

Refiere Dn. Luis F. Madera que a este puente, “conocido como el puente de piedra” no le hizo ninguna mella el terremoto de 1868. El referido



Moderna Plaza Ajaví, que desplazó al templete

llo de sus moradores que se preciaban de ser devotos de esta Santa insignia. Además en la administración de otro distinguido Alcalde, el Ing. Mauricio Larrea, se colocó una inmensa cruz metálica en el centro del redondel adornada con una espaciosa gruta. Aquí solían desarrollarse hasta hace poco tiempo los tradicionales encuentros de volley ball.

Siempre me atrajo la curiosidad de las fiestas de la Cruz que cada 3 de mayo tenían cumplida realización en este populoso sector, donde vivo actualmente. Una vieja tradición refería que allá por el año 1699 en la parte noroccidental del puente se había colocado una Cruz como distintivo de la fe que profesaban los moradores y quienes se desplazaban por el antiguo camino que conducía de Tulcán a Quito y que unía a las haciendas de Azaya y las de Urcuquí. Se cuenta que un indígena de nombre Manuel, muy devoto del dios Baco y apegado al despilfarro económico con sus amigos de circunstancia, había libado hasta altas horas de la noche y en completo estado de ebriedad se vio forzado a cruzar el puente a la media noche. De pronto emergió una sombra (era el demonio) con la cual, presa de terror, nuestro indígena tuvo que luchar desesperadamente en medio de sus estentóreos gritos que se dispersaban en el manto oscuro de aquella tétrica noche. El diablo quería ahorcarle y el indígena atinó a elevar una súplica a la Santa Cruz, que lucía radiante aquella noche y

pudo ponerse a buen recaudo del ataque del maligno enemigo. Llegó a su casa más muerto que vivo botando espuma por su boca y clamando perdón a su esposa y a sus hijos, quienes dieron fe de que nunca más Manuel volvió a embriagarse ni a malgastar el dinero de la familia. ¡Santo remedio!

A la derecha de la cruz había una inscripción colonial que decía. “Adorable cruz bendita, muy dulce madero en ti adoro, en ti creo, porque en ti murió el manso Cordero. Pater Noster”. A la izquierda de la misma tarjeta se leía: “Siendo Diego González y Berdugo, Alcalde ordinario, juez y justicia mayor, fiel ejecutor perpetuo pedáneo de esta dicha Villa San Miguel de Ibarra. Es quien hizo este puente el 14 de febrero de 1699”.

El puente desapareció para construir la Panamericana, el famoso río Ajaví fue embovedado. El templete fue sustituido recientemente por una pequeña plaza, que fue inaugurada el pasado 9 de marzo de 2018, por la actual administración municipal presidida por el Alcalde Álvaro Castillo y decidieron llamarle Plaza Ajaví. La modernidad prácticamente acabó con lo narrado anteriormente.

LA BASÍLICA DE LA DOLOROSA

Era apenas un niño, cuando correteaba por la histórica calle Sucre, mudo testigo del devenir ciudadano. Todavía no se había prolongado la Av. Pérez Guerrero y la mencionada calle concluía a la altura del Colegio Salesiano Sánchez y Cifuentes. Cuántos recuerdos se agolpan en la mente al hacer memoria de lo que fue la imponente Basílica de la Dolorosa del Colegio, de singulares características arquitectónicas, al clásico estilo romano. Los ibarreños de pura cepa recordamos que esta monumental obra fue levantada piedra tras piedra, ladrillo tras ladrillo, limosna tras limosna, por ese visionario sacerdote, el Padre Vicente Ponce Reyes, a quien tuve la oportunidad de conocerle y de cuyas manos recibí los primeros sacramentos que me introdujeron en la vida cristiana.

El venerable sacerdote era oriundo de la indómita provincia del Carchi, de San Gabriel, concretamente. Formado en las gloriosas aulas del Seminario “San Diego” y en el San José de Quito. Su ministerio pastoral lo desplegó infa-

tigablemente y con auténtica mística cristiana en Urcuquí, Atuntaqui, Otavalo y finalmente en nuestra Ciudad Blanca de Ibarra, al ser nombrado párroco de San Francisco y por sus brillantes virtudes, fue nombrado más tarde Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Ibarra.

Decía Juan Montalvo, el excelso prosista: “Las grandes ideas necesitan mucho tiempo para madurar; los grandes proyectos son primeramente utopías; las grandes obras pasan por largos noviciados, si cabe la expresión, y después de las pruebas a las que las sujeta el egoísmo, la imposibilidad y la ignorancia, vienen a ser grandes realidades en manos de los sabios”. Y efectivamente el Padre Ponce fue un sabio, un sacerdote de prístina y genuina vocación, un soñador que allá por 1939, animado por su Obispo



Imponentes torres de la Basílica de la Dolorosa.

Mons. César Antonio Mosquera, emprendió su quijotesca empresa bajo la protección maternal de la Madre, la Dolorosa del Colegio, en cuyo honor quería levantar un templo donde se conjugaron las ofrendas generosas, las capacidades, los esfuerzos, las voluntades que en afán de gloria, con dinamismo de gigante, vio cristalizado su sueño cuando había transcurrido más de un cuarto de siglo. Ese esfuerzo de espartano fue reconocido por el Ilustre Concejo Municipal de Ibarra, pues con ocasión de sus Bodas de oro sacerdotales, impuso sobre su pecho la condecoración “Municipalidad de Ibarra”. Luego de una proficua labor pastoral, el 8 de diciembre de 1973 cruzaba los umbrales de esta vida perecedera.



Padre Vicente Ponce gestor de la emblemática Basílica

La furia de la naturaleza de aquel aciago 5 de marzo de 1987, lesionaron gravemente las tres naves de esta titánica obra, quedando únicamente intactas las dos imponentes torres, que fueron diseñadas y construidas bajo la dirección del maestro mayor Dn. Manuel Jiménez Viláñez. La posteridad, tan ingrata con algunos personajes, prácticamente lo ha olvidado. Él fue albañil, cantero, escultor de la imagen que lucía en el

frontis del templo. Con plomada en la mano fue el director de la obra. Y fue la mano prodigiosa de Mons. Bernardino Echeverría Ruiz, nuestro recordado Cardenal, quien ahincando esfuerzos con el dadivoso episcopado alemán, pudieron reconstruir al templo con otro excepcional estilo ajustado a la modernidad. Distinguidos sacerdotes se han desempeñado como párrocos de la imponente Basílica. Recordemos a los dinámicos sacerdotes: P. Luis Oswaldo Pérez Calderón, quien más tarde fue nombrado Obispo de Ibarra; al P. Manuel Figueroa Plazas, quien se desempeñó más tarde como Vicario General de la Diócesis dejando tras de sí una estela de imponderables realizaciones; Mons. Lauro Escalante, también dejó una impronta indeleble de su fecundo ministerio sacerdotal; el P. Giovanni Paz Hurtado, que posteriormente también se desempeñó como Vicario General y más tarde fue nombrado Obispo de Latacunga. Actualmente, con la misma tónica de servicio, ocupa el sillón parroquial el P. Narciso Guerra.

LA COMUNIDAD DE LOS PADRES MERCEDARIOS Y SU GLORIOSO JUBILEO (800 AÑOS)

Cuenta la tradición católica que la Santísima Virgen María se apareció una noche al rey Jaime I de Aragón, a San Raimundo de Peñafort y a San Pedro Nolasco, pidiéndoles que instituyesen una orden con el fin de liberar a los cristianos que habían caído en poder de los musulmanes, surgiendo así la Orden de los Padres Mercedarios, cuyo carisma será “la redención de los cautivos”. Aconteció este fausto suceso en Barcelona un historiado 10 de agosto de 1218, cuando San Pedro Nolasco funda la Orden de la Merced en el Hospital de Santa Eulalia.

Con una tónica de júbilo la Orden mercedaria acaba de celebrar sus 800 años de gloriosa nacencia, guardando fidelidad a su carisma, al acompañamiento de los privados de libertad, a la enorme misión evangelizadora. La mano misericordiosa de Dios y su ternura ha sabido atravesar los muros de los centros penitenciarios a través de la labor diligente de los mercedarios, quienes han hecho de su ministerio un gozoso servicio. Ellos han descubierto el rostro de Cristo en cada detenido, convencidos de lo que afirma el Papa Francisco: “la misericordia de Dios, capaz de convertir los corazones, es también capaz de convertir las rejas en experiencia de libertad”.

En nuestro medio ciudadano, los padres mercedarios tie-



Así lucía la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced en 1918.



Altar mayor de esta Iglesia (1890).

nen el procerato de la evangelización, mucho antes de la fundación de Ibarra, tomando en cuenta que muchos pueblos del norte integraban el dilatado corregimiento de Otavalo. Ya en mayo de 1593, los sacerdotes mercedarios, bajo la égida protectora de su Patrona, la Virgen de la Merced, atraviesan el valle de Carangué en su titánica misión evangelizadora, rumbo a la provincia verde de Esmeraldas. Leyendo el acta fundacional de la Villa de San Miguel de Ibarra, se evidencia la ausencia de los mercedarios; sin embargo no olvidemos que ellos no esta-

ban radicados en un solo sitio, pues desempeñaban su trabajo misionero y de curas doctrineros en intrincadas zonas del norte y del occidente de Imbabura, Carchi y Esmeraldas.

Me remito ahora, a la investigación y a los datos referenciales aportados por el sacerdote mercedario Rubén Robayo Campaña y el paleógrafo del Archivo municipal de Ibarra, Dn. Carlos Alfredo Rivadeneira Flores. Ellos afirman categóricamente que la presencia y la acción mercedaria arrancan desde 1535. Nótese que desde aquel año hasta 1606, se contabilizan 71 años de labor mercedaria, es decir antes de que la gloriosa hija de Dn. Miguel de Ibarra y del Capitán Cristóbal de Troya, nazca a la vida ciudadana.

Antes de que se cumpliera el primer año de la fundación de Ibarra, precisamente el 27 de agosto de 1607, el Provincial de Lima, visitó el Convento Máximo de Quito y toma parte activa en la fundación del Convento de Ibarra. Consta que para el efecto, llevó algunos objetos de culto de la sacristía de la

Merced de Quito. Así es cómo se funda oficialmente el Convento mercedario con el nombre de Caranqui, luego adoptaría el nombre de Ibarra. El terreno donde se levanta airoso el actual templo de los mercedarios fue adjudicado a la Comunidad por medio del Auto de Repartición, el 8 de octubre de 1611, expedido en Quito, por el Dr. Juan Fernández de Recalde: “Del Consejo de Su Majestad y Presidente de la real Audiencia y Cancillería Real de San Francisco de Quito, por comisión del Exmo. Sr. Marqués de Montesclaros, Virrey de estos Reinos, de sitios, solares, cuadras y tierras que se han de repartir a los vecinos y pobladores de la Villa de San Miguel de Ibarra... Al Convento de Nuestra Señora de las Mercedes, la cuadra número doscientos sesenta y cinco, toda la cuadra. Con calidad que si dicho Convento no fuere adelante y se deshiciere, queda vacante para disponer de ella como pareciere...”

La historia registra nombres de prominentes sacerdotes mercedarios que dieron lustre a su carisma: Fray Francisco de Jesús Suárez de Bolaños y sus hermanos Fray Pedro y José, Fray Custodio y Miguel Delgado Bolaños. Los ibarreños: Fray José de Yépez y Paredes, Fray Fernando Yépez y Garcés, Fray Cristóbal Auz y Pueyo, Fray Juan de Solórzano. Todos respiraban a pulmón lleno aires de santidad, vida santa y ejemplar, verdaderos siervos de Dios y de estricta observancia religiosa.

Por otro lado, en el primer Libro de Cabildos que publicó el Ilustre Municipio de Ibarra, a los 10 años de fundada Ibarra, con la mira puesta en la salida al mar de Balboa y en la creación de un puerto, el Cabildo, Justicia y Regimiento de la Villa, otorgan el poder al sacerdote mercedario Fray Tomás de Jaramillo, quien a la sazón se desempeñaba como Comendador del Convento de Ibarra, para que recabe la creación de esa salida y de ese puerto, sea en Lima, ante el Príncipe de Esquilache, Virrey del Perú, sea en la Corte, ante el rey, que lo era por entonces, Isabel La Católica, aunque opacada y débil Majestad de Dn. Felipe III. ¡Grande y noble cometido encargado a un mercedario!

El devastador terremoto de 1868 destruyó totalmente la Iglesia y el Convento y con ello desapareció el valiosísimo archivo conventual. Sobre las mismas ruinas volvió a levantarse el nuevo Convento, manteniendo esa especie de decanato religioso. La mano prodigiosa de Gabriel García Moreno, ayudó a su reconstrucción. Se conoce que el P. Domingo Cabezas levantó la fachada de

las tres naves, que se vieron seriamente lesionadas por un temblor suscitado en enero de 1906. Se emprende la reconstrucción en noviembre de 1933.

Fue precisamente el P. Luis Octavio Proaño, allá por 1986, cuando adorna la nave central del templo con 8 lienzos que recogen escenas históricas auténticamente ibarreñas del quehacer mercedario. Las obras brotaron del mágico pincel del artista ibarreño Nelson López Obando.

Recordemos que durante el terremoto y aún en la reconstrucción de la nueva ciudad, La Merced ocupa un lugar prominente en el acontecer ciudadano. Cuentan los anales de la historia que precisamente el retorno de los ibarreños a sus lares nativos tuvo cumplida realización en el ruinoso solar antiguo de los mercedarios. Allí se había improvisado un templo provisional donde se desarrollaron las ceremonias cívico-religiosas.

Celebramos con desbordante júbilo 411 años de incansable y benéfica acción religiosa y patriótica en nuestra hidalga Ibarra, 411 años de acción civilizadora y evangelizadora que lleva la Real y Militar Orden de Nuestra Señora de las Mercedes. Celebramos 800 años de su trajinar misionero y evangelizador en el mundo.

Que la vida ascética de San Pedro Nolasco, bajo la égida de Ntra. Sra. de la Merced, fulja como un rebrote de savia nueva en el árbol centenario de la comunidad mercedaria para que continúen sembrando la buena semilla del evangelio y velando por los hermanos “privados de libertad en las nuevas periferias de la cautividad”.

LA VENERABLE COMUNIDAD DE LAS MADRES CARMELITAS

Cuentan las Sagradas Escrituras en el I Libro de los Reyes que el gran Profeta Elías lanzó desde allí su desafío a los sacerdotes de Baal que habían llevado al pueblo a un horrendo paganismo. Elías y los baa-les ofrecieron sacrificios. Los profetas de Baal eligieron un novillo invocando la respuesta de Baal, pero este no respondía. Llegaron al extremo de hacerse tajos con cuchillo para que corriera la sangre. Pasado el mediodía cayeron en trance hasta la hora en que se ofrecían los sacrificios de la tarde, sin es-



Patio principal del Claustro Carmelita inaugurado el 15 de octubre de 1907.

cuchar a nadie que les diera una respuesta o una señal de aceptación. Llegó la hora de Elías, luego de haber orado profundamente al Dios verdadero, su holocausto fue abrazado portentosamente por fuego enviado por el Altísimo, mientras el de los baales permanecía intacto, probándose así que hay un solo Dios, el Dios de Israel. En el mismo lugar mientras el Profeta oraba en soledad en la cumbre del monte Carmelo, vio aparecer una nubecilla portadora de benéfica lluvia después de la sequía. Desde siempre este monte ha sido considerado el jardín floreciente de Palestina y símbolo de fertilidad y de belleza. Se le conocía con el nombre de “Vergel de Dios”.

El Carmelo proviene del vocablo hebreo “Karmel” que significa jardín, es una montaña de una altitud aproximada de 600 metros en el norte del actual estado de Israel y próxima a la costa mediterránea. Y precisamente en este lugar tiene sus orígenes La Orden de los Carmelitas. Refiere la historia que a este monte acudió la Sunamita para pedir al profeta Eliseo que resucitará a su hijo. Según la tradición, Elías y Eliseo se fueron al Monte Carmelo y con sus discípulos establecieron una tradición contemplativa viviendo como eremitas en

oración. Las excavaciones han demostrado que ya desde el siglo III d.C. griegos cristianos se establecieron como eremitas en el área del Carmelo.

Más tarde, en el siglo XII algunos penitentes-peregrinos, provenientes de Europa, se establecieron junto a la “fuente de Elías”, en una de las estrechas vaguadas del Monte Carmelo, para vivir en forma eremítica y en la imitación del Profeta Elías. Tanto entonces, como después, los Carmelitas no reconocieron a ninguno en particular con el título de fundador, permaneciendo fieles al modelo Elías ligado al Carmelo por episodios bíblicos y por la tradición patristica greco-latina, que veía en el Profeta uno de los fundadores de la vida monástica. Habiendo sido construida una pequeña iglesia en medio de las celdas, la dedicaron a María, Madre de Jesús, desarrollando el sentido de pertenencia a la Virgen como la Señora del lugar y como Patrona, y tomaron de ahí el nombre de “Hermanos de Santa María del Monte Carmelo”. El Carmelo por este motivo está profundamente ligado a Elías y a María. Su vida ascética está fundamentada en el Profeta Elías, en ese celo ardiente por el Dios vivo y verdadero y el deseo inefable de interiorizar la Palabra en el corazón y dar testimonio de su presencia en el mundo; con María, la Virgen Purísima Madre de Dios, se empeña en vivir “en obsequio de Jesucristo” con los mismos sentimientos de intimidad y profundidad de relación que tuvo la Madre del cielo. De ahí esa regla de vida austera que se traduce en trabajo, meditación de las Sagradas Escrituras, vida contemplativa.

La Orden ha pasado por pruebas sumamente difíciles, como el hecho de querer prolongar la vida seglar dentro del monasterio como aconteció en la Real Audiencia de Quito, en el siglo XVII. Dentro de las paredes de los monasterios existía un mundo no muy diferente al externo, las monjas solían residir en compañía de sus criadas, quienes ayudaban en las tareas manuales, perdiéndose de esta manera el sentido de comunidad, razón principal de la vida consagrada.

Precisamente esa holgada vida llegó a incomodar a Teresa de Cepeda y Ahumada, la monja contemplativa y andariega, hija de hidalgos, quien tomó el hábito de carmelita el 2 de noviembre de 1536 a la edad de veintiún años. La añoranza de la disciplina de los inicios de la Encarnación, provocaron en la monja la necesidad de apartarse de este monasterio hacia un verdadero re-

tiro con aquellas que estuvieran decididas a seguir al Señor con perfección. La oposición de las religiosas fue generalizada, salvo el caso de las que decidieron seguirle, sin embargo, la negativa de algunas no impidió que el proyecto se concretara con el patrocinio de dos benefactoras, ellas junto a cuatro novicias fundaron el 24 de agosto de 1562 el Monasterio de San Joseph de Ávila, donde la vida de perfección se traduciría a la vida práctica, proceso que, según Santa Teresa, consistía en el crecimiento del amor a Dios y al prójimo; la Regla y las Constituciones que la Madre fundadora desarrolló servirían para guardar estos mandamientos.

Al interior de los conventos se pone en marcha la base principal de la Reforma Teresiana que consistía en la práctica del ayuno y la oración, un tipo de oración diferente, exclusivamente mental y contemplativa, distinta a la sistemática que se practicaba en la época. La nueva regla elimina las concesiones hechas al mundo y retorna a la vida centrada en Dios con toda sencillez y pobreza como la de los primeros eremitas del Monte Carmelo. El fin de Santa Teresa fue darse del todo a Dios en profunda oración. San Juan de la Cruz sigue a Santa Teresa creando en Duruelo el primer monasterio de carmelitas “descalzos”.

El Carmen de San José, en nuestro país, constituye la primera fundación en la Audiencia de Quito en la segunda mitad del siglo XVII, el 4 de febrero de 1653, en un momento de crisis de valores que demandaba un modelo de conducta ejemplarizante, bien representado por la congregación carmelita venida desde Lima para establecerse definitivamente en la casa que había pertenecido a la familia de Santa Mariana de Jesús. Una vez instalada la comunidad procedieron a establecer la clausura. El estricto apego a la Regla teresiana sería el eje de referencia que orientaría la vida de las religiosas. La oración y las labores de mano formarían parte de las tareas de todos los días sobre la base del compromiso de vida en retiro que llegó a situar a la institución como una de las opciones de vida consagrada más apetecidas dentro de la población femenina de la Presidencia de Quito. Junto a las ocupaciones inherentes al crecimiento espiritual, las monjas también se hicieron cargo del control y de la administración de los ingresos que el convento percibía para la subsistencia, de rentas provenientes de sus bienes dotales y del trabajo en manualidades; también del pro-

ducto de las limosnas y de los censos. De aquí derivaría años más tarde otro monasterio, llamado Carmen de la Santísima Trinidad, Carmen Bajo o Carmen Moderno, erigido en Latacunga desde donde la comunidad tuvo que retornar a Quito, debido a los daños que ocasionó en su edificio el terremoto de 1698. Más tarde habría otra fundación del Carmen en Cuenca.

En nuestro medio citadino el monasterio del Carmen se estableció en 1866. Las fundadoras habían hecho su arribo expatriadas desde Popayán, víctimas del fanatismo y la megalomanía de Tomás Cipriano Mosquera, quien decidió excluirles en el año 1863. El éxodo no fue sencillo, pues habían religiosas ancianas y enfermas que tuvieron que enfrentar serias vicisitudes hasta llegar a Quito, al monasterio del Carmen Bajo, un 16 de junio de 1864. El monasterio del Carmen se estableció en Ibarra aquel historiado 2 de octubre de 1866. La construcción del edificio antiguo se hizo bajo la sapiente dirección del Capellán Felipe Santiago López, el mismo que hizo la adquisición de dos casas al Dr. Víctor Gómez Jurado para levantar la Cofradía del Carmen, con la presencia de 14 religiosas: Carmen de Santa Ana (Priora), Rosa de San Joaquín (Subpriora), Gregoria del Santísimo Sacramento (Secretaria), Ana Ma-



Vista interior del referido Claustro

ría de San Agustín (Clavaria), Carmen de San Eliseo, Sebastiana de San Elías, Rosa de San José, María Manuela de la Santísima Trinidad, María Jesús de los Dolores, Feliza de Jesús y María, Juana de San Rafael, Carmen del Corazón de Jesús, María Josefa de la Concepción y Ascensión de San Luis Gonzaga. El 16 de agosto de 1868, tuvieron que abandonarlo por el espantoso cataclismo que destruyó totalmente sus instalaciones.

Retornaron a Ibarra en 1871 y en 1876, bajo el impulso del Canónigo Mariano Acosta, ocuparon su nueva morada. Entre 1876 y 1877, se concluye la construcción del Convento y de la Capilla. A esta última le apellidaron “Capilla expiatoria del 68”. En 1905 se ornamenta la parte física, por iniciativa de Mons. Federico González Suárez.

En mi mocedad, por una contingencia de tipo fortuito que generó un cortocircuito en sus instalaciones, pude conocer de cerca el legendario monasterio de las “madres Carmelitas” ubicado en las tradicionales calles Velasco y Juan Montalvo. Me impresionaron hondamente esos espaciosos corredores, esos muros venerables y ciertas inscripciones grabadas en las paredes que evocaban citas bíblicas y teresianas. “Venid y ved este lugar sellado:/la Casa del Señor, el dulce puerto.../Para el bullicio mundanal, cerrado;/para la calma y la virtud, abierto”. Así rezaba la leyenda inscrita con áureos caracteres en la puerta sellada del monasterio. Al ingresar al legendario patio, una cita teresiana decía: “Solo Dios basta” ¡Cuántos recuerdos guarda este silencioso monasterio, unimismado al acaecer citadino!

Las inexorables coordenadas del tiempo, continuaban haciendo mella en la edificación. El monasterio afrontó un franco proceso de destrucción. De ahí que gracias al dinamismo de ese ilustre Pastor Mons. Antonio Arregui Yarza, XII Obispo titular de Ibarra, su místico nidal es trasladado a Bellavista, en ese sitial de privilegio se levantó la nueva edificación. Tras 126 años de haber permanecido en el centro histórico de Ibarra, un miércoles 10 de abril del 2002, las Carmelitas Descalzas, se trasladaron a su nuevo y místico nidal para continuar con la vivencia de su carisma que ha sido como el incensario áureo, lúcido, incesante, desde el cual surge a hacia el Amado, las plegarias reverentes que claman por el pueblo ibarreño. Aquí celebraron jubilosas el sesquicentenario de su glorioso arribo a nuestra Ciudad Blanca. Tras-

cidental acto histórico y de alta cultura religiosa que vino no sólo a reavivar la fe de los ibarreños, sino a confirmar la abnegada e incansable labor apostólica desde el claustro, con la oración, el recogimiento, la contemplación, el ayuno y el sacrificio de quienes con el café insignia de su sayal y el escapulario de la Madre del Carmen continúan su titánica misión.

La Casa de la Cultura Núcleo de Imbabura auspició este magno acontecimiento con la presentación de la obra de teatro “Crónica de una peregrinación” con la brillante participación de los estudiantes del prestigioso San Francisco, bajo la sapiente dirección de la Lic. Elizabeth Mafla y el libreto de la Lic. Ketty Ruales de Oña. Adicionalmente, en su programación habitual de los “Jueves académicos”, se presentó el Libro de Oro: “150 años de las Carmelitas descalzas de Ibarra”, que ofrece cálidos enfoques de bien cortada pluma de distinguidas personalidades ibarreñas. El lema teresiano “Solo Dios Basta” que luce a la entrada del Convento, invita a los lectores a sumergirse en el carisma señero y trascendente de la naciencia y proyección que tienen las religiosas carmelitas.

Ellas se afanan permanentemente por cumplir con fidelidad la Regla teresiana. Viven con alegría, sencillez, candor, pureza, generosidad y mucha fe. Ellas brillan en su “Carmelo” bajo un estricto estilo de vida, de búsqueda incansable del verdadero rostro de Dios y servicio a la Iglesia, pues el Carmelo es eso: búsqueda del Dios de la justicia, del amor y lucha incansable por darle a conocer con el ardor y celo de Elías. Esto es vocación de amor y de servicio capaz de renunciar a las comodidades. Quien mira desde afuera su entrega total al Dios de la vida se queda realmente abismado. Ellas dejaron el mundo y sus encantos pasajeros, lo dejaron todo: familia, amigos y se enclostraron en el monasterio del que sólo saldrán si una enfermedad supremamente grave requiere el traslado a un hospital o si les anuncian su traslado definitivo a otro convento o si una disposición superior lo autoriza. Cada una viste su hábito, cada una tiene su historia personal, pero en todas late un corazón siempre nuevo y lozano y en sus mentes bullen los impulsos místicos de Santa Teresa que exclama:

“Vivo sin vivir en mí,/ y tan alta vida espero,/ que muero porque no muero...

¡Ay qué larga es esta vida!/ ¡qué dulces son los destierros!/ ¡Esta cárcel y estos hierros,/ en que el alma está metida!/ Solo esperar la salida/ me causa dolor tan fiero, QUE MUERO PORQUE NO MUERO”

LA BENEMÉRITA SOCIEDAD DE ARTESANOS

Teniendo como escenario un elegante y remodelado Salón, donde antes lucía la galería de benefactores de la Institución y poniendo de relieve su emblemática enseña: “Dios, libertad y trabajo”, la Sociedad de Artesanos de Ibarra ha conmemorado con desbordante júbilo sus 114 años de vida institucional.

La lectura del acta fundacional nos ha permitido retrotraernos a aquel memorable 19 de junio de 1904, cuando nació a la luz de la cultura y del trabajo mancomunado la benemérita Sociedad de Artesanos, buscando el mejoramiento individual y social de la clase obrera. Así fue arraigándose al devenir ciudadano marcando una impronta indeleble de proficuas realizaciones. Setenta y cinco patriotas artesanos suscribieron la referida acta y le ungieron como primer Presidente al Sr. Rafael Gangotena.



Fundadores de la benemérita Sociedad de Artesanos

La clásica Biblioteca, a la cual acudía cuando era estudiante, se formó allá por 1909 con donaciones importantes de Mons. Federico González Suárez, Dr. César Dávila Torres y del Sr. José Ignacio Burbano. El Maestro Luciano Cerón de 1911 a 1920 impartía clases gratuitas de música a efectos de organizar una orquesta infanto-juvenil.

Quién no recuerda que en su seno se gestó un 9 de mayo de 1915, la Escuela Nocturna para Obreros con docentes adhonorem, entre ellos Rafael Suárez, Alejandro Pasquel, Juan Miguel Muñoz, José Domingo Albuja, Secundino Peñafiel, Luis Fernando Espinosa y Juan Antonio Vásquez, quienes compartían sus modestos conocimientos con los artesanos que después de las enervantes faenas del taller concurrían ávidos de aprendizaje. Con el devenir del tiempo la escuela tuvo que municipalizarse, adoptando el nombre de Escuela Nocturna Rafael Troya.

Por atinadas gestiones de los directivos se logra conseguir una valiosa imprenta, fruto de la munificencia del Dr. Alfredo Baquerizo Moreno. En esos talleres tipográficos se edita el periódico “El Bien Social” y el recordado periodista de fuste y distinguido hombre público Dn. Víctor Manuel Guzmán, también editaba “El Ferrocarril del Norte”. Las veladas literarias, dramático-musicales, siempre estuvieron a la orden del día, dirigidas por el socio honorario, el Prof. Secundino Peñafiel.

Ilustres personalidades han contribuido con la Institución, habiendo sido declarados Benefactores de la misma. Por mencionar algunos nombres: Mons. Federico González Suárez, Mons. Alejandro Pasquel Monge, Sr. Rafael Rosales, Dr. Joaquín Sandoval Monge, Sr. Jorge Merlo, Sr. César Benalcázar Rosales, Dr. Victoriano Caicedo, los mandatarios: Gral. Eloy Alfaro, José María Velasco Ibarra y Camilo Ponce Enríquez, entre otros.

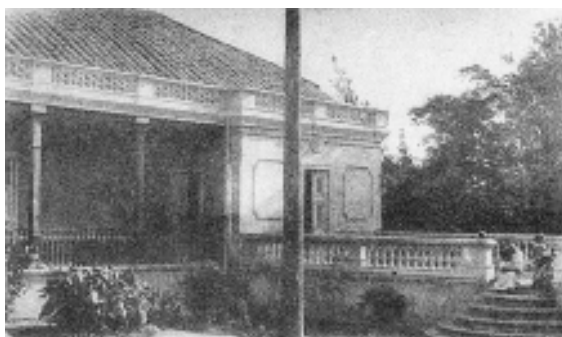
La labor desplegada por la Sociedad de Artesanos ha sido verdaderamente encomiable. Anhelamos con vehemencia que continúen con la siembra promisoriosa para que la cosecha siga siendo pródiga frente a los nuevos retos. Hacemos llegar a todos sus miembros, la sincera congratulación. Presentimos lo que vendrá con sabor a triunfo y nuevo desafío.

PILANQUÍ Y SU HISTÓRICA HACIENDA

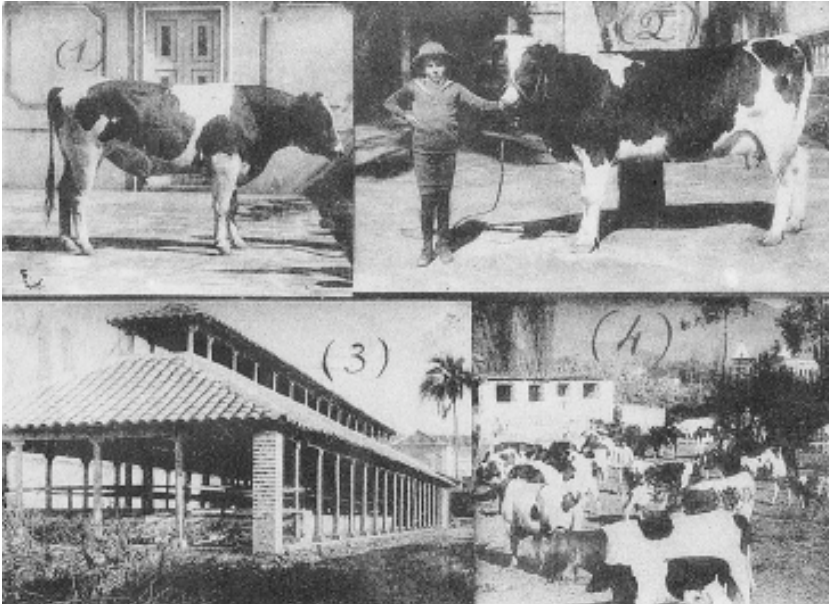
Pilanquí, sustenta un nombre telúrico milenario, acaso de la cultura de los legendarios caras, “manantial de agua”, término que se unimisma a la génesis de la gloriosa Villa de San Miguel de Ibarra, en la era colonial y en los primeros años republicanos. Pilanquí fue un amplio sitio de pastoreo, el más notable escenario cuajado de historia, que sirvió de descanso y estacionamiento de ilustres viajeros, como el Libertador Simón Bolívar, el sabio colombiano José de Caldas, el naturalista alemán Alexander Von Humboldt y cantidad de arrieros de paso hacia el norte y sur del país.

Varios testimonios narran que la icónica hacienda que abarcaba 160 hectáreas, era el sitio donde más leche se producía en la ciudad. Había una enorme variedad de cabezas de ganado. Los ibarreños de aquella época degustaban del exquisito vaso de leche, con las clásicas quesadillas a un precio módico de veinte centavos. A mediados del siglo XX, Fabián Jijón, hijo de José Ignacio Jijón Gangotena, era el encargado de administrar este lugar, que se extendía hasta más allá del antiguo aeropuerto Atahualpa.

El historiador Amílcar Tapia Tamayo, hurgando en la veta histórica de Carlos Emilio Grijalva subraya: “Hacienda en la llanura pantanosa situada al Occidente de la ciudad de Ibarra...”. Viene en su auxilio un informe del religioso mercedario Carlos de la Ponte, de origen portugués, que en una carta al Comendador del Convento de Barcelona, le dice: “Estuve en la Villa de Ibarra en agosto del año del Señor de mil e setecientos treinta y dos años



Instalaciones de la antigua Hacienda Pilanquí, propiedad de José Ignacio Jijón.



Ganado vacuno que poseía la histórica Hacienda.

cumpliendo lo mandado por vos mi señor y prior para hacer constancia de la obra del padre fray Juan Nepomuceno de la Portilla en cuanto a la apertura del camino hacia la mar de balboa y pude conocer el pleito habido entre los padres de la Compañía de Jesús y el Cabildo de la dicha Villa por una paja de agua que salía del sitio que los naturales le llaman pilinqui, lugar pantanoso que pertenece a un fundo situado a un lado del convento de la Villa y que en lengua de ellos significaba ojo de agua, porque decían era un lugar muy especial venerado y respetado por las cosas prodigiosas que decían se daba en ese sitio sobre todo en los meses de verano, ya que el agua en vez de limitar su caudal, aumentaba considerablemente su volumen y eso bastaba para que lo consideren algo mágico. Esto generaba grandes pleitos entre los Padres y el Cabildo que buscaba servir a los vecinos del lugar, en tanto que los padres para cubrir sus necesidades. Había otros caudales, pero este era el más grande y necesario...”

“Si nos atenemos al contenido de este relato, continúa Tapia Tamayo, se puede colegir que la palabra pilanquí o pilinquí en lengua nativa equivalía a

“agua mágica”. La expresión pilin, según Jacinto Jijón y Caamaño, es de origen caribe y significa mágico o venerado; en tanto que el término qui, es la acepción de agua y tiene un origen chibcha colorado. Efectuando una revisión de las propiedades existentes en la región de Ibarra, no asoma ningún nombre como Pilinquí, sino Pilanquí, razón por lo que es fácil colegir que la vocal i fue cambiada por la a debido a la pronunciación, toda vez que para 1829, esta hacienda y con esta designación, estaba en manos de un ciudadano de apellido Viteri, conforme lo registran las Cuentas de Censos que se guardan en el Archivo Histórico del Banco Central de Ibarra ...En un parte de guerra firmado el 25 de junio de 1823 por el Sargento mayor Estanislao Cruz, señala que “...En Ibarra se dejaron varios rifles guardados en la hacienda Pilanquí, cuyos propietarios ofrecieron su concurso para nuestra causa, así como entregaron numerosas raciones para los soldados patriotas que provenientes de Cayambe y Tabacundo se unirán a las tropas en su marcha hacia Pasto...

En el año de 1871 esta hacienda pasa a manos de Francisco Gómez de la Torre y Gangotena y se la hace constar en un juicio de despojo de las haciendas Yavígrande, Yavichico, Conanvalle y Pilanquí, seguido por Aparicio Ribadeneira. En consecuencia, esta propiedad fue parte patrimonial de la familia del coronel Teodoro Gómez de la Torre, especialmente de doña Rosa Gómez de la Torre, quien contrajo matrimonio con José Ignacio Jijón y Gangotena en el año de 1921. En el año de 1924 autoriza a su marido hipotecar la hacienda en vista de varios problemas económicos que atravesaba la familia debido a situaciones políticas, tal como lo asevera la misma propietaria al obispo de Ibarra Mons. Alberto María Ordóñez Crespo en los siguientes términos: “...estamos sufriendo las consecuencias de la persecución política que se ha vuelto implacable en los últimos tiempos. No nos dan alivio nuestros enemigos razón por la que nos vemos obligados a vender muchos bienes y en otros, como en el caso de Pilanquí de Ibarra, hipotecarlo para poder subsistir...

En el inventario de bienes de la casa de hacienda se hacen constar, entre otras cosas, lo siguiente: “...un portón grande de madera de cedro en buen estado con láminas de hierro trabajadas en la herrería de Luis Pazos, natural de Pasto, una antigua pila de piedra que se halla en el patio central que no se tiene memoria de su antigüedad porque siempre existió. Dicen que en tiempos

de la colonia los vecinos de Ibarra se aprovisionaban de agua cuando esta escaseaba en la ciudad y lo hacían con permiso de los propios dueños...”. En la actualidad, existe una pila en el centro del patio de la antigua casona que ahora ocupa la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión” Núcleo de Imbabura, no sabiendo si a ella se refiere el inventario citado. De ser así, sería una verdadera reliquia por la función social que cumplió esta fuente...” (Hasta aquí la información que proporciona el Dr. Amílcar Tapia Tamayo).

La Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo de Imbabura solo conserva una pequeña parte de esta histórica hacienda que había sido herencia de los Tinajero. Allá por el año 1823 el Crnl. Joaquín Gómez de la Torre Tinajero ostentaba el título de propietario.

Según la información que consta en el museo del Encuentro imaginario de Bolívar con los hombres libres, se afirma que Pílanquí fue el escenario donde concurrieron Humboldt, Caldas, al Gral. José Ma. Córdova, Carlos Montúfar, Sámano, Francisco Calderón, el sabio peruano, Bernardo Monteagudo, entre otros. El legendario sitio era de un solo piso, poseía unas confortables 20 habitaciones, con piso de costal y techo de carrizo. El personal de servicio estaba conformado por negras que venían de Carpuela y de Santiago. El horrendo cataclismo de 1868, solo acabó con la parte noroccidental de la hacienda. Se conoce que a partir de 1962, se comenzó a parcelarla, hasta que se la vendió en su totalidad.

Huellas que no cesan

NUESTRA CASA DE LA CASA DE LA CULTURA NÚCLEO DE IMBABURA

Alguien decía que “Los caminos que dejan recuerdos, no son como se recorren, sino como se recuerdan para narrarlos”. San Agustín, el Águila de Hipona, solía decir: “Ingens aula memoriae”, refiriéndose a esa prodigiosa facultad de los recuerdos. Precisamente desde ese depósito ingente de impresiones y desde la memoria, el Dr. Luis Andrade Galindo y el Prof. Marcelo Valdospinos Rubio, distinguidos Ex presidentes de la entidad, evocan el periplo recorrido por el Núcleo hasta alcanzar



Complejo Cultural Pílanquí, perteneciente al Núcleo de nuestra Casa de la Cultura.

semejante mayoría de edad: 65 años de vida institucional. Transcribo a continuación sus brillantes aportes:

“El 9 de agosto de 1944, el Presidente José María Velasco Ibarra, dicta el Decreto-Ley creando la Casa de la Cultura Ecuatoriana con el carácter de Instituto director y orientador de las actividades artísticas y científicas nacionales, acogiendo el luminoso pensamiento de Benjamín Carrión y una pléyade de ilustres pensadores latinoamericanos. Dotándola de la autonomía indispensable para su existencia.

El primer directorio de la Matriz, nominado por ellos, se conformó con los distinguidos ecuatorianos: Dr. Manuel Benjamín Carrión, Presidente; Dr. Julio Endara, Vicepresidente; Sr. Isaac J. Barrera; Sr. Jaime Chávez Granja; Sr. José Enrique Guerrero; Prof. Jorge Escudero y Dr. Rafael Alvarado que marcaron el inicio de esta obra perdurable.

Para volver a tener patria, Carrión hizo de la Casa de la Cultura el centro de realidades y utopías. Pero la Casa ha tratado de ser fiel a la grandeza, solemnidad y visionaria inteligencia del maestro Benjamín Carrión. Del “gran señor de la nación pequeña”, como lo calificó el poeta Jorge Enrique Adoum. Sometida a los principios de su autonomía.

Los primeros estatutos se aprobaron el 2 de diciembre de ese año, y en su Art. 34 se preveía la creación y funcionamiento de los Núcleos Provinciales, para lo cual se expide un reglamento el 9 de agosto de 1945.

Concomitante a ello venía madurando un gran movimiento de los hombres y mujeres consagrados a las tareas culturales, al más alto nivel, despertando la conciencia de la Patria. En lo concerniente a Imbabura merece des-

tacarse la presencia del cotacacheño Jaime Chávez Granja que motivó el tema entre los intelectuales imbabureños, que presentaron un listado de personas meritorias, como fundadores del Núcleo. Ellos son: Juan Francisco Leoro Vásquez, Francisco H. Moncayo, Hugo Guzmán Lara, Modesto A. Carcelén, Carlos Suárez Veintimilla, Elías Liborio Madera, Joaquín Sandoval Monge, Juan Francisco Cevallos, Luis Enrique Cisneros, Pedro Pablo Pérez Torres, José Miguel Leoro Vásquez, Alfredo Albuja Galindo, Reginaldo M. Arizaga, Tarquino Páez, Roberto Morales Almeida y Miguel Ángel Gomezjurado. Como Secretario-Tesorero el Sr. Miguel Ángel Rosales.

Desde el inicio, la Matriz estaba supeditada a los principios de “Autonomía” y “Descentralización” y a la indispensable existencia de los Núcleos Provinciales, para mantener la anhelada cobertura nacional y la incorporación de todos los sectores.

Paulatinamente se van estructurando los entes provinciales. Así el 13 de enero de 1953, tiene lugar la sesión de directorio de la Matriz, presidida por don Benjamín Carrión, encontrando en el acta número 17 su criterio, cuando manifiesta: “El señor presidente solicitó el aumento de la partida para la creación de nuevos Núcleos, manifestando que en el presente año tendrán que quedar organizados los Núcleos de las provincias del Carchi, IMBABURA, Cotopaxi, Chimborazo, Los Ríos, Bolívar, Cañar y El Oro, una vez que existen, de dichas provincias las solicitudes correspondientes”.

El cinco de marzo de ese mismo año, después de una serie de conversaciones informales y análisis valorativos se reúnen sus miembros para la conformación del primer Directorio, con el siguiente resultado: Prof. Juan Francisco Leoro Vásquez, Presidente; Dr. Francisco Moncayo Parreño, Vicepresidente; Dr. Hugo Guzmán Lara, Primer Vocal; Dr. Modesto A. Carcelén, Segundo Vocal; Canónigo Dr. Carlos Suárez Veintimilla, Tercer Vocal; y, Prof. Miguel Ángel Gomezjurado, Secretario. En esta misma sesión se resolvió efectuar la presentación oficial del Núcleo, como homenaje a la fiesta de “El Retorno” el 28 de abril de 1953, con un acto significativo en el teatro “Gran Colombia”.

En los días previos al memorable 28 de abril, circularon las primeras invitaciones a la Sesión Solemne de presentación del Núcleo de la “Casa de la Cultura Ecuatoriana” en el mejor escenario del lujoso teatro “Gran Colom-

bia”, rindiendo un tributo de admiración a la férrea y patriótica resolución de los ibarreños para volver a su solar nativo, después de la catástrofe de 1868 y su triunfal retorno en 1872.

El local se vistió de fiesta con la élite cultural de la provincia, delegaciones estudiantiles, autoridades, representaciones clasistas y toda una comunidad interesada en el desarrollo de lo nuestro. La Banda Municipal, frente al teatro, entonaba desde temprano sus piezas musicales y en el centro de la urbe se vivía algo diferente...

Llegó la hora prevista y después de entonar a viva voz, el sagrado Himno Patrio, subió a la platea el Prof. Juan Francisco Leoro Vásquez, flamante Presidente del Núcleo, presentando el acto; saludando a los presentes; exaltando la creación de la Casa de la Cultura con sus Núcleos y comprometiendo la gran tarea cultural bajo el ideario del Dr. Manuel Benjamín Carrión.

Como números de fondo se escucharon las palabras del poeta Carlos Suárez Veintimilla enfocando el tema “Tradición Cultural de Imbabura” que despertó el amor al terruño, al honrarnos con nuestras raíces y su magnífico entorno geográfico. La lectura del trabajo de Francisco H. Moncayo Parreño titulado “El Retorno de los ibarreños a su ciudad”, demostrando su condición de historiador y poeta, a más de su calidad humana de elevados quilates. Actúa el coro “San Francisco” de la ciudad de Ibarra y los coros de los colegios “Ibarra”. “Sagrado Corazón” y “Teodoro Gómez de la Torre”, a más de las interpretaciones musicales al piano de la Sra. Carmela Suárez de López.

Así nacimos en el seno de la comunidad, como una necesidad espiritual para superar la devastadora experiencia bélica. Para hablar de lo propio en el idioma universal del arte, la ciencia y la investigación. Para hermanarnos y sentir el calor generacional que nos grita reclamando un espacio vivencial en la cultura de la Patria.

El Núcleo de Imbabura nació y creció con objetivos estrictamente culturales. No hubo espacio para la política partidista, electoralismo o vanidades. El Núcleo de Imbabura más bien ha orientado su política cultural consolidando a la institución como generadora de valores sociales, éticos y morales. Porque entiende que la ética en nuestro país es una urgencia que debe reinaugurarse desde la persona y desde las instituciones.

Qué honor, tomar la posta del accionar cultural de esas personas que conocimos física y espiritualmente. De quienes aprendimos las lecciones diarias en el venerado colegio, o escuchamos las magistrales pláticas cívicas en los centros de concentración humana. Junto a ellos identifiqué generacionalmente la presencia de mi padre, el Prof. Luis H. Andrade Proaño que compartió la cátedra, la dirección administrativa como Vicerrector, y la propia Dirección de Educación en Imbabura.

Sobre lo económico, y como complemento de ello, mencionaremos la sesión de la Matriz del 23 de junio del mismo año, cuya acta número 39 en una de sus partes menciona: “Inmediatamente se dio lectura al informe presentado por el señor Interventor sobre la manera cómo deben conformarse los presupuestos de los Núcleos Provinciales de reciente creación y a los cuales se ha asignado la cantidad de veinte mil sucres a cada uno, señalándose que hasta este momento se han organizado los Núcleos siguientes: Carchi, Imbabura, Chimborazo, Bolívar y El Oro; el Núcleo de Cotopaxi no se había constituido aún, a pesar de haberse designado ya los miembros correspondientes; los Núcleos de Cañar y Los Ríos están pendientes, porque la Junta general no designa todavía los miembros correspondientes”.

Llegamos al inicio del Núcleo de Imbabura con un presupuesto de VEINTE MIL SUCRES para cubrir los gastos elementales de honorarios al personal de secretaría, biblioteca y tesorería; útiles de escritorio, adquisición de mobiliario especialmente para la biblioteca, formación e incremento de biblioteca, publicaciones, conferencias, concursos, recitales, exposiciones, y otros actos de divulgación cultural. Arrendamiento del local, honorarios del mensajero y otros gastos que deben ser aprobados por el Directorio, según el instructivo pertinente. Esta fue la realidad limitante desde el inicio, que se compensa con el idealismo, sacrificio de sus administradores y miembros de número, en cada época.

El 27 de agosto de 1979, la Cámara Nacional de Representantes resolvió nominar a la Institución, como Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”.

Posteriormente se han venido expidiendo una serie de regulaciones jurídicas según las circunstancias, teniendo a la Ley de la Cultura, promulgada

en el Registro Oficial número 805 del 10 de agosto de 1984, que deroga la Ley Nacional de la Cultura codificada mediante Acuerdo Ministerial número 5489, publicada en el Registro Oficial número 647 de 26 de septiembre de 1974, y la reformatoria promulgada en el Registro Oficial número 612 de 28 de enero de 1991. Cuando el Plenario de las Comisiones Legislativas del Congreso Nacional, en sus considerandos, identifica a la “Casa de la Cultura Ecuatoriana”, como un ente central del desarrollo de la cultura al afirmar: “Que es menester fortalecer y multiplicar las actividades culturales, tanto en la Matriz como en los Núcleos de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y para ello es necesario que la entidad cuente con rentas propias, estables y suficientes y con la autonomía financiera, administrativa y operativa, que le permita ejecutar sus programas, con agilidad y sin someterse a otros sistemas ajenos al ámbito cultural”.

Se consiguió en la Constitución de 1998 el reconocimiento de la “Autonomía Económica y Administrativa” en el artículo 65 que decía: “EL ESTADO RECONOCERÁ LA AUTONOMÍA ECONÓMICA Y ADMINISTRATIVA DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA. QUE SE REGISTRÁ POR SU LEY ESPECIAL ESTATUTO ORGÁNICO Y REGLA-



Patio antiguo de la Hacienda Pílanquí.

MENTO”. Así, creemos que los miembros de la Casa de la Cultura que intervenimos en este evento nacional, cumplimos con una obligación moral frente a nuestra Institución.

El 19 de noviembre del 2004 en el suplemento al Registro Oficial número 465 se promulga la Codificación a la Ley de Cultura, refiriéndose a la Casa en el Título V.

En el Registro Oficial número 179 del 3 de enero del 2006, se publica expresamente la Ley Orgánica de la Casa de la Cultura, aprobada el 22 de diciembre del 2005, ratificando la autonomía económica y administrativa.

En la Constitución vigente, publicada el 20 de octubre del 2008 en el R.O. 449, y que corresponde al mandato de Montecristi, nada se dice expresamente sobre la Casa, y en su artículo 378 que corresponde a la Cultura, se habla en sentido general de la integración del Sistema Nacional de Cultura, esperando que en la Ley Orgánica de Cultura se desarrolle el tema que nos ocupa, con la filosofía del inicio.



Firma de la escritura de compra-venta del predio de Pilanquí a favor del Núcleo. (27 de agosto de 1986), Preside Don. Pedro Manuel Zumárraga y Sra. Rosa Gómez de la Torre (vendedora).

Aún los gobiernos de facto, que no reconocieron el ordenamiento constitucional han respetado la importancia de la Casa, y han ponderado su accionar, como sucede con el Decreto Supremo 677 expedido por el General Guillermo Rodríguez Lara, después de resaltar los méritos del Dr. Manuel Benjamín Carrión como símbolo de la actividad cultural y mentalizador en la formación de nuestra Casa, se menciona al 9 de agosto de 1944, fecha de fundación, calificándola como “una de las obras de profunda significación en la vida cultural del Ecuador”. Luego en el Art. 1 se consagra como “Día de la Cultura Nacional”, el nueve de agosto de todos los años. En su Art. 2, se instituye el Premio Nacional “Eugenio Espejo” para el ecuatoriano o ecuatoriana que sobresalga por su obra en beneficio de la cultura nacional. Este premio fue entregado por primera vez al Dr. Benjamín Carrión en el año de 1975.

Así nacieron la Casa Matriz y sus Núcleos Provinciales, especialmente el nuestro, con un marcado ideal de servicio en las tareas culturales, que nos ha identificado a plenitud en todas las facetas. Actualmente somos 167 miembros correspondientes.

Los Directorios del Núcleo han sido presididos por los siguientes miembros:

- Prof. Juan Francisco Leoro Vásquez 1953-1955.
- Dr. Francisco Humberto Moncayo Parreño 1956-1958.
- Dr. Carlos Suárez Veintimilla 1958-1960.
- Prof. Roberto Morales Almeida 1960-1962.
- Prof. Juan Francisco Cevallos Almeida 1963-1964.
- Prof. José Miguel Leoro Vásquez 1964-1977.
- Prof. Pedro Manuel Zumárraga Dávila 1977-1979; 1981-1991.
- Dr. Rodrigo Villegas Domínguez 1979-1981.
- Dr. Luis Andrade Galindo 1991-1996.
- Prof. Marcelo Valdospinos Rubio 1996-2000; 2004-2012.
- Ing. Hernán Jaramillo Cisneros 2000-2004.
- MSc. Luis Fernando Revelo C. 2012-2016; 2016-2020.

Y EL SUEÑO SE HIZO REALIDAD

El 9 de febrero de 1995, dice el escritor Marcelo Valdospinos Rubio, fuimos convocados los miembros del Directorio por su Presidente, el Dr. Luis Andrade Galindo. El objetivo primordial de la sesión fue conocer y analizar un flamante proyecto, que luego llevaría el nombre de Pílanquí. Un mes después, el 2 de mayo asistíamos a otra sesión con el fin de aprobar el diseño elaborado por el Ing. Marcelo Muñoz, que en el camino tendría varias modificaciones.

Transcurrieron once años de un secreto represado, pero –al fin– el sueño se hizo realidad. Todo este tiempo el sueño estuvo cargado de fe y amor. Fe en que llegaríamos al final. Fe en nuestra tozudez. Fe en una saludable política de continuidad. Y amor por la institución que convocaba a la unidad.

Cinco directorios están involucrados en la realización de este proyecto. El de Luis Andrade Galindo, el de Hernán Jaramillo Cisneros, y tres que los he presidido. Allí está la obra, bella, tangible, con su simbología especial, monumentos que honran la historia: Bolívar, Atahualpa, Mariano Acosta, Miguel Egas Cabezas, Enrique Vacas Galindo, María Angélica Hidrobo, Miguel Leoro, Benjamín Carrión, Alfredo Pérez Guerrero, Pedro Manuel Zumárraga y el Arcángel Miguel, obra de Laureano Játiva. Las esculturas espléndidas de Nicolás Herrera, Bladimir Viteri, y Camilo Andrade. Y, la hermosura de los murales de José Villarreal, Whitman Gualsaquí, Nelson Villacís, Gaby Ayala, José Bastidas y Jorge Porras.

Este Complejo cultural pretende insertarse como un polo de desarrollo del turismo de Imbabura. Este complejo no es solo un conjunto de bloques y cemento. Es el hogar donde se anidan vidas, sueños, realidades, dolores, alegrías, donde se forja la ciudadanía desde el arte. Desde aquí se entiende y se siente a la patria. Y en su atmósfera se vislumbra una luz divina que guía nuestro camino.

EL NÚCLEO Y SUS OLEAJES GENERACIONALES

Intentando periodizar los años de vida del Núcleo, encuentro tres aportes generacionales. El primero que gira alrededor de sus fundadores. Viene otro y



Gestores del Complejo Cultural: Hernán Jaramillo Cisneros, Luis Andrade Galindo y Marcelo Valdospinos Rubio.

cuya tarea fue darle fisonomía patrimonial, presidido por don Pedro Manuel Zumárraga. Luego el nuestro, integrado por Luis Andrade Galindo, Hernán Jaramillo Cisneros, Marcelo Valdospinos Rubio y quienes formaron sus directorios, y una mayoría de su membresía, que definen una política cultural pendular entre la cultura clásica y la cultura popular. Y una meta enorme, poner en movimiento el Complejo Cultural Pilanquí, para que sus visitantes se lleven la piel de una identidad que nos singulariza y nos enorgullece. Esfuerzo propio, enorme, lleno de sacrificios. La tarea que nos impusimos ha llegado a la primera meta. Que es a la vez un nuevo comienzo. Los retos de ayer se volvieron añejos aun antes que terminen. Hoy se abren nuevos retos.

Esta es la hora de conectarse con el mundo, la hora de la diversidad cultural, la hora de los múltiples caminos, la hora de la integración. Existe ecuménicamente una crisis de identidad, que se focaliza en las ciudades y regiones. Por ello el reto es que la provincia encuentre su rastro y su rostro, en base de investigaciones serias. Cohesionando las esperanzas para nuevas búsquedas.

Hemos podido llenar de pinturas, notas musicales, danza, teatro, cine, el corazón de nuestro pueblo. Los Martes Culturales se han ido popularizando, y ya la gente sabe que es una cita con el arte y la palabra. Los Martes Cul-

turales reflejan la propuesta artística, manejada con seriedad y disciplina, a un pueblo ansioso de espiritualidades y que va creciendo como espectador. Eventos clásicos y populares. Eventos mestizos, indígenas y afros. Eventos locales, nacionales e internacionales. La cultura en su máxima expresión.

La idea de una sala de cine, nació en un encuentro de Antropología, en Azogues. Allí Marco Antonio Rodríguez atendiendo un pedido mío, habló con Marco Proaño Maya, Director Ejecutivo del Consejo Nacional de Cultura, y se inició el proceso. Fue calificado el proyecto. Luego de un prudencial tiempo éste se concretó. Y allí está un cine pequeño, alternativo, hermoso.

La Sala de Arte Contemporáneo tiene otra historia. El proyecto fue presentado al CEN de la CCE Benjamín Carrión. En su seno se lo aceptó. Se lo concibió arquitectónicamente como un espacio chico, con desniveles y mucha luz. Emprendimos la tarea de adquirir cuadros de artistas contemporáneos. Causó sorpresa que iniciemos con lo actual. ¡Era el compromiso con este tiempo! Empresa que tuvo el apoyo de Inesita Flores y el altruismo de Enrique Ayala Mora.

Los Jueves Académicos han convocado a la intelectualidad joven y adulta, interculturalmente, con programaciones que han roto paradigmas. Salas llenas de sabidurías, ancestralidades y voces principiantes.

El Núcleo es una invitación y puerta abierta a pensar, la más añeja tarea del hombre, hoy un tanto abandonada. En el Núcleo la vida se transforma en palabra y arte. Y pretende mostrarnos la realidad como misterio, nota musi-



Flamante Sala de Arte Contemporáneo.

cal, lienzos y cuerpos. En el Núcleo se intenta ejercitar la palabra desde un mestizaje lúcido, que se adhiere a la arcilla milenaria, cuanto a la cultura impuesta por los hombres barbados y acerados. Palabra que es faro y foro permanente. Palabra que surge del rito barroco y ancestral, como del palpitar peninsular y cristiano. Palabra que nos identifica con la estética del paisaje. Pero también en el Núcleo habita el arte, semilla de la memoria, que induce a los hombres retomar el pendón de la libertad. Arte que habita en todos los espacios incluyendo las soledades y los silencios.

Conviene relievar el gesto del Lic. Pablo Jurado, Ex Alcalde de Ibarra y los señores concejales, quienes con estatura democrática y cívica, aceptando la legitimidad de los acuerdos y las divergencias, decidieron reconocer el itinerario ejemplar del Núcleo, gesto que resaltamos y agradecemos por su limpidez y probidad con que se lo hizo. No hubo amiguismo, ni palanqueo. La condecoración “Cristóbal de Troya” surgió del pedido espontáneo de un grupo de connotados caballeros ibarreños, admiradores de la gran obra para quienes guardamos nuestro reconocimiento permanente.

LA CASA DEL ARTE

La infraestructura del Núcleo surgía imponente. Y la amenaza de convertirse en elefante blanco era la sombra que caminaba junto a nosotros. “Por eso, a pesar de las desilusiones y frustraciones acumuladas, no hay motivo para descreer el valor de las gestas cotidianas. Aunque simples y modestas, están generando una nueva narración de la historia, abriendo así un nuevo curso al torrente de la vida”, nos motiva Sábato. De pronto el Núcleo se llenó de arte, de salas de exposición, de museos. Incorporamos dos galerías para entender la pintura de la provincia desde una visión generacional: abuelos, hijos y nietos del arte imbabureño (arte clásico y arte moderno). Impulsamos dos bellas Salas de exposiciones: la Rafael Troya y la Luis Toro Moreno, aposentos temporales de artistas de la región y del país.

Hoy por hoy contamos con tres museos: el de la Fundación de Ibarra, el del Encuentro imaginario de hombres libres y el de la llegada del Ferrocarril a nuestra ciudad.



Museo de la Fundación de Ibarra.

MUSEO DE LA FUNDACIÓN DE IBARRA

El Núcleo de Imbabura se precia de ser la única Institución que cuenta con un museo que testimonia los datos veraces de lo que fue la fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra. Fue la mente prodigiosa del Profesor Marcelo Valdospinos Rubio, el asesoramiento del erudito Jorge Isaac Cazorla y el cincel de escultor del maestro Whitman Villalba quienes permitieron que “la majestad veraz de la escena histórica fuera plasmada en escultura imperecedera”. Correspondió a la actual Presidencia completar en sendos carteles los datos históricos de tan magno acontecimiento.



Museo del encuentro imaginario de Bolívar y los hombres libres.

MUSEO DEL ENCUENTRO IMAGINARIO ENTRE BOLÍVAR Y LOS HOMBRES LIBRES

Pilanquí alberga un significativo valor histórico. Refiere la historia y la tradición que Bolívar estuvo en este predio que fue una antigua hacienda. En aquellos tiempos de heroicidad libertaria también estuvieron Humboldt, Caldas, Córdova, Carlos Montúfar, Sámano, Francisco Calderón. El museo recoge la verdad histórica a través de las instantáneas que perennizan el recuerdo de tan ilustres huéspedes. A la administración actual le correspondió completar este testimonio fehaciente con las respectivas leyendas que resaltan la personalidad y la herencia ancestral recibida.

MUSEO DE LA LLEGADA DEL FERROCARRIL A IMBABURA

Constituye la obra cumbre del actual directorio. Allí se plasma el trabajo esforzado de intelectuales y grupos culturales quienes pusieron todo lo noble de su espíritu para que tan loable sueño se traduzca en una positiva y halagadora realidad. Allí el talento de Whitman Villalba en las instantáneas de aquel gigante del periodismo imbabureño Dn. Víctor Manuel Guzmán y de aquel Buen Pastor de la diócesis ibarrese, Mons. Alejandro Pasquel Monge.



Museo de la llegada del ferrocarril a Ibarra.

A inicios del siglo XX la cultura se expresó a través de la palabra escrita. Los intelectuales de aquella época dejaban escuchar su voz altiva en los periódicos o revistas locales, para educar, combatir, reflexionar, soñar o propulsar obras a favor de la comunidad. La construcción del Ferrocarril del Norte fue un compromiso y un reto. Los intelectuales alentaron mingas, la participación de los hacendados y hombres de negocios y la organización de veladas teatrales y deportes, con el fin de recoger dinero para hacer realidad la mayor obra de inicios de siglo, que trajo la modernidad a Imbabura.

UN NÚCLEO VITAL

Nuestras programaciones ya tienen enorme aceptación popular, pues sus salas se llenan todos los días de la semana. Y el prestigio de las mismas comienza a traspasar los linderos comarcanos. Todos los artistas quieren exponer sus cuadros, interpretar su música, sus danzas, en el Núcleo.

Llena de satisfacción el deber cumplido de este largo itinerario, lleno de desvelos, angustias y ansiedades. El propio Sábado fortalece nuestra actitud “Pero hay algo que no falla y es la convicción, de que –únicamente– los valores del espíritu nos pueden salvar de este terremoto que amenaza la condición humana”. Y esta Casa, que genera ya luces por los rincones de la Patria, es la que ofrendamos, como muestra del irreversible afecto y compromiso con Ibarra, siempre teñida de esperanza y amor.

¿Hay un nuevo núcleo o se quedó anclado al pasado? Una vez más debo insistir en que las acciones ejecutadas no se hicieron dialécticamente. Jamás lo uno o lo otro. Siempre lo uno con lo otro. Volvemos la mirada al pasado y comprobamos que su recorrido está lleno de luces, con gente patriótica y ética. Y vemos un Núcleo que vivió a plenitud sus varias épocas. Valoramos ese pasado. Nos honra ese pasado. Pero, estamos esposados también con esta época. Por ello es que se abrió el núcleo a los vientos contemporáneos. Objetivo cabalmente logrado hasta aquí. Hecho que lo palpa la comunidad intelectual y artística de Imbabura.

¿QUÉ ALCANCE TIENE PARA EL NÚCLEO LA PLURALIDAD?

Cuando se fundó la Casa de la Cultura en Quito, en su mesa directiva se sentaban juntos: su Presidente Benjamín Carrión, socialista, y su vicepresidente el conservador Jacinto Jijón y Caamaño. El comunista Joaquín Gallejos Lara y el jesuita Aurelio Espinosa Pólit. Esta actitud democrática, de respeto a la diversidad ideológica, es huella de identidad de la Casa, que es irreversible. Impensable una Casa sin pluralidad.

Alrededor de los años sesenta se abrieron varias ventanas, en entidades emblemáticas del mundo, para que entrara brisa nueva. Con ocasión del vigésimo congreso del Partido Comunista, en la Unión Soviética, la brisa nueva permitió enterrar el stalinismo y ese vanidoso y enfermizo culto a la personalidad. El Papa Juan XXIII convocó al Concilio Vaticano II y la brisa nueva produjo un cambio significativo en la iglesia, la opción preferencial por los pobres y en América Latina –en la misma dirección– el nacimiento de la teología de la liberación.

PERO, ¿CUÁLES SON LOS ELEMENTOS QUE SE CAMBIARON PARA CONTEMPORANEIZAR AL NÚCLEO?

En el Núcleo de Imbabura, la brisa nueva permitió refrescar las artes y las letras, lo que nos permite aseverar que el Núcleo ya está en el siglo XXI, vive su contemporaneidad. Este proceso se inició el 2008, cuando inauguramos la Sala Permanente de Arte Contemporáneo, que posibilitó que los artistas empiecen a sentir la casa como suya. Convenios con el Colegio de Artistas Profesionales de Imbabura, con la Unión Nacional de Artistas Populares del Ecuador, la UNAPE, contacto con artistas independientes, definitivamente le dan otra fisonomía.

A esto se suma una obsesión. Hemos hecho de nuestra plazoleta un museo de la escultura, pero con temas que nos atañen y nos definen, los de la

pluriculturalidad e interculturalidad, desde la realidad y el mito, pero con óptica contemporánea. Pluralidad: entre artistas clásicos y populares. Artistas hombres y mujeres. Artistas adultos y jóvenes. Artistas mestizos, negros e indios. Plazoleta que agrupa a todas las sangres, como sostiene Arguedas.

En cuanto a las letras, estamos felices. La política editorial del Núcleo es fecunda y exitosa. ¿Qué otra institución mantiene colecciones regulares, como la Carangue, Pichaví, Tahuando, Palabra de Mujer, Colibrí, poesía, cuento, Letras de Imbabura, las revistas Imbabura, y por largo rato? Colecciones que son espacios y espejos para diseñar las quimeras y las realidades”.

Estos son los elementos de una Casa contemporánea. Una Casa abierta. Vale la pena destacar un hecho trascendente y hasta ejemplar: el denodado trabajo de los 4 últimos directorios. El apoyo consciente, crítico, decidido, para que este cambio se dé, de quienes formaron parte de estos directorios. Para ellos, la gratitud imperecedera.

Falta poco para que el Núcleo se abra al turismo. Turismo que es patrimonio cultural de Imbabura. Principal objetivo es que el Núcleo al insertarse en él refleje la identidad de la provincia, desde el arte, la historia y la interculturalidad. Al turista le ofreceremos música, danza, teatro, cine, museos y una feria del arte en los patios del Núcleo, con los verdaderos creadores. Y así los turistas se llevarán en sus pupilas la mismidad del hombre imbabureño.

LA EDIFICANTE LABOR DE LAS MADRES MARIANITAS

Fecunda en sucesos halagüeños es nuestra ínclita y cristiana Ciudad Blanca de Ibarra. Con signos de clara ufanía, en el 2006 festejaron la conmemoración del PRIMER CENTENARIO DE APROBACIÓN PONTIFICIA del glorioso Instituto que rebosante de fragancia y con olor a santidad, lleva el nombre de nuestra santa ecuatoriana, la Azucena de Quito, “Santa Marianita de Jesús”.

Fue precisamente Su Santidad Pío X, cuando el 29 de enero de 1906, confirma al Instituto su Derecho Pontificio, que sin lugar a dudas, se constituyó en un magno acontecimiento, que les permitía a “nuestras madres marianitas”, es-

calar un alto sitial dentro de la Iglesia. ¡Cómo no recordar con fruición espiritual a la Madre María del Corazón de Jesús! Ella tuvo el primigenio honor de ser la primera Superiora General elegida en el primer Capítulo del Instituto allá por el año 1892 y la primera sucesora de la Beata Mercedes de Jesús Molina, la fundadora del Instituto, aquella Madre de celestial pureza que advino a este mundo prevenida de la bendición del cielo, que quiso labrar en tan delicada mujer un tipo de reparación y penitencia. Un instintivo anhelo de santidad, la condujo hacia la ruda palestra en que los santos se disputan la aureola de la caridad, los laureles de la abnegación y las palmas de la castidad.

Hoy, a la vuelta de más de una centuria, la Congregación de las Religiosas Marianitas, su obra, se ha ido propagando a lo largo y ancho de nuestro país, contra toda previsión humana, inclusive ha salido de nuestros linderos patrios y se ha proyectado a otros países, conforme a la visión de su insigne fundadora, cuando el Todopoderoso le reveló el porvenir de la Comunidad y confió plenamente hasta su muerte. En las más azarosas circunstancias, cuando parecía extinguirse la Congregación, ella exclamaba y repetía casi hasta la hora de su agonía: “La Congregación ha de prosperar, pues así me lo mostró el Señor. El rosal que yo vi era muy grande”.

La obra llega a nuestra ciudad de Ibarra en 1959. Nació con una pequeña escuelita bajo el patrocinio de una magnífica constelación de religiosas marianitas dirigidas por su Superiora, la Hna. Rosita Yépez, quienes como plantas escondidas iniciaron su titánica misión en el silencio y en el sacrificio, alentadas por las bendiciones del cielo. Más tarde se convierte en un Centro Catequístico y finalmente, en una Casa Hogar. Sin estridencias, ni vanas ostentaciones, han brindado a los niños y a las niñas una asistencia de enorme trascendencia social, viviendo el legado de la madre Mercedes de Jesús Molina, desde el carisma y la espiritualidad de su Patrona, Santa Marianita de Jesús.

Por su origen y naturaleza la obra se ha desarrollado gracias al aporte benéfico de distinguidas matronas ibarreñas, de Mons. Francesco Canalini, Ex-Nuncio Apostólico del Ecuador y del Padre Sereno Ballardi. Sus nombres están grabados con letras de oro en la historia de este Centro. Actualmente dan acogida a los niños desamparados y a los huérfanos. A estas religiosas les faltan manos y recursos económicos para atender a cantidad de niños y ni-

ñas que golpean las puertas de la Institución, pues no cuentan con más ingresos que los provenientes de la caridad pública.

Las religiosas Marianitas han plantado el estandarte de su fundadora, viven una vida contemplativa, su don de gentes, su vida de santidad centellea en sus ojos de mujeres consagradas al servicio de Dios; la sonrisa amable en esos labios de granado en flor y anidando en sus corazones la religiosa fe, el nobilísimo espíritu de caridad, que verdaderamente son dignos de encomio.

Una brillante pléyade de Hermanas ha dirigido esta Casa hogar. Por mencionar unas pocas, Yolanda Dávila, Eulalia Peralta, Luz Margarita Herrera, entre otras. Para toda esa brillante constelación de religiosas, el parabién altamente merecido, pues Ibarra está plenamente satisfecha por su proficua y edificante labor de su Comunidad. Sus dones y su carisma reflejan sus fulgurantes glorias con que van tejiendo esa corona diamantina de servicio y de amor para los más necesitados.

LA AÑORADA LUMINOFOTO SILVA

Muchas veces se ha censurado en teoría, aquella vieja costumbre de relegar los méritos verdaderos y el aporte generoso y desinteresado a la colectividad, a tan sólo la tardía recompensa del elogio póstumo. “En vida, hermano en vida”, clama ardorosamente Anamaría Rabbaté. Y es que es preciso por un elemental sentido de justicia, rendir pleito homenaje que reclaman el trabajo y las virtudes cívicas tanto como otros merecimientos que dignifican a los pueblos, cuanto constituyen enseñanza viviente, estímulo y ejemplo para las presentes y futuras generaciones.

Considero oportuno tributar el homenaje de admiración y reconocimiento al ciudadano ibarreño de corazón, al hombre que se arraigó en nuestro medio citadino con su estudio fotográfico a mediados del siglo XX. ¡Quién no recuerda a Luminofoto Silva! Allí se manejó la fotografía en blanco y negro con arte, con sutileza y profundidad, durante más de ocho lustros. Dn. Segundito Silva, como cariñosamente se le conoce en los círculos amicales, fue el hombre que con querencia terrígena, custodió el segundo ceibo que hoy se mantiene enhiesto en la Sucre y García Moreno. Don Víctor



Sr. Segundo Silva, propietario de Luminofoto Silva.

Segundo Silva Silva, ha sido un caballero en el concepto señero del término, un hombre al que no es difícil seguir el rastro, porque ha dejado un rostro indeleble en el devenir histórico de nuestro medio citadino.

Pertenece a esa generación de quiteños que se afincaron en nuestro lar ibarreneño y que han sido el timbre de orgullo no solamente para su provincia natal, sino también para nuestra provincia azul de Imbabura y concretamente para nuestra ciudad, en la cual ha trabajado desde los más lúcidos años de su juventud. Llegó a la ínclita Ibarra allá por el año 1957, cuando apenas frisaba los 23 años de edad. El tradi-

cional Salón de Recibo de nuestra ciudad, el parque Pedro Moncayo, le tributó la más cálida bienvenida. Don Segundo Silva supo ser fiel a la tradición familiar que, en él, no era una simple visión contemplativa del pasado cuajado de esfuerzos y sacrificios, sino orientación sólida para una vida de auténtico servicio fotográfico a través de su estudio fotográfico "Luminofoto Silva". Fue precisamente su recordado padre, quien cultivó el arte de la fotografía, poniendo lo mejor de su talento. A raíz de su fallecimiento, continúa el mismo camino trazado por su padre Don Joel Serafín Silva, hermano mayor de Don Segundo, aunque para transitarlo buscó nuevas modalidades en el arte, pues más tarde viajaría a México para perfeccionar sus conocimientos en cine y fotografía. Allí aprendió la innovadora técnica del RETOQUE. Cuando regresó a Quito, instaló su estudio en la calle García Moreno, frente a la Iglesia de la Compañía en 1950. Luego enseñaría esta técnica a sus hermanos menores, quienes más tarde instalaron sus estudios en Ibarra y en Cuenca. El carácter de los Silva siempre salió del derrotero vulgar. Con desmesurados sueños, con impulsos de tremenda vehemencia, con proyectos de viajes internacionales, determinaron en contorno de sí un nimbo de profundas admiraciones. El fin del RETOQUE era suavizar la luz que se dio en la toma fotográfica, corregir ciertos rasgos de la piel, eliminar arrugas, manchas, ojeras, utilizando con

maestría el lápiz. El retoque fue lo clásico. También se podía dar color a las fotografías blanco y negro, técnica denominada iluminación que consistía en dar color a la impresión en papel mate, con óleo y algodón, distribuyendo sutilmente la pintura sobre mejillas, labios, ojos y vestuario, obteniendo patéticas imágenes que parecían cobrar vida. Siempre se ha dicho que junto a un gran hombre, hay una gran mujer. Su esposa, Doña Mercedes Alicia Galindo, compañera del alma, con quien procreó tres hijas, fue siempre su plinto inspirador. Mujer inteligente y buena, poseída de su mismo espíritu, quien siempre le dio el visto bueno a su trabajo con los más exquisitos dones y su más decidida y eficaz colaboración.

La obra fotográfica de Don Segundo Silva ha sido realmente inmensa. Por su Luminofoto han pasado desde el más humilde ciudadano hasta el más encumbrado hombre público. Frente a sus lentes posaron Obispos, Alcaldes, Prefectos, concejales y consejeros innumerables estudiantes, músicos de nombradía y reinas de belleza. Una galería con todos los Obispos, autoridades y ciudadanos de renombre se exhiben en su casa.

Hay un cuarto repleto de cajas con rollos fotográficos. “Lamentablemente todas estas fotografías las conservamos en negativo y no las hemos vuelto a revelar, porque sencillamente ya no disponemos de los químicos y los materiales que se necesitan para el efecto”, lo dijo con un rictus de tristeza. La fotografía digital desplazó inmisericordemente su laudable trabajo.

Don Segundito fue Presidente fundador de la Asociación de Fotógrafos Profesionales de Ibarra, de quien recibió dos menciones honoríficas y el Comité Ejecutivo de la Segunda Feria Exposición de Integración Fronteriza Colombo-Ecuatoriana el 28 de septiembre de 1968 le otorgó un Diploma de Honor y una Medalla de Oro, como testimonio de gratitud y reconocimiento a sus retratos artísticos.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión” Núcleo de Imbabura, en su debida oportunidad, le tributó el condigno homenaje impregnado de cordialísimo afecto y sincera admiración. Consideró de estricta justicia entregarle una placa, reconociendo el ejemplo de su vida, no sólo coronada por la elocuente blancura de sus sienes encanecidas, sino por su magnífica trayectoria fotográfica puesta al servicio de los ibarreños.

A los niños de la Escuela “Víctor Manuel Peñaherrera” SIGNIFICATIVAS BODAS DE ORO

Con la abigarrada niñez imbabureña, he querido ser partícipe del Programa de Fiestas donde se han conjugado la ciencia, la cultura, el deporte, de estala gloriosa Escuelita, bajo cuya amable sombra se deslizaron los mejores e inolvidables años de mi infancia. He querido unirme al tributo de admiración y pleitesía para celebrar con desbordante júbilo sus 50 años de vida institucional, blasonando en su frontispicio el nombre del ilustre maestro ibarreño, apóstol de la justicia, del diáfano y brillante expositor de la ciencia procesal, el DR. VÍCTOR MANUEL PEÑAHERRERA.

Contemplamos siempre al atildado jurista, proveniente de esclarecida prosapia ibarreña, en ese trono de luz y de inmortalidad en el reino esplendoroso del Derecho y la Legislación donde se cubrió de gloria junto a las figuras enhiestas de Luis Felipe Borja, José Fernández Salvador, Carlos Cazares y de toda esa pléyade de juriconsultos que han sabido forjar el acervo ju-



Momentos en los que el Ministro de Educación, Fabián Jaramillo Dávila, hace la entrega formal de un lote de terreno para la construcción del local de la Escuela.

rídico de la Patria ecuatoriana. Lo hemos contemplado en el tradicional parque de La Merced, dándole cohesión a la piedra, brillo al bronce y pureza al mármol. Y aunque parezca sorprendente paradoja, no es la piedra la que suministra supervivencia, ni es el bronce de donde brota la inmortalidad, ni es el mármol el que otorga prestigio. El prestigio, la inmortalidad y la supervivencia fueron los atributos señeros que adornaron la multifacética personalidad del Dr. Víctor Manuel Peñaherrera y precisamente; por esos dones, la piedra, el bronce y el mármol cobran vida sempiterna. Por ello se conservan las esencias espirituales que le han hecho grande e invulnerable a nuestra bien amada Escuela. Por ello los niños y



Personal docente de la época.

De pie de izquierda a derecha: Raúl Padilla, Pedro Ayala, Jorge Yépez (fundador).

Sentados, de izquierda a derecha: Catalina Quintana (†), Juan Aníbal Galárraga (Director), Diana Ubidia de Almeida.

los maestros, a manera de heraldos de su prestancia ciudadana, han llegado hasta el monumento de su Patrono para rendirle tributo de admiración y pleitesía, para enaltecer sus altas virtudes públicas y privadas que señorean majestuosamente aureoladas por el prestigio del respeto unánime de una Comunidad educativa que atesora un venero de elevada calidad y sigue las huellas de quien lo consideran como un inexhausto fanal.

En el jubileo de las Bodas de oro institucionales, justo es que nos detengamos siquiera un momento a mirar la senda recorrida y contemplar esa ardua, esa paciente labor que comenzaron en noviembre de 1959, aquellos maestros de vocación: José Julio Morales (Director-fundador), Liva Yépez

de Guzmán (que también fue mi maestra en las gloriosas aulas del “17 de Julio”), María Luisa Marcillo de Cevallos, Jorge Rosas, Jesús Amable Guerrero y Jorge Yépez Gavilanes, este último, modelo de prístino quehacer en el campo educativo, mi maestro de las primeras letras, cuya siembra bienhechora ha generado los frutos más opimos que se añejan en la raíz del alma y en el cofre magnificente de los recuerdos y de la gratitud. Parece que fue ayer no más, cuando en el patio de la vieja Casa de Fidel Egas, ubicada en la recordada Av. Pichincha (el Carretero) y Obispo Mosquera (hoy se levanta la moderna edificación que ocupa el Banco Pichincha), este grupo de qui-jotes se lanzaron a la encumbrada misión de modelar corazones y espíritus infantiles ávidos de conocimiento. Así advino a la luz de la cultura y de la ciencia la Escuela Fiscal de niños “Ciudad de Ibarra” que luego tomó el nombre de “Víctor Manuel Peñaherrera”.

No podemos dejar de mencionar a esa brillante constelación de Directores, que a lo largo de estas cinco décadas han ido dejando una impronta indeleble en el quehacer institucional: Lucio Aguinaga, Abdón Armas, René Salto Loza, Leonardo Yacelga Proaño, Juan Aníbal Galárraga, Pedro Alejandro Ayala, Carmen Cevallos de Muñoz, entre otros.

Lamentablemente el nombre del esclarecido ibarreño en el frontispicio de la institución, ha desaparecido para dar lugar a las nefastas Unidades educativas, que de un plumazo borraron los nombres de gigantes personajes que han sido timbre de orgullo de la ibarreñidad profunda. ¡Qué pesar!

A los estudiantes de la Unidad Educativa “Víctor Manuel Guzmán” LA SEÑERA PERSONALIDAD DE DON VÍCTOR MANUEL GUZMÁN

Ibarra, la Ciudad Blanca y su bucólica comarca que plácidamente señorea, acunó en su seno, un 30 de marzo de 1884, a una de las más paradigmáticas figuras del magisterio imbabureño, al mecenas de la cultura y del periodismo ibarreño, me refiero al insigne hombre público, ejemplo de la cátedra, ardiente defensor de la magna obra del ferrocarril Quito-Ibarra-San

Lorenzo, DON VÍCTOR MANUEL GUZMÁN. El Don parece constituirse en el nominativo más adecuado para referirse a tan ilustre patricio, el mismo Don que reclamaba José Enrique Rodó para el excelso Juan Montalvo.

Esta era la Ibarra de finales del siglo XIX, “estanque inefable”, como bien subrayara el poeta, violeta idílica, soñadora y recatada, donde sus hijos se afanaban día a día, con fe y con energía, por sus ideales, al tiempo que iban edificando su personalidad con la austeridad de sus costumbres y con el ejemplo de su existencia dedicada al trabajo honorable, sin tacha y sin claudicaciones. Así era Don Víctor Manuel Guzmán, ibarreño que hizo honor a su prosapia, que nació hace 134 años y traspasó los dinteles de esta vida perecedera hace 69 años.

No he venido en esta mañana a discurrir sobre su nacimiento o sobre su muerte, ni a darle curso a la vanidad personal, ni a llenar con simples palabras la angustia esperanzada de una Ibarra que clama por la presencia de verdaderos ciudadanos, que como Víctor Manuel Guzmán, compartan con su pueblo trabajos, esperanzas y sueños. He venido a decirle a su grata memoria que hay esperanzas para rehabilitar la magna obra del Ferrocarril del Norte, ideal por el que batalló con tenacidad durante toda su vida, y que alcanzó nombradía dentro del periodismo, al punto de fundar su propio periódico “El Ferrocarril del Norte” un 10 de agosto de 1917. Desde esa tribuna del pensamiento plasmó sus ideales haciendo verdadero periodismo que tenía caracteres de popularidad, de seriedad, de elevación; de ese periodismo que hablaba con elocuencia, con oportunidad y con pertinacia, de ese periodismo que hacía frente a las crueles acometidas del odio y la corrosiva mordedura de la calumnia, la diatriba, la inquina y la insolencia, pues casi siempre la virtud y el mérito son elementos que despiertan y levantan la borrasca de las bajas pasiones adormecidas en el bajo fondo de las conciencias que lo único que consiguen es escandalizar a los demás.

He venido a decirle a Don Víctor Manuel Guzmán que hay una juventud que está dispuesta a hacer vivir sus principios, sus ideales, a poner un hito en la historia con la cabeza erguida, convencida plenamente de que el triunfo sólo se alcanza con el talento y la virtud perseverante, con la probidad sin mácula, con el carácter íntegro, con la reciedumbre espiritual.

Queremos evocar a Don Víctor Manuel Guzmán como el hombre apasionado y vehemente. Porque la lección de los grandes hombres está más en su vida que en su muerte. Rememoramos sus actividades múltiples y de honda huella. Primero en el glorioso Teodoro Gómez de la Torre como Profesor y como Vicerrector, luego en el Colegio Particular “Sánchez y Cifuentes” como su Rector fundador y permaneció hasta que entregó al país la Primera Promoción de Bachilleres. Allí tuvo la brillante ocasión de ejercer su influjo modelador de Maestro auténtico en las almas de numerosas generaciones, del Maestros que hacía estallar en la juventud todas las ideas, todas las emociones invitándonos a la cima. Su vocación docente la entregó también en las gloriosas aulas del Sagrado Corazón de Jesús y en las aulas prístinas del recordado Seminario Menor “San Diego”, donde se forjó en el crisol de la nobleza, donde su recia personalidad bebió de las fuentes nutricias de los clásicos griegos, latinos y castellanos. Por eso su llamativo talante que sobresalía e inspiraba respeto y escucha cuando decía: “Eduquemos señores profesores, pero eduquemos procurando siempre el predominio de aquellas sanas tendencias que la educación se propone, con sangre purísima que discurriendo por las arterias del cuerpo social, lleve glóbulos de altruismo para los egoístas; de afecto, para los ingratos; de concordia, para los rencorosos; de tolerancia, para los intransigentes; de honradez, para los políticos y de amor, para todos”.

Don Víctor, como cariñosamente se lo trataba en todos los círculos sociales, cultivó las letras, la palabra bella, noblemente cincelada. Decirla, es como servir el divino licor del pensamiento en vaso pulido y bien labrado. En estos tiempos en que la palabra es vulnerada y ofendida, en que las pasiones más rastreras determinan que no nos purifiquemos y nos elevemos como el incienso, sino que constituye un latigazo tosco que degrada sin educar. El verbo fue en los labios de Víctor Manuel Guzmán, su noble arma y su escudo como legislador y político. Llegó con sobrados méritos a la Presidencia del Concejo Municipal ibarreño. Más tarde el pueblo le encargó su representación eligiéndole Primer Diputado y luego Senador. Luchó incansablemente contra el inaceptable círculo político que nos atrofia, el de los grandes proyectos y programas lanzados al viento en panfletos demagógicos, con exageradas estridencias que el pueblo ya no las digiere.

El ciudadano ilustre, el periodista de fuste, el consagrado maestro, el escritor eximio, duerme su último sueño bajo el arco empinado de su gloria, bajo laureal florido sobre cabezal de rosas, envuelto en la luz azul, apasionada y tierna, de la lámpara votiva de su corazón. Don Víctor Manuel Guzmán entró con paso firme en la inmortalidad y si su espíritu está en el más allá, aquí en este su Colegio, su adusta figura se hizo bronce eterno. Sobre este pedestal, se ha colocado la efigie del maestro para la veneración cívica de esta Comunidad Educativa. Desde este sitio custodia el diario bregar de cada uno de los presentes.

Su figura bronceada nos ha hecho evocar su proficua existencia de varón de reciedumbre espiritual, de fe diamantina, que dio cátedra de ibarreñidad, de bien, de bondad y de belleza, a través de sus Reflexiones íntimas, sus Plumadas, su Ibarra anecdotario y tradicional. Pocas existencias como las suyas podrán servir de ejemplo. Haciendo reminiscencia de su periplo existencial los ibarreños, los imbabureños, no necesitamos recurrir a las páginas de Plutarco en sus “Vidas paralelas”.

Contemplemos a Dn. Víctor como vigía o centinela del acaecer citadino, de la marcha airosa de la abigarrada juventud que se forma en estas prestigiosas aulas que ostenta su nombre como Patrono. Aquí lo contemplamos dándole cohesión a la piedra, brillo al bronce y pureza al mármol. Su austera figura parece repetirnos: “Ya mi obra ha concluido. En la excelsa cumbre se levanta la muerte redentora, que deja un poema de amor en mis pupilas yertas; y mientras se extingue el sol sobre el dolor de la montaña y en la agonía de la luz, van muriendo las grises y supremas rebeldías, surge la muerte, como un devocionario de esperanzas y en él encontrarán los hombres, la armonía de mis cantares y la paz que resplandecerá hasta la profundidad de los abismos...”

Que la bizarra juventud estudiosa al pasar por este grandioso monumento, recibiendo del taita Imbabura, el beso de ascensión y rectitud y del alma secular de la ciudad, el pan de la tierra, encuentre en este sitio la fuente de inspiración, el pensamiento visionario y el corazón generoso para emprender con renovados bríos la labor cotidiana. Que este monumento unifique las fuerzas creadoras del espíritu en maestros y estudiantes para superar cualquier avieso rencor, cualquier raíz de debilitamiento, cualquier preocupación insana y estéril y sentir, más bien, el hecho vivificador del trabajo cons-

tructivo y del estudio que todo produce y transforma.

Su memoria pervive a través del tiempo y parafraseando lo que dijera Choquehuanca al libertador Simón Bolívar añadiré: “La gloria de Don Víctor Manuel Guzmán seguirá creciendo como crece la sombra cuando el sol declina”.

A los amigos de la clase del volante SINDICATO DE CHOFERES

Cuenta una anécdota que cierta vez un conductor se desplazaba por una carretera a una velocidad impresionante. De pronto, justo después de una curva, apareció un hombre que conducía otro auto, le hacía cambio de luces al otro conductor para que se detuviera, sacaba su mano desesperadamente haciéndole señal de parada; pero el otro indignado, no le hizo caso.

Cuando pasó junto a él le dijo angustiosamente: Oye, ¡Caballo!. El otro lo insultó y hasta señales obscenas le hacía con su mano. Cuando llegó a la curva, el conductor que llevaba exceso de velocidad chocó aparatosamente contra un caballo que intempestivamente apareció al voltear la curva. ¡Qué fatal accidente!

Mis queridos amigos de la clase del volante, fue precisamente Daniel Goleman, uno de los grandes ideólogos de la Inteligencia emocional, quien subrayó que los acontecimientos de nuestra vida, saturada de estímulos, nos convierte de hecho en seres altamente emotivos. Naturalmente que las emociones no son malas; empero, cuando éstas se vuelven incontrolables terminan dominando a la persona, que le importa un comino el riesgo que corren sus acciones. Si el chofer de nuestra anécdota conducía a una velocidad tolerable, si hubiera sabido escuchar a aquel hombre que parecía un “loco” haciéndole señas para que se detuviera, habría sacrificado unos contados segundos para pisar el freno a tiempo y evitar el accidente, pero se detuvo después para ver el cadáver de un animal y su vehículo destrozado.

¡Cuán importante es la ética a la hora de conducir! Las vías públicas son un “medio de comunión”, relievan las virtudes de prudencia, responsabilidad y caridad. El apartarse de los principios éticos nos lleva hacia una cultura llena de violencia, donde las muertes son causadas por la irresponsabili-

dad. El famoso industrial estadounidense Henry Ford solía decir: “El mejor automovilista es aquel que conduce con imaginación... imagina que su familia va con él en el auto”.

Rendirle un tributo de pleitesía al Chofer imbabureño, a su glorioso Sindicato de Choferes Profesionales de Imbabura y a su Escuela de Capacitación, en esta mañana de mayo, es perennizar los nombres de dirigentes y hombres de base que han pasado a través del tiempo y que han dejado una estela luminosa de imponderables realizaciones. Lejano está el oriente de aquel historiado 18 de marzo de 1928 cuando Alfonso Acosta y Alfonso Tinajero, con un puñado de respetables ibarreños, reunidos en el recordado hotel “Panamericano”, emprendieron la quijotesca tarea de fundar este gremio. Así vio su primera luz la “Sociedad de Chauffers de Imbabura”, la misma que con el devenir del tiempo, de acuerdo con la resolución adoptada un 6 de febrero de 1933 se convertiría en el “Sindicato de Chauffers de Ibarra”.

La vida huye, el tiempo galopa sobre un corcel que no conoce la fatiga. Misterioso cristal donde se encierra el porvenir y el pasado. Ya no es el joven sindicato de ayer, claro está. Un 10 de febrero de 1938, en castiza expresión pasa a llamarse “Sindicato de Choferes Profesionales de Imbabura”. El 19 de mayo de 1944 con Resolución de la Cámara Municipal de Ibarra se resuelve adjudicar al Sindicato de Choferes un lote de terreno de 36 metros frente a la calle Flores y 20 metros frente a la antigua calle Teodoro Gómez (hoy Pedro Rodríguez); con la activa participación de los socios y las autoridades de aquel entonces se construye el edificio de la sede sindical. El 4 de junio de 1948 se crea la Escuela de Capacitación mediante Decreto N° 955. El curso funcionaría por lo menos con cinco alumnos; el 23 de agosto del mismo año se iniciaron las clases con nueve alumnos y tres profesores de Leyes y Reglamentos de Tránsito, materias Culturales y Mecánica.

Lo que fue ayer grano de mostaza hoy es un árbol gigante, que ha ido echando raíces de roble. Son nueve décadas que han transcurrido, 90 años de su gloriosa nacencia, donde el hacer de unos se ha ido enlazando al hacer de otros con la transitoriedad que va inmersa en todo acto humano. Y vuestro Sindicato ha tenido la garantía de una dirigencia de incuestionable eficacia en sus cuadros de gestión cuyos ameritados nombres se-



Pioneros del taxismo en Ibarra. De izquierda a derecha: Guillermo Revelo, Luis Revelo (fundador de la Cooperativa Pedro Moncayo), Reinaldo Revelo y Segundo Revelo.

ría demasiado largo consignar, pero a los que los recuerdo, porque vengo de una prosapia de taxistas: Hugo Rodríguez, Alfonso Tinajero, Luis Silva Buitrón, Manuel Abdón Calderón Cadena, entre otros. Cómo no recordar a aquellos taxistas que hicieron honor a su vocación: Luis Revelo (mi abuelo), quien fundó la Cooperativa Pedro Moncayo, con su primer taxi, aquí en Ibarra. Mis tíos abuelos, grandes ases del taxismo: Segundo Revelo, Reinaldo Revelo y Guillermo Revelo. A esta constelación se añaden: Oswaldo Mera Troncoso, Humberto Bársenas, Luis Maya. Más tarde: Pedro Revelo, Enrique Jiménez Revelo, Nelson Revelo. El olvido fue la verdadera muerte para estos paradigmas del taxismo, de lucha y propósito para servir a la clase del volante.

El esforzado trabajo de sus actuales dirigentes ha permitido ir consolidando, aquello que afirma la sabiduría popular: “Obras son amores y no buenas razones”. Allí un funcional Centro médico, completamente implementado; la construcción y adecuación de un moderno complejo deportivo, una

Escuela de Capacitación con pedagogías de vanguardia, 20 vehículos apropiadamente acondicionados, un bien equipado laboratorio de mecánica y una planta docente de calificados maestros que ponen todo lo noble de su espíritu en la colosal empresa.

¡Hoy! ...Nimbadas ya las frentes con el fruto sazonado de 90 años bien llevados, os corresponde como al viajero incansable, volver la mirada al día inicial, para tomar nuevos impulsos y proyectarse al futuro cargado de renovadas esperanzas. Como ocurre en todas las obras de la inteligencia y del ingenio, en la historia sindical no podemos hablar de primeros y de últimos. El esfuerzo es continuado, sin fronteras capaces de ser calculadas. Unos en una época, otros más tarde; unos con mayores oportunidades que otros.

Creemos firmemente, indeclinablemente que son 90 años buenos, consagrados por entero a la clase del volante, rimando con el pulso del tiempo, sirviendo de ágiles timoneles para la perdurable tarea, buscando la capacitación permanente, susurrando en el oído de cada socio: “Eres como un soldado en batalla, donde el campo es tu camino y tu espada es el volante y a pesar de las adversidades siempre llegas victorioso a tu destino. Ganas la pelea”. “Amigo conductor que transportas más que personas, también transportas sueños e ilusiones. Que sigas transportando lo mejor de un país en el vehículo de la vida”.

Urge concienciar en el amor a la vida. En el Libro Sagrado, Dios pregunta a Caín dónde está su hermano (a quién Caín había matado), y este le responde: “Acaso soy yo el guardián de mi hermano”. Evidentemente Dios le está pidiendo cuentas por su hermano, y Caín es responsable de cuidar por su hermano. Esta enseñanza, traducida al lenguaje vial implica que somos responsables de cuidar a nuestros hermanos en las carreteras, donde pasamos gran parte del tiempo cotidiano. No solo tenemos la obligación de conducir con responsabilidad, cooperando con los demás usuarios de la vía, por nuestro bien propio y nuestros pasajeros, sino por el deber que tenemos de proteger los bienes y a las demás personas.

Se afirma que dentro de 30 años, según algunos diseñadores de autos, no habrá más problemas de colisiones, pues los automóviles se detendrán antes de colisionar, los autos serán miles de veces más “inteligentes” que hoy y po-

drán ver y analizar las rutas, no necesitarán conductor (el factor número uno responsable de los accidentes) y, entre otras muchas cualidades, serán más compactos. Pero, mientras estos nuevos diseños llegan a nuestras carreteras, son necesarios y urgentes los principios éticos cristalizados en una legislación de vida.

Gracias querido Sindicato por haber caminado 90 años creciendo con la sabia dignificante de todos quienes, a su turno, han hecho honor y gloria a la noble clase del volante. Gracias querida Escuela de Capacitación por haber aportado con tu entereza a plasmar varias generaciones que hoy por hoy blasonan tu nombre en todos los confines de la Patria.

Que nuevos y buenos años contemplan a este Sindicato en su nobilísima tarea, bajo la égida de sus principios grabados en su escudo: “Justicia y trabajo”, dos valores superlativos que resaltan los nobles ideales que cobijan al gremio. Ahí está la fuerza, ahí está el espíritu de cuerpo y esa es la mejor garantía para la realización concreta de los postulados sindicalistas.

A los jóvenes estudiantes de la Unidad Educativa “Atahualpa” ATAHUALPA, SÍMBOLO DE NUESTRA NACIONALIDAD

Hemos venido en esta mañana al sitio donde se meció en cuna legítima vuestro Patrono, el Inca Atahualpa, cuna que ha sido probada por los más excelsos historiadores. Caranqui, es en la conciencia de los ibarreños, de los imbabureños, de los ecuatorianos, presencia permanente de las virtualidades heroicas de nuestro pueblo. Caranqui es la tierra promisoría donde se han tejido cantidad de tradiciones y de leyendas. Los grandes arqueólogos y los mismos pobladores dan testimonio de las piedras que pertenecieron al palacio real donde Paccha dio a luz al ilustre Atahualpa, piedras que correspondieron a las termas donde el último Emperador de los Incas hizo su tina de baño, paredes, tolas y muros que pertenecieron al famoso Templo del Sol y que la inconsciencia de descalificados las han ido desapareciendo. Los caraqueños hablan de ser depositarios de un tesoro que al momento se encuen-

tra encantado. Grandes cronistas nos narran con toda precisión que el antiguo Templo del sol, primero de los Caras y después de los Incas, estuvo emplazado en el mismo lugar donde hoy se yergue dignificante la Iglesia parroquial. ¿Cuándo se va a valorar este cuantioso tesoro que alberga Caranqui? ¿Cuándo se le va asignar su auténtica y enorme categoría de patrimonio histórico?

Fue precisamente la Junta Militar de Gobierno, presidida por el Contraalmirante Ramón Castro Jijón, que a pesar de sus desaciertos dictatoriales, que no estamos para juzgarlos en este momento, puso su noble empeño para construir este gran Templo del sol, donde se rememore la arquitectura inca, esplendorosa y maciza y en ese entonces, un busto a vuestro Patrono, símbolo de la nacionalidad ecuatoriana, aunque era solamente de cemento. Y un historiado 28 de abril de 1965, tuvo su cumplida inauguración. Aunque les pese a ciertas mentes trasnochadas fue una Junta Militar la que otorgó valía a este emblemático lugar.

Connotados historiadores, filósofos y sociólogos coinciden en que es fundamental dar a los grandes líderes de la humanidad su condición de hombres de verdad, al margen de la mitificación. Las colectividades siempre relievan los valores y las virtudes de sus varones egregios que han hecho historia durante su periplo vital. Por ello se genera la veneración, el culto, la exultación.

Atahualpa, el gran Atahualpa, constituye una de las excelsas personalidades, que muy a pesar de haberle hecho alcanzar dimensiones mitológicas, no ha perdido sus singulares lineamientos y se lo ha presentado con virtudes y con defectos, tan propios de la débil caña, como subrayaba un atildado cronista. Sin lugar a dudas, Atahualpa es una figura cimera en la historia nacional, es un ícono de nuestra identidad nacional. En este líder aborígen se cumple el génesis de la transformación de la cultura aborígen por la conquista y la colonización españolas.

Por supuesto que estamos en deuda con el conocimiento de quien fue verdaderamente Atahualpa. Claro que permanecen latentes grandes interrogantes que exigen una respuesta. Tan preclara figura no ha sido desteñida por el tiempo, pues a medida que este decurre, se ha acrecentado el interés por conocer todos los pormenores de su periplo vital, profundizar en el alcance que tuvo la vivacidad de su genio, lo polifacético de sus aptitudes, su enorme capaci-

dad de trabajo, el fuego ardiente de su espíritu, tan presto a gobernar en paz el reino que heredara de su padre, como a declararlo en pie de guerra, para mantener incólume su derecho hereditario de gobernante e inalterables las fronteras de sus dominios. No debe extrañarnos entonces que sobre esta personalidad se hayan vertido cantidad de juicios, muchos de ellos temerarios, acumulándose junto a las páginas severas de la historia las de merecida exaltación heroica, pero también las sombras que se apartan del testimonio de la verdad y haciéndole víctima de repugnantes nacionalismos que en forma contumaz pretenden dividir a la humanidad en grupos extraños y hostiles.

El connotado historiador, catalogado investigador, barro de nuestro barro, el Dr. Enrique Ayala Mora con voz mestiza y pensamiento cósmico lo ha dicho certeramente: “Atahualpa es un ícono de la cultura nacional ecuatoriana. Y una figura muy conocida. Todos sabemos que fue hijo del Inca Huayna Cápac y una princesa indígena de estas tierras; que gobernó el espacio septentrional del Tahuantinsuyo; que tuvo un enfrentamiento con su medio hermano Huáscar; que venció en esa contienda y fue declarado sapa inca o gobernante de todo el imperio; que fue apresado a traición por los conquistadores españoles, que lo engañaron y al fin, lo ejecutaron luego de obligarlo a bautizarse... Más adelante afirma que Atahualpa constituye una de las grandes figuras de nuestra historia y un referente de la construcción nacional del país, más allá de los mitos y el patriotismo. Todo esfuerzo que se haga por entender mejor su acción en nuestro pasado y su presencia en nuestra trayectoria como país será una contribución importante para comprendernos mejor a nosotros mismos.

Hay un autor que relievra la formación que tuvo Atahualpa, época donde no había Internet, ni celular, ni cómo remitirle un WhatsApp: “Recibió una cultura y educación superiores, esmeradas y sólida, además de recia y viril... En las horas libres de las marchas, el príncipe Atahualpa, en presencia de su padre, recibía lecciones de aquellos maestros ilustres y claros, en todos los conocimientos de la tierra, de los hombres y del Sol... Al mismo tiempo, afirma que bajo la especial vigilancia del rígido y adusto Rumiñahui (el más intrépido y temerario de los generales del Imperio) Atahualpa recibía la más rigurosa y severa educación para la guerra. A este respecto se cuenta que se

le adiestró como un simple soldado, se lo adiestraba en el manejo de las armas, existentes en esa época, se les exigía pericia en el tiro de la honda, en el lanzamiento de la flecha, en el manejo de la lanza y del hacha de pedernal, debía adquirir fuerza y precisión para el disparo de la cerbatana. En las largas marchas a través de los caminos y lugares del Tahuantinsuyo, se le hizo caminar a pie, al igual que los cadetes de la Academia Real, dentro de la cual se educaban la oficialidad noble y el Inca durante su adolescencia, y para su graduación tuvo que viajar y estudiar la tierra y sus elementos, por las escarpaduras de las sierras, y por los arenales o manglares encendidos de fuego de las llanuras; para conseguir que el príncipe Atahualpa, adquiera agilidad, fuerza y resistencia y al propio tiempo, el amor y respeto de soldados y jefes...

Queridos jóvenes, somos de la estirpe de Atahualpa, de la estirpe de aquellos que han sabido dar su propia existencia por el ideal de Patria que les ha inspirado en la vida, que hacen honor a su austera y vertical vocación. Nos corresponde ahora mantener vivo, el testimonio de Atahualpa. Mantener vivos esos sentimientos, ese amor a nuestra Bandera, a nuestro Escudo, a nuestro Himno, a nuestra nacionalidad, a nuestras conciencias que jamás deben subyugarse ideológicamente.

La Patria no sólo se hace con los puños levantados, con brotes de protesta y demagogia reivindicatoria. La Patria se hace efectivamente, estudiando a conciencia, no despilfarrando el tiempo en cosas ociosas y baladíes. La Patria se construye abriendo perspectivas inéditas a los ideales, remediando las injusticias y las desigualdades sociales, prescindiendo de los brutales vicios, individualismos y de los sectarismos suicidas. Tenemos que galvanizar nuestra heredad desarrollando en los niños y en los jóvenes la personalidad integral, que no es sólo manos, sino cerebro y corazón. Hoy tengo que decirles, queridos jóvenes, que el camino para la auténtica revolución ciudadana es el de Cristo, el de Atahualpa, que veían el más formidable y decisivo de los pertrechos en la revolución interior, en la revolución del pensamiento. Es por ahí, decía Carlos Sanz Santamaría, por donde se irá a la verdadera revolución, la revolución del desarrollo, que no enseña el puño a nadie, que muestra, en cambio, las realizaciones de una mente clara y metódica, munida de sólidas realizaciones, de una mano creadora que sabe hacer, que no está dispuesta a destruir.

A los ibarreños congregados en el Parque Pedro Moncayo 211 AÑOS DEL NATALICIO DE DON PEDRO MONCAYO Y ESPARZA

“La patria impone deberes incontrovertibles y sagrados, ninguna cosa puede obligar a un ciudadano a manchar su honor, prostituir su dignidad y sofocar los gritos de su conciencia” (Pedro Moncayo).

Acabamos de entonar con elevado estro las patrióticas letras de nuestro Himno Patrio. El grandilocuente y epopéyico aire que se ha dejado escuchar aquí en nuestro Salón de recibo de nuestra ciudad, en lo que toca al tenor de sus versos la inspiración agresiva del poeta, es un trasunto del sentimiento patriótico, de las hazañas cimeras escritas con letras de oro para excelsa perennidad. Y ha cantado la gente ecuatoriana, la gente imbabureña, la gente ibarreña el glorioso Himno que deja de ser el número que inicia todo evento solemne para convertirse en la oración con la cual comenzamos el tributo de admiración y pleitesía al celebérrimo Pedro



Parque Pedro Moncayo.

Moncayo y Esparza. “¡Salve Oh Patria, mil veces oh Patria!” habrá sido la frase sacrosanta con la que arrancó su glorioso epinicio, el andante caballero forjador de la Patria grande, el arquetipo de las ideas liberales puestas al noble servicio de la libertad y de la dignidad, el político de combate, el publicista de estilo, el legislador y diplomático, el jurista, el orador de sapiente y castiza palabra, el hombre que detestaba la injusticia, los engaños y las tiranías, figura plutarquiada, pluma de pedernal, águila caudal en las letras del periodismo de fuste.

A Ibarra, la ínclita urbe, le cupo la predestinación redentora al dar la vida al integérrimo varón un 29 de junio de 1807; a la hidalga Valparaíso, el sitio memorable donde el relámpago de la evocación gloriosa celebrará sobre fondo oscuro la unción del descanso postrero de la gesta sin par para que la materia rinda tributo a la vida, un 3 de febrero de 1888. Moncayo, el varón epónimo es ibarreño, supo vivir la ibarreñidad amando a la Patria chica, más allá del simple gentilicio gramatical. Y la ibarreñidad hace el cañamazo de su egregia personalidad. Ibarra es la tierra de Moncayo, tierra de la libertad, de la dignidad, de la entereza y la rebeldía. Lola Orbe Carrera, la atildada poetisa y maestra otavaleña, al hablar de esta “gloria imbabureña” en su bien trazado poema subrayaba:

*“Ya la heroica Quito lanzaba en América
la primera chispa de la libertad,
y a su noble grito rebeldes los pueblos,
erguíanse prestos para conseguirla.
Y con este aliento de ansias de justicia,
de anhelos de gloria,
se nutría el alma de Pedro Moncayo.
La patria oprimida, la Patria ultrajada,
inspiró en Moncayo su pasión por ella;
nunca pudo verla sufrir tiranías,
su voz fue de fuego para quien violara
los sacros derechos del pueblo.*

*La prensa y los libros fueron su tribuna,
desde ellos Moncayo vertió sus reproches
para los tiranos y vertió las luces
de sus ideales por la Patria libre.
¡Cómo se bosqueja ya en él un Montalvo
con rebelde pluma
y con desengaños y dolor de exilio”.*

En esta mañana de junio, agitamos nuestra bandera rojo y blanco para saludar el espíritu rebelde de Pedro Moncayo donde estaba por igual el brillo de la espada de Bolívar, el espíritu puro de Sucre, el patriotismo de Hidalgo, la fe de Morelos y Leonidas Proaño, el espíritu redentor de Lincoln, la brillantez mental de Santander y de Teodoro Gómez de la Torre, la fuerza de la enseñanza de Artigas y Alfredo Pérez Guerrero, el canto libertador de José Martí, la clara inteligencia de Víctor Manuel Peñaherrera y la frase encendida de Juan Montalvo.

Hervidero de ingenio periodístico: “El Quiteño Libre”, “Linterna mágica”, “El Progresista”, “El Rebenque”, “El Viejo Chihuahua” y otros periódicos, se constituyeron en la palestra donde su implacable pluma fustigó las falencias, los vicios, el militarismo prepotente y el “floreanismo aberrante”. Allí, en el encono sávido y pasional, trocó el haz lúcido de la pluma por el tajo del lanzón quijotesco. Por su lucha frontal contra las tiranías, fue víctima del furor político y desterrado algunas veces, de su patria natal.

Sus frases lapidarias tienen plena vigencia en este siglo XXI: “Mi linterna existirá en tanto haya crímenes que pintar y vicios que reprimir. Y para esto tiene que visitar las Cortes de Justicia y todas las oficinas, y cuando haya expurgado hasta el último rincón de la Capital, dará un salto a las provincias y desenterrará de los archivos sepultados entre el polvo de las tinieblas, los abusos y atrocidades que a imitación del Sultán, cometen los sátrapas provinciales”... “Más alto que todo está la justicia como fundamento y fin primordiales de la sociedad; y donde ella no existe no hay Patria, deber ni compromisos sociales”

Y qué decir de su filantropía. Allí admiramos al hombre desprendido compartiendo con los parientes más cercanos a su esposa, aquellos bienes que fueron cuantiosos. En cuanto a su producción bibliotecaria, cedemos la palabra a Don Cristóbal Tobar Subía, quien refiere que el 8 de noviembre de 1866, el Dr. Moncayo envió una misiva al Presidente del Concejo de Ibarra, anunciándole el propósito de fundar una Biblioteca Municipal, con mil volúmenes de su propiedad, gesto que fue ovacionado efusivamente por quienes integraban el Concejo municipal. De la venta de sus acciones bancarias que tenía en Chile, destinó una gran suma para el funcionamiento de una escuela de niñas, según reza su testamento. El nombre de Pedro Moncayo que lucía en su frontispicio, fue borrado de un plumazo para dar paso a las nefastas Unidades educativas, que flaco servicio, le brindan a nuestro alicaído sistema educativo.

Nos corresponde ahora mantener vivo el recuerdo de aquel “hombre-patria” que labró su grandeza hecha con martillazos de su carácter de hierro. De mirada recia y de mirada franca, palabras de fuego brotaban del volcán de su pecho, si las caldeaba el amor a la Patria. Nos corresponde perpetuar la memoria de Moncayo. Moncayo es un ejemplo de lucha para todos los ecuatorianos. Miradlo allí, fulgente en su monumento, una de las grandes obras del Dr. Luis Andrade Galindo que fue capaz hasta de aprovechar y reunir los guijarros que arroja la estulticia para compactarlos y fundirlos para su consagración e inmortalidad. Estaremos honrando su memoria cuando desaparezca el descenso moral de los hombres, las injusticias, el enriquecimiento ilícito, la trampa, el engaño, la violencia, el irrespeto a la dignidad humana, cuando todos nos sintamos pasajeros de un mismo barco que no va al gargete, sino que va hacia puerto seguro, sin agachar la cabeza, sin someterse a ser rebaño de nadie, donde cada uno tenga un sitio y tenga un deber que cumplir inexorablemente, donde todos vivamos la ibarreñidad profunda y entonemos al unísono: “...La adustez de tus viejas montañas,/en tus hijos se hizo altivez./Y el vivac de las rudas campañas/los vio siempre luchar y vencer! ¡Salve, Ibarra hermosa sultana!...”

A los amigos policías POLICÍA NACIONAL, 80 AÑOS DE PROFESIONALIZACIÓN

Cuenta la historia sobre el “Centinela de Pompeya”, que allá por el año 79 d.C., el Vesubio, el legendario volcán italiano, entró en erupción e hizo de Pompeya un mar de cenizas. Aunque la lava ardiente tardó una semana en llegar a la ciudad, miles de personas murieron durante la erupción. A finales del siglo XVIII un descubrimiento arqueológico asombró al mundo. Entre las ruinas de la antigua ciudad de Pompeya apareció el cuerpo de un soldado romano en posición erguida. La erupción del Vesubio le había sorprendido custodiando la puerta de un edificio y allí había permanecido firme hasta el final. El mundo que él conocía se desmoronaba a su alrededor, pero él decidió cumplir fielmente con su deber. Sabía que la catástrofe era inevitable y que su acto resultaría inútil, pero aun así no abandonó la tarea que se le había encomendado. El resto de los ciudadanos sucumbieron al pánico.

Muchos de ellos llevaban encima monedas, joyas y otros objetos de valor. Un manto de lava había cubierto las calles y había preservado la urbe intacta para la posteridad. Era como si la vida se hubiera interrumpido y congelado en los momentos finales de la floreciente ciudad. El soldado erguido fue bautizado como el “centinela de Pompeya” y su gesto ha cautivado desde entonces a muchos historiadores y pensadores. En el Museo de Nápoles, Italia, se exhiben el yelmo, la lanza y la coraza de este valiente policía, que prefirió morir antes que abandonar su posición y mancillar el honor de un centinela romano.

Así tiene que ser un policía, mis queridos amigos. Y es que ser policía es una profesión de honor, una bien discernida vocación, un llamado de entrega a las nobles causas del orden y de la paz social, un verdadero apostolado, “un auténtico sacerdocio cívico”.

Cuando conmemoramos con desbordante júbilo, el Octogésimo aniversario de Profesionalización de la Policía Nacional, vienen a nuestra

memoria esos objetivos nacionales que son permanentes, como permanente es la Patria: la seguridad, la libertad, el progreso y la justicia. Son valores que sobrepasan a todas las tormentas y a todas las vicisitudes. La custodia de la Patria y la defensa de estos valores fundamentales encuentran una garantía y un escudo en la Policía Nacional. Somos de la estirpe de Atahualpa, de la estirpe de aquellos que han sabido dar su propia existencia por el ideal de Patria que les ha inspirado en la vida, que hacen honor a su austera y vertical vocación.



Gral. Alberto Enríquez Gallo

La Profesionalización de la Policía Nacional, según datos históricos se inicia al amanecer del 2 de Marzo de 1938, cuando el Jefe Supremo del Gobierno, Gral. Alberto Enríquez Gallo, crea el Cuerpo de Carabineros con Jurisdicción Nacional y consecuentemente la Escuela de Formación de Oficiales, que en la actualidad ha perennizado su nombre con caracteres indelebles.

Los cambios alcanzados por la Policía Nacional del Ecuador a lo largo de estos 80 años de profesionalización, se valoran en grado superlativo. Esta Institución Policial, ha logrado alcanzar un desarrollo con

rectoría de acciones, acorde con las exigencias que el campo de la seguridad demanda. Allí la nueva infraestructura alcanzada con la construcción de las Unidades de Vigilancia Comunitaria (UVC) y las Unidades de Policía Comunitaria (UPC), programas de vivienda y otras obras que han permitido descentralizar las acciones operativas y administrativas y, sobre todo, un trato digno al policía para el fiel cumplimiento de su misión. Se han advertido grandes cambios en la educación y capacitación de los servidores policiales, que es el máximo pedestal donde se sustenta la tarea policial para responder a los desafíos de la hora presente, con la optimización de operativos, relacionados al control de asaltos y robos, violaciones, secuestros, robo de vehículos, tenencia ilegal de armas, antinarcóticos y otros tipos de delitos. Hay un plan de carrera policial con modernas mallas curriculares para las diferentes áreas de formación, especialización, capacitación y profesionalización. Perfiles y parámetros para que los potenciales nuevos oficiales, clases y policías de línea cumplan a cabalidad con las expectativas de servicio que el mundo moderno exige.

Es evidente entonces, que la Policía Nacional pasó de tener una doctrina militarizada a ser una institución comunitaria protectora y garante de los derechos humanos. Dejó de ser una policía represiva que protegía al Estado de la ciudadanía para volverla comunitaria, participativa e integrada a conceptos vinculados con seguridad ciudadana, derechos humanos, procedimientos policiales y liderazgo. Hoy por hoy un policía es sinónimo de una persona íntegra, honesta, transparente, valiente y sacrificada, el ser humano que la sociedad necesita y espera... Ser Policía es tener vocación de servicio a los demás, compromiso con el Estado de Derecho, un palpante anhelo por el bien común, haciendo carne en cada responsabilidad asignada aquel vuestro lema que dice: “valor, disciplina y lealtad”.

Cuánto importa a estas alturas del siglo XXI que vuestro comportamiento entrañe siempre el respeto más acentuado a los altos valores de la ética y de la moral que debe ser la regla espartana en la máxima de vuestra conductas. A veces cuesta alzar la mirada por encima de los escombros y apreciar el simbolismo de los pequeños actos de resistencia ética. Una vez

que haya pasado el tiempo de las depuraciones, habrá que buscar bajo las cenizas del colapso para rescatar el ejemplo de los que no se dejaron arrastrar por el frenesí de la masa y supieron actuar con rectitud singular. En Pompeya fueron muchos los que, en el momento final, pusieron su corazón en las monedas y en las joyas. Sin embargo, fue el gesto noble de un soldado aislado el que ha inspirado a varias generaciones a lo largo de la historia. Hay que afanarse por ser verdaderos policías, aun cuando la tentación irrumpa. Hay que afanarse por construir una institución policial con estándares internacionales, con capacidad de fuerza superior, con inteligencia táctica y estratégica. Consolidar a la Policía no solo como institución técnica, sino proyectada en el ámbito de la excelencia, hacia esa sociedad que basa su convivencia en la cultura de la paz, gracias a que cuenta con unos cuerpos policíacos confiables, sólidos, eficientes que saben vivir a conciencia lo que dice vuestro himno que lo entonáis con elevado estro:

*“Somos fieles guardianes del orden
defendemos la paz, la justicia
de la ley somos fuerte milicia
que asegura al país libertad.
Inflamados de amor a la patria
revolando sin mancha su emblema
viviremos con fe nuestro lema
disciplina, valor, lealtad”.*

A los amigos periodistas PERIODISMO SIN MÁCULA

Cuentan los anales de la historia que fue la Villa de San Miguel de Ibarra, capital del Corregimiento, la primera población que visitó fuera de Quito, Eugenio de Santa Cruz y Espejo, paradigma de la más auténtica quiteñidad, para ejercer su profesión de sapiente médico. Se encontraba aquí de paso hacia el puerto de Cartagena un rico chapetón, que gravemente enfermo pidió a sus amigos de Quito que el mejor médico de allí auscultase su padecimiento. Varios días permaneció en nuestro Villa e hizo amis-



tad con lo más selecto y granado de la sociedad ibarreña, a tal punto que cuando constituyó la Sociedad Amigos del País, fueron incluidos prestigiosos ibarreños, como lo atestigua su memorable Carta a los quiteños.

Espejo, como sencillamente se le conoce en el lenguaje coloquial fue aquel hombre de tez cobriza, de ojos oscuros y de salud frágil, adusto como las rocas de su tierra, que nació en la época colonial cuando ser indio o mestizo era baldón ignominioso. Hijo de indio y de mulata, criado en el Hospital de la Misericordia y protegido por el bethlemita José del Rosario, irguió su espíritu gigante por sobre la hostilidad de una sociedad prejuiciosa hasta convertirse en el talentoso auspiciador de la cultura, el crítico que no se amilanó ante las cadenas del colonialismo oprobioso, el brillante Precursor de los cambios innovadores, lo que le mereció el epónimo calificativo de “Duende” y “Chúzig”. “Duende”, por su facilidad de filtrarse por todo sitio

sin ser visto, develando verdades; “Chúzig”, lechuza, por ver la luz de la verdad en medio de la noche, por anunciar con su visión diamantina, el advenimiento de la aurora. Sus estudios de Medicina, Filosofía y Derecho fueron puestos al servicio de los menesterosos, porque ardía en su corazón el amor a la Patria y a sus hermanos.

Evocar a Eugenio Espejo en esta fecha magna para el periodista ecuatoriano significa tributar el cálido homenaje a la pasión y al combate amalgamados en una pluma que hizo del periodismo un arado de luz con el que abrió hondo surco en el corazón de un pueblo, signado por el oscurantismo y el abuso de las autoridades realistas. Es evocar aquel historiado 5 de enero de 1792 cuando publicó el primer número del periódico «Primicias de la Cultura de Quito», por medio del cual dio a conocer importantes problemas sociales y culturales de la colonia. A decir de grandes historiadores “Primicias” no fue ni revolucionario ni subversivo. Únicamente pugnaba por sacudir el espíritu aletargado y resignado de los quiteños de aquella época. Por ello más tarde conmocionaría a la recoleta y franciscana ciudad, cuando algunas cruces de piedra, de esas tan hermosas que caracterizan el frontispicio de las antiguas iglesias quiteñas, aparecieron adornadas con unas banderitas de tafetán encarnado, con una inscripción en latín que decía: “Al Amparo de la Cruz sed libres. Conseguid la gloria y la felicidad”. En otro apartado lo dijo enfáticamente: “¡Feliz yo si con mi celo ardiente, soy capaz de sacrificarle mis débiles fuerzas! ¡Si el órgano de mis labios es el precursor de sus obras! ¡Si mi Patria recibe mis ansias, si acepta mis ruegos, si premia el aliento de mis palabras, con las operaciones de sus manos industriosas! ¡Si respira el aura vital de la generosidad y el honor ...el pueblo quiteño será el más grande de todos los pueblos!”

El catalogado historiador Hernán Rodríguez Castelo, subraya que el drama de “Primicias de la cultura de Quito” es el del periodismo moderno en términos extremosos por lo sombrío del tiempo –al menos en su epidermis: en lo profundo los tiempos actuales, al parecer tan libres, son igualmente sombríos– el de la libertad de prensa. El de la utilización de los estrechos espacios que el sistema permite para construir, procurando no rebasar límites y complacer en cuanto pueda a los que le toleran esos provisionales y re-

lativos espacios de libertad... Primicias es manifestación de apasionada voluntad de comunicar. Es constante, incansable, transigente, cálida invitación a un amplio diálogo, que la falta de respuesta torna patética. Espejo concibe al periodismo como comunicación que va y vuelve; es decir, que realmente comunica, mensaje vivo, tan vivo, que hasta ahora vive; tan vitalmente transmitido, que hasta ahora mueve a la conciencia”, concluyo la cita.

Espejo fue periodista en el concepto señero del término, no de ese periodismo chato, condicionado a los altibajos del día cuando por desgracia cae en manos del trampolín y el oportunismo. El periodismo es ante todo vocación que inspira, pasión que exalta, que ilumina, que deslumbra...

Decía José Martí, el más grande patriota, revolucionario e intelectual cubano del siglo XIX: “Sólo quien sabe de periodismo y de lo costoso del desinterés, puede estimar de veras la energía, la tenacidad, los sacrificios, la prudencia, la fuerza de carácter que revela la aparición de un periódico honrado y libre... La prensa debe ser examen y censura, nunca el odio ni la ira que no dejan espacio a la libre emisión de las ideas. Nunca se acepta lo que viene en forma de imposición injuriosa; se acepta lo que viene en forma de razonado consejo”. He aquí, mis queridos amigos periodistas, la ética que debe caracterizar al periodista. El periodismo es cátedra, es enseñanza y el periodista un catedrático sin sábados, ni domingos. Y el verbo encendido de Martí continúa como látigo de cascabel subrayando: “El periódico es una espada y su empuñadura la razón. Solo deben esgrimirla los buenos, y no ha de ser para el exterminio de los hombres, sino para el triunfo necesario sobre los que se oponen a su libertad y progreso... Odio la pluma que no vale para clavar la verdad en los corazones y sirve para que los hombres defiendan lo contrario de lo que les manda la verdadera conciencia, que está en el honor, y nunca fuera de él”.

Espejo, constituye, sin lugar a dudas, un verdadero espejo para el periodista honesto y libre. “Un día, remarcaba, resucitará la patria.../...renacerán las costumbres, las letras, y ese fuego de amor patriótico, que constituye la esencia moral del cuerpo político”.

Urge construir la Patria, como alguien decía, con un periodismo en el que el periodista se vuelva más protagonista, menos máquina y más ser hu-

mano. Un periodismo que ayude a construir reflexión y debate, que ayude a construir públicos deliberantes y no obedientes. Un periodismo que tome la aleccionadora tarea de Eugenio Espejo y de otras tantas prominentes figuras como José Joaquín de Olmedo, Francisco Claudio Roca Rodríguez, Fray Vicente Solano, Pedro Moncayo, Sixto Juan Bernal, Manuel Jesús Calle, Ismael Pérez Pazmiño, entre otros.

Hay que ponerse siempre, como puntualizaba Alfredo Pérez Guerrero, al servicio de la Patria, de su libertad y de su progreso. Demoler con la piqueta de la pluma las bastillas de la tiranía, de la prepotencia, de la explotación del ser humano, de las conciencias soterradas, de la ignorancia y de la mentira. Noble empresa para ustedes, amigos periodistas, que unen las virtudes del maestro y del apóstol.

BIBLIOGRAFÍA

Concejo Municipal de Ibarra, “*Gaceta Municipal*” N° 15, editada el 17 de dic. 1951.

NAVAS, *Juan de Dios*, “*Ibarra y sus provincias*”, Colección Carangue 2008, Casa de la Cultura de Imbabura.

Amigos de Ibarra, Sociedad Cultural, “*Monografía de Ibarra*”, Volúmenes V y VII, 2008.

MADERA, Luis F. *Notas epigráficas de Ibarra*, 28 de abril de 1922.

MADERA, Enrique, *Ibarra en 1923*, 17 de Julio de 1923.

MARTÍNEZ, Luis Alfonso, *Biomonografía de San Miguel de Ibarra*, 1991.

PUBLICACIONES DEL MISMO AUTOR

Autor de los opúsculos publicados por la Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión” Núcleo de Imbabura:

Tahuando N° 56 “Hablemos de...” (2007).

Tahuando N° 69 “Hablemos de... La Educación” (2008).

Tahuando N° 87 “Hablemos de... Valores y virtudes (2010).

Tahuando N° 107 “Hablemos de... La Familia (2011)

Coautor de la Monografía de Julio Andrade, “Historia de gloria y valor” con la Asociación de Mujeres unidas por el progreso de Julio Andrade (AMUPJA 2011).

Tahuando N° 135 “30 años de vida institucional de la Unidad Educativa Diocesana Bilingüe”. (2012).

Tahuando N° 163 “Virutas de fe y esperanza” (2013).

Tahuandos N° 187-188 “Mons. Luis Oswaldo Pérez, su espíritu y fulgor pastoral” (septiembre 2014).

Pichaví N° 9 “Gerencia educativa, un reto en la Educación moderna” (2015).

Tahuandos N° 227-228 “Miscelánea para vivir” (octubre 2016).

Tahuando N° 248 “Ardiendo en fuego” (julio 2017).



LUIS FERNANDO REVELO
-Ensayista versado en fe y en educación-

Luis Fernando pertenece a la columna insobornable de directivos de la CCE-Núcleo de Imbabura, que durante su ejemplar recorrido, profundizaron en la imbabureñidad y en su laudo protagónico. Todos identificados con la ética y la otredad. Luis Fernando está signado de talento y sentido común. El mundo cultural en que desenvuelve su vida está cubierto de fe y mística. Es un seglar, o laico católico, que recorre los archivos y pasillos de las iglesias, rescatando sus historias, sus anécdotas y los perfiles de sacerdotes que brillaron y brillan en sus altares.

Cuando escribe sobre el itinerario y la filosofía que impulsamos en el Núcleo, apegado a la verdad de los hechos, describe como abrimos la ventana para que entre aire fresco. Un aire contemporáneo, intercultural y democrático. Un aire que difunda la pendularidad de la cultura clásica y popular. Un aire que consolide la política editorial que publica alrededor de medio centenar de libros, actividades artísticas semanales, con un presupuesto ínfimo anual –que a veces– los gobiernos seccionales lo gastan en una sola festividad. Y Luis Fernando, con inteligencia, valentía y pasión, toma la posta para reforzar al Núcleo como ente suscitador y plural.

Marcelo Valdospinos Rubio

La CCE, sembrando la buena semilla de la patria



www.casadelacultura.gob.ec

2018

Colección
TAHUANDO

262-263